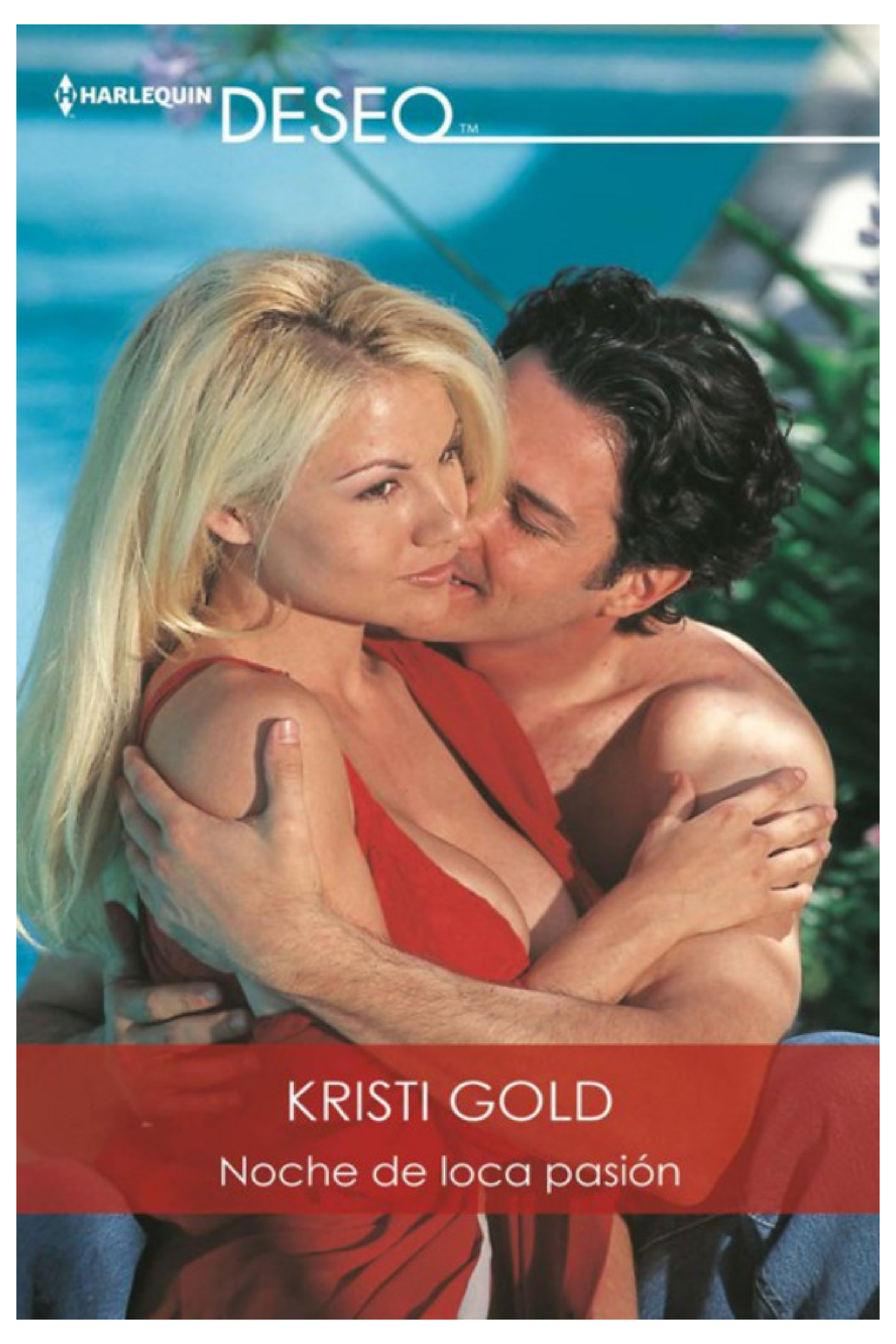

HARLEQUIN
DESEO
KRISTI GOLD
Noche de loca pasión

DESEO

KRISTI GOLD

Noche de loca pasión



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Noche de loca pasión, n.º 1010 - agosto 2019
Título original: Doctor for Keeps
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.:978-84-1328-427-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

El sonido grave de un saxofón llegó hasta Miranda Brooks como la caricia de un amante, mientras la brisa fresca de la noche le llevaba el olor de la hierba fresca, llenándola de euforia.

Cerró los ojos y se hundió un poco más sobre la cómoda tumbona para que la música la transportara a un mundo de fantasía y erotismo. Un lugar donde pudiera imaginarse al amante perfecto en el lugar perfecto y a la hora perfecta…

–¡Deja de hacer ese maldito ruido! –gritó alguien desde el apartamento superior.

De pronto, la música cesó. Miranda abrió los ojos y se incorporó sobre los codos. Observó la piscina y el jardín, que seguían desiertos. Justamente por eso había ido ella allí. Pero, al parecer, no estaba sola y la música no salía de ningún aparato electrónico, como había creído en un principio, sino que alguien estaba dándole un concierto, intencionadamente o no.

Miró hacia las barras de metal que rodeaban la piscina, buscando al misterioso músico.

Entonces lo vio.

Estaba a unos pocos metros, sentado en la entrada de una de las casas. La luz del interior silueteaba su cuerpo, dándole un aspecto irreal. Parecía estar mirándola, aunque ella no podía verle los ojos. Pero sí que notaba su mirada acariciándola como momentos antes la música.

El hombre se levantó con el saxofón en una mano. Miranda lo observó con el corazón latiéndole a toda velocidad. No parecía muy alto, pero algo en él llamaba la atención poderosamente. Pero, a menos que se acercase, no podría verle los rasgos. Y eso no era probable que ocurriera, por mucho que a ella le apeteciese.

Miranda se volvió a tumbar, pensando en que quizá debería marcharse. Pero no podía hacerlo. No por el momento. Antes tenía que verlo de cerca, aunque fuera solo brevemente. Después de eso, se iría.

De repente, se oyeron pasos y cómo se abría la puerta de hierro de la entrada al jardín. Miranda cerró los ojos y se quedó inmóvil, nerviosa ante la posibilidad de verlo de cerca.

–¿Está usted bien? –preguntó el hombre con una voz profunda y grave.

Miranda abrió despacio los ojos para encontrarse con una mirada tan oscura como la noche y un rostro increíblemente atractivo. Tenía el cabello fuerte y sensualmente despeinado, como si acabara de dejar los brazos de una amante. El aro de oro que colgaba del lóbulo de su oreja izquierda brillaba como una estrella. Llevaba pantalones negros y una camisa blanca arremangada con los dos botones superiores desabrochados.

Era una fantasía hecha realidad.

Aquel hombre era peligrosamente atractivo.

Miranda se incorporó y, al hacerlo, se bajó un poco la falda.

–Estoy bien. ¿Por qué lo pregunta?

Para sorpresa de Miranda, el hombre agarró una tumbona cercana y, como si lo hubiera invitado, se sentó en ella con el saxo apoyado sobre una pierna.

–No sé, estaba muy quieta y como está vestida con ropa normal, pensé que quizá hubiera tomado usted demasiado sol.

–¿Qué sol?

El hombre esbozó una sonrisa oscura y miró hacia el cielo. La luna brillaba sobre ellos con menos luz que aquella sonrisa.

–Tiene razón. Parece que el sol ya se ha marchado. Entonces, ¿es que ha tomado demasiado tequila?

Ella trató de poner una expresión indignada, una tarea difícil ante aquella sonrisa luminosa.

–¿Tengo aspecto de estar borracha?

–No, pero las apariencias engañan. Incluso los ángeles de vez en cuando se portan mal.

Miranda notó que le ardía el rostro.

–Le aseguro que estoy totalmente sobria, señor…

–Puedes llamarme Rick –dijo, extendiendo la mano.

Después de un momento de vacilación, ella tomó su mano, que como había sospechado, era dura y tenía alguna callosidad. Pero las imperfecciones en un hombre resultaban condenadamente sexys, mientras que en una mujer…

Miranda se negó a entristecerse con quejas.

–Encantada de conocerte, Rick. Yo me llamo Randi –añadió, presentándose con el diminutivo con el que la llamaban de pequeña. Algo que no solía hacer con extraños.

–Encantado, Randi –el hombre soltó su mano y se frotó la mandíbula–. Rick y Randi. Suena bien.

–Sí, estupendamente –dijo ella.

A juzgar por su sonrisa, no pareció importarle el sarcasmo.

–Entonces, «Randi observadora de la luna», ¿qué haces aquí en mitad de la noche?

–Bien, «Rick el del saxo», son solo las diez, así que no estamos en mitad de la noche, y estaba tratando de encontrar algo de paz.

La sonrisa de él desapareció.

–Y estabas disfrutando de esa paz hasta que me puse yo a tocar.

–La verdad es que me estaba gustando la música. Pensé que era el hilo musical.

–Es un halago –Rick señaló hacia uno de los balcones del edificio–. Parece que el que vive arriba no tiene la misma opinión.

Miranda miró hacia el lugar donde él indicaba, el apartamento que estaba sobre el de ella.

–Me imagino que no –volvió a mirar a Rick–. ¿Lo haces a menudo?

–¿Hablar con mujeres desconocidas?

–Tocar aquí –contestó ella, mirando hacia el techo.

–Normalmente no. No vivo aquí.

–¿No vives aquí? –Miranda no sabía si alarmarse o enfadarse.

–Estoy cuidando el apartamento de unos amigos que están de vacaciones. Además, he aprovechado para hacer ciertas reformas en mi casa.

–Ah.

Pero, ¿y si era un secuestrador o un asesino en serie?, pensó ella.

–Oye, no te preocupes, que soy inofensivo.

Aquel hombre era todo menos inofensivo. Aunque no fuera un criminal, tenía un gran poder de seducción. Y lo cierto era que a ella no le importaría que la sedujera.

–Hoy en día una mujer nunca es lo suficientemente precavida.

–Es cierto.

–Hablen dentro. Hay gente que está intentando dormir.

Rick miró hacia donde salía la voz.

–Menudo patán.

–Sí, estoy segura de que lleva faja y desayuna con cerveza.

Rick volvió a esbozar aquella sonrisa irresistible y se levantó.

–Bueno, ¿vamos?

–¿Adónde?

–¿Vamos dentro?

Miranda pasó las piernas por encima de la tumbona y se sentó, resignada a que la conversación se acabara.

–Sí, creo que será lo mejor. De todos modos, me tengo que ir a la cama.

El hombre se frotó la barbilla pensativo.

–Quizá deberías acompañarme a mi apartamento por si me abordan.

Ella fingió indiferencia, pero en realidad se lo estaba pensando.

–Me parece que puedes recorrer solo la corta distancia que hay hasta tu apartamento.

–Estás decidida a ponérmelo difícil, ¿verdad?

Ella lo miró con una expresión inocente, que enfatizó llevándose la mano al pecho.

–No sé de qué me está hablando, señor.

El hombre se agachó y apoyó el saxofón sobre las rodillas. El olor que emanaba de él envolvió a Miranda.

–Creí que a lo mejor te apetecía tomar algo en mi apartamento. Solo para charlar un poco.

Miranda sabía que debía negarse y marcharse a la cama en seguida, que lo mejor sería despedirse en ese momento y no tentar a la suerte. Pero lo que sabía y lo que deseaba eran en ese momento dos cosas totalmente diferentes. Un hombre fascinante la estaba invitando a tomar una copa. Y ese atractivo desconocido era el hombre ideal para imaginar todo tipo de fantasías.

–¿Qué tienes?

–Leche, zumo de naranja, lo que quieras…

–¿Tienes tequila?

Él soltó una carcajada suave y sexy.

–Yo no bebo esas cosas. Si te descuidas, te matan.

Eso era un punto a su favor. Por lo menos, no era un bebedor, o a ella no se lo parecía. Pero eso no quería decir nada.

–Te agradezco la invitación, pero no te conozco de nada.

–¿Qué te parece si te doy el teléfono de mi madre y la llamas para pedir referencias?

–No sería suficiente. Las madres nunca admiten los defectos de los hijos.

Algo brilló en sus ojos oscuros, una mezcla de tristeza y arrepentimiento, pero desapareció en seguida.

–Creo que tienes razón.

Volvió a sentarse y colocó el saxo sobre la otra pierna.

–De acuerdo, si no quieres venir a mi apartamento, ¿por qué no nos sentamos en el porche? Así estaremos en el jardín y cada palabra que digamos se la tragará la piscina. No nos oirá ningún patán y podrás correr si tienes que hacerlo.

–¿Eso quiere decir que me vas a dar algún motivo para ello?

–¿Te parezco tan peligroso? –preguntó él, frunciendo el ceño.

Sí, se lo parecía por la manera en que iba vestido y por el modo en que ella se sentía en esos momentos.

–Quizá.

El hombre se echó hacia delante, brindando de nuevo a Miranda la posibilidad de aspirar el olor de su colonia y de perderse en sus ojos oscuros. La luz de la luna brillaba en su cabello. Su piel aceitunada parecía suave y sedosa, a pesar de la sombra que oscurecía su mandíbula. Miranda tuvo un deseo enorme de sentir esa piel contra la suya. Sus manos se crisparon ante la idea y tuvo que entrelazarlas para calmarse.

–Si aceptas venir conmigo –le aseguró–, te prometo mantener una distancia prudencial. Me apetece tener compañía. Además, es una noche preciosa como para irse a dormir.

Miranda casi creía que iba a añadir «solo», pero como no lo hizo, pensó de nuevo en la invitación. ¿Qué había de malo en tomar una copa en un porche? ¿En correr una pequeña aventura? Su corazón le dijo que debía darse una oportunidad. Después de todo, esa había sido su intención al mudarse allí después de aceptar su nuevo trabajo. Estaba decidida a empezar una nueva vida. Había construido una burbuja a su alrededor durante veinticinco años y ya era hora de romperla.

–De acuerdo, una copa. Pero solo una. Tengo que levantarme temprano.

–Bien –replicó él, sonriendo.

Cuando Rick extendió la mano libre, Miranda la miró durante unos segundos. Finalmente, la tomó y se dejó ayudar a levantarse. Una vez que estuvo de pie, él la soltó y, por alguna extraña razón, se sintió decepcionada.

Luego, una vez en el porche, esperó a que él saliera con dos cómodos sillones y sin el saxofón.

–¿Qué te apetece tomar, leche o zumo de naranja? También tengo cerveza.

–Me tomaré una cerveza –contestó ella.

¡Pero si ni siquiera le gustaba!

–Muy bien, vuelvo en seguida –dijo, desapareciendo dentro.

Miranda colocó su silla alejada de la puerta del apartamento y al lado de la salida. Por si acaso.

Hizo un movimiento de cabeza como tratando de aclarar sus ideas. Debía estar loca por aceptar una invitación así. Por muy guapo que fuera, ese hombre era un desconocido. Pero tenía que admitir que sentía curiosidad por él. Por ejemplo, ¿por qué la invitaba a ella cuando seguro que tenía la posibilidad de elegir

entre otras muchas mujeres?

De acuerdo, el edificio no estaría lleno de chicas rubias un domingo por la noche a esas horas. Por eso invitaba a una fea, delgaducha y morena, porque no había nadie más.

–Toma.

El hombre salió en ese momento y le ofreció una botella de color ámbar que ella aceptó al tiempo que miraba el vello oscuro de sus brazos y sus largos dedos. Tenía unas manos increíbles. Todo en él era fascinante.

Miranda fue hacia la luz y leyó el nombre de la botella.

–No conocía esta marca. ¿Es importada?

–No, de aquí –contestó él, sentándose–. Es una pequeña fábrica que hay en Hill Country. Es la cerveza favorita de mi amigo. Si no te gusta, te traeré otra cosa.

–No, está bien.

Miranda no era aficionada a la cerveza, así que le daba igual que estuviera hecha con el agua de las Montañas Rocosas o del río Amarillo. Pero no quería ser maleducada.

Él dio un trago a su cerveza.

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la urbanización? –preguntó él.

Ella se quedó un rato pensativa. Las dos semanas anteriores habían transcurrido en un remolino de hacer maletas y deshacerlas. Habían sido sus primeros pasos hacia la independencia.

–Quince días, casi dieciséis.

Él estiró las piernas e hizo una mueca.

–¿Eres de por aquí?

–No –afirmó, contemplando el cielo brillante de Dallas, tan distinto del de su hogar–. Soy de un pequeño pueblo cercano a la frontera de Louisiana, al Este de Texas.

–Entonces estás muy lejos.

Miranda observó el movimiento de la nuez de Rick al beber. Luego, se fijó en la cadena dorada que llevaba al cuello y en el vello oscuro que le salía por la camisa abierta.

Apartó la vista y trató de concentrarse en la conversación.

–¿Y tú? ¿De dónde eres?

–De San Antonio.

Ella había estado allí dos veces y, aunque no había ido con ningún hombre, le había encantado su ambiente romántico.

–Es un lugar precioso.

–Apuesto a que te gusta la zona del centro, con el Álamo y el paseo del río.

–¿Cómo lo has adivinado?
–Es fácil. Tienes ojos de romántica.
–¿Por qué lo dices?
Rick la miró fijamente, con el rostro un poco inclinado.
–Porque pareces profunda e inteligente, como si hubieras visto más cosas que la mayoría de la gente a tu edad.
Miranda no había viajado mucho, ni siquiera había salido de Texas para conseguir su diploma de enfermera, pero había sufrido mucho. Más de lo que le gustaría admitir. Y de alguna manera, él parecía saberlo. A lo mejor era un agente del FBI o un psicólogo.
«Quizá necesites controlar un poco tu imaginación, Miranda Jane», se dijo.
Esbozó una sonrisa nerviosa.
–Solo soy una chica de pueblo que se ha mudado a la ciudad.
–¿En qué trabajas?
–Soy enfermera.
Rick metió las piernas bajo la silla y se echó hacia delante, interesado por la revelación.
–¿No me engañas? ¿En un hospital o en la consulta de un médico?
–Trabajo para un grupo de médicos –declaró, recordando por qué tenía que irse a la cama.
Pero su apartamento no le resultaba tan atractivo como el hombre que estaba sentado a su lado.
El hombre sonrió, pero sus ojos permanecieron serios.
–Es una profesión dura. ¿Por qué la elegiste?
A Miranda le costó un gran esfuerzo disimular su sorpresa ante la intuición de aquel hombre.
–¿Tiene que haber un motivo?
–He descubierto que la mayoría de las personas que se dedican a cuidar de la salud de los demás lo hacen motivados por alguna experiencia vivida.
Ella tenía una razón de peso, pero no quería hablar de ello con un perfecto desconocido, por muy atractivo que fuera.
–A veces me pregunto por qué lo hice. La mayoría de los doctores no me caen nada bien.
–Eres directa, ¿verdad? –dijo él, echándose hacia atrás y soltando un silbido.
–No tengo por qué disimular. Son muy dominantes y ególatras.
Él se echó de nuevo hacia delante y colocó la cerveza entre sus rodillas.
–No se puede generalizar.

–Quizá no, pero he conocido a bastantes que se creen dioses.

Rick soltó una carcajada. Un sonido profundo y rico que llegó directamente al corazón de Miranda.

–No voy a discutir eso.

–Parece que hablas por experiencia.

–Algunos de mis mejores amigos son médicos. Como el dueño del apartamento donde estoy.

–Lo siento, no quería insultarlo –declaró ella inmediatamente.

Él pareció más sorprendido que ofendido.

–No lo has insultado. Mi amigo puede llegar a ser… bastante fastidioso.

Ella se echó hacia atrás. Se iba sintiendo cada vez más relajada.

–¿Qué especialidad estudió tu amigo?

–Es cirujano de tórax.

A Miranda no la sorprendió. La urbanización estaba llena de médicos debido a lo cerca que estaba de un hospital y al bajo alquiler. Por eso la había elegido ella también.

Rick se dio una palmada en el cuello.

–Malditos mosquitos.

–Creo que es hora de irse a dormir –dijo, sin estar convencida.

Él señaló su botella, casi llena.

–No te has terminado la cerveza.

Ella examinó la botella, preguntándose si debía o no quedarse. En su opinión, solo había una cosa peor que la cerveza, que era la cerveza caliente. Y solo una peor que la indecisión, que era el hacer la elección equivocada.

–La verdad es que no me gusta mucho la cerveza –confesó.

–Entonces, te traeré otra cosa.

–De verdad que me tengo que ir.

Rick dejó su botella en el suelo y acercó su silla a la de Miranda.

–Solo unos minutos más, ¿de acuerdo?

–Toma –dijo, levantándose y dándole la botella–. Acábatela tú.

Rick se levantó y agarró la botella. Sus manos se rozaron y un escalofrío recorrió la espalda de Miranda.

–No te vayas todavía, Randi –suplicó él, mirándola como si conociera su secreto deseo de quedarse.

Ella todavía tenía la mano caliente donde él la había rozado.

–No lo sé…

–Solo un rato –insistió él.

Con gesto ausente, Rick comenzó a girar la botella y a acariciar con un dedo la parte superior, que antes había tocado la boca de ella. Miranda casi sintió ese dedo sobre sus labios, que se abrieron

sorprendidos.

En ese momento, no se le ocurría ningún otro lugar donde quisiera estar. Desde luego, en su casa sola, como casi siempre había estado, no. Quizá era hora de que se diera una oportunidad.

–¿Sigue en pie la invitación?

–¿Qué invitación?

–La de entrar a tu apartamento.

–¿Estás segura?

No lo estaba, pero no iba a dar marcha atrás.

–Estoy segura. Aquí empiezan a molestar los insectos.

Rick, por su parte, parecía indeciso.

–De acuerdo, dejaré la puerta abierta si quieres, pero te prometo que no muerdo. Eso lo dejo para los mosquitos –su voz ronca llenaba a Miranda de fantasías.

¿Cómo sería esa voz cuando tratara de seducirla, cuando gimiera, cuando hiciera el amor?

El pulso de Miranda se alteró. No debería pensar siquiera en la posibilidad de entrar con él en su apartamento. Y no solo eso, se le ocurrían otras cosas en las que no debería pensar. No sabía por qué motivo, él parecía tener interés en ella.

Quizá notara su soledad o, sencillamente, quería ser cortés con ella.

–Quizá sería mejor que tomáramos algo otro día… –dijo indecisa.

–No te lo habría pedido si no me apeteciera. Pero antes tengo que confesarte algo.

Considerando su sonrisa, que era puro pecado, probablemente tendría que hacerle más de una confesión.

–Adelante.

–Mark y Angie Wilson, los dueños del apartamento que cuido, me dijeron que quizá querría conocer a una chica llamada Miranda, que vive en el apartamento cuarenta y dos. Te vi salir de él esta noche. Eres tú, ¿verdad?

Así que su encuentro no había sido pura coincidencia…

–Sí, Randi es mi apodo –admitió, recordando de repente a una tal Angie que había hablado con ella en la lavandería–. ¿Tienen una niña pequeña, como de tres años?

–Sí, se llama Emma –respondió con orgullo–. Es la niña más lista del Estado. Bueno, quizá no sea objetivo, ya que soy su padrino.

Una persona que quiere tanto a una niña no puede ser mala.

–¿Qué te contaron Angie y Mark de mí?

–Angie me dijo que eras soltera y que le resultaste muy

simpática cuando os conocisteis.

Miranda se preguntó qué tipo de opinión podía formarse alguien en una conversación de tan solo cinco minutos en una lavandería.

–Es muy amable por su parte.

–Y Mark, por otro lado, basándose solo en observaciones puramente visuales, hizo algunos comentarios más que no gustaron nada a Angie.

–¿Alguna crítica?

–No, comentarios un poco machistas: bonito pelo, piernas largas… Y la verdad es que tenía razón en la mayoría de ellos.

–¿En la mayoría?

–Sí, en lo de que eres guapa –dijo, clavándole sus ojos marrones.

Miranda se quedó inmóvil. Nadie, aparte de su abuela, una de sus compañeras de clase y su ex novio, conocía sus imperfecciones. Y nunca nadie las conocería, si podía evitarlo.

–¿Y en qué no tenía razón?

–Me dijo que parecías muy tímida, que nunca aceptarías hablar conmigo y menos una invitación.

Dos días antes, aquello quizá habría sido verdad, pero esa noche… esa noche era diferente. Ella era diferente. De hecho, se sentía por primera vez en su vida con ganas de arriesgarse, con ganas de ser libre.

–Eso confirma que nunca debes fiarte de la primera impresión. O sea, ¿que estoy siendo víctima de una apuesta entre dos machotes?

–No hay ninguna apuesta. De hecho, no tenía intenciones de conocer a nadie. No hasta esta noche –su sonrisa desapareció totalmente.

La Miranda antigua gritó en seguida «¡No! No te arriesgues». Pero la nueva Miranda Brooks la convenció para que se olvidara de sus preocupaciones y siguiera adelante.

–¿Vamos?

Con una sonrisa de satisfacción, Rick le devolvió la cerveza y agarró la suya. Miranda lo siguió hacia el salón, que era casi igual que el suyo, a excepción de una pequeña chimenea. Pero a diferencia de su apartamento, este estaba limpio y en orden. Resultaba muy acogedor. Llegó hasta el sofá de color caramelo y pasó una mano por la suave tapicería. Era piel auténtica. Ella no podía permitirse comprar nada parecido. Al menos, no todavía.

–¿Dejo la puerta abierta para que entren los mosquitos o la cierro y me arriesgo a que salgas corriendo?

Miranda se volvió y vio que Rick estaba en la entrada, agarrando el pomo de la puerta.

–Puedes cerrarla.

Él cerró la puerta y se apoyó en ella con una mano en el bolsillo y la otra sujetando la cerveza. Incluso con aquella luz artificial, estaba muy guapo y su sonrisa era irresistible, aunque a la vez daba confianza.

–¿Quieres tomar algo más?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

–No, gracias. Pero tú puedes tomarte otra cerveza, si quieres.

–No, solo puedo tomar una. Mañana es lunes. ¿Quieres un agua mineral con gas?

–Sí, eso me apetece.

El hombre se metió por una puerta lateral.

Mientras esperaba, la curiosidad de Miranda se puso en marcha. Dejó la cerveza sobre la mesilla de café y fue hacia la repisa de la chimenea.

Había varias fotos y en una de ellas estaba Rick con una niña en brazos. Por lo menos, eso quería decir que de verdad era amigo de los Wilson.

Agarró la foto para mirarla mejor. La piel y el cabello oscuro de Rick contrastaba con la niña, rubia y de piel clara. El hombre miraba a la niña con una sonrisa tierna y dulce. Era evidente que la quería mucho.

Se sorprendió al oír ruido de hielos e inmediatamente dejó la foto en su sitio. Luego, se puso a mirar las otras, deteniéndose en particular en una. Era una foto de boda en la que reconoció a Angie Wilson y a su marido Mark. La pareja se miraba con adoración y Miranda sintió envidia.

–Un agua mineral para la señorita –dijo Rick desde detrás.

Al girarse, vio a Rick con un vaso en la mano, caminando hacia ella. Cuando agarró el vaso, sus manos volvieron a rozarse, haciendo que los latidos de Miranda aumentaran de velocidad. Entonces, se apartó inmediatamente, derramando un poco de líquido.

–Lo siento.

–No te preocupes –contestó él, limpiándolo con una servilleta que había traído.

Luego, se apoyó sobre la repisa de la chimenea.

Ella se dio la vuelta.

–¿Me has visto aquí?

–¿Qué?

–La foto en que estoy con Emma –hizo una señal hacia la instantánea.

–Es una niña preciosa –contestó ella.

–Sí que lo es.

Rick se acercó al equipo de música que había en un rincón de la sala. Se agachó y comenzó a buscar entre los discos compactos.

–¿Qué tipo de música te gusta?

–Me gustaba lo que tocabas antes.

–Se llama Amor secreto. Está un poco pasada, pero es una de las favoritas de mi madre. Siempre que voy a verla, me hace tocarla.

Miranda pensó que era muy bonito que tocara para su madre su canción favorita. Y no solo eso, pensó que era maravilloso que tuviera madre. Miranda apartó los recuerdos. No podía dejar que la tristeza, que la había acompañado la mayor parte de su vida, arruinara su buen humor también aquella noche.

Mientras bebía el agua mineral, él continuó buscando entre los compactos.

–Si no encuentras nada, puedes tocar tú.

–Aquí está –dijo él, introduciendo el compacto en el reproductor.

Entonces, comenzó a sonar música folk por los altavoces. Miranda estaba tan poco acostumbrada a escuchar ese tipo de música, como a entrar en el apartamento de un desconocido. Y ambas cosas le parecieron extrañamente atractivas.

–¿Quién es?

–Se llama Mannie Marquez –contestó Rick, acercándose adonde estaba ella–. Ha empezado hace poco, pero estoy seguro de que llegará a ser una estrella.

Miranda cerró los ojos unos instantes para disfrutar de la melodía y, cuando los abrió de nuevo, se fijó en que Rick la estaba mirando.

–Me gusta –comentó.

–Sí, es muy bueno –él le apartó un mechón de pelo de la cara.

–Oye, Rick. ¿Te gustaría bailar? –preguntó Miranda, sorprendiéndose a sí misma por su atrevimiento.

–¿Cómo? ¿Que si bailamos ahora?

–Claro.

–Está bien –dijo él, agarrando la bebida de ella y dejándola sobre la mesa. Luego, le ofreció su mano.

Miranda se arrepintió de inmediato de haber sugerido aquello. Su última pareja de baile había sido su padre antes de que desapareciera de su vida diez años atrás, dejándola un vacío que nunca había conseguido volver a llenar. De pronto, se echó a reír para tratar de disimular sus emociones.

–Espero que no te hagas demasiadas ilusiones.

Él la agarró, mirándola de un modo intenso.

–No te preocupes, Randi. Te lo prometo.

Ella quiso aclarar que se refería a sus cualidades para el baile, pero de pronto sintió que no hacía falta decir nada y se dejó llevar por él.

Capítulo Dos

Era muy fácil bailar con aquel hombre. Igual de fácil que quedarse mirándolo. Además, ambos tenían muchas cosas en común, como ir al béisbol y ver los partidos de fútbol americano por la tele. Miranda intentó averiguar más cosas sobre Rick, pero este siempre conseguía que la conversación girase en torno a ella. Y como hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie, se sintió agradecida de que alguien quisiera escucharla.

También le gustaba la música que ponía, decidió Miranda cuando Rick cambió el compacto y un jazz ligero comenzó a sonar a través de los altavoces.

Mientras él se acercaba de nuevo, ella echó un vistazo al reloj y se dio cuenta, sorprendida, de que llevaba allí más de una hora. Pero en esos momentos, el tiempo ya no le importaba.

–Me gusta también esta música –dijo mientras él volvía a tomarla entre sus brazos–. ¿Quién es? ¿Otro colega tuyo?

–¿Colega? –la miró sorprendido y luego sonrió–. Ah, la música es solo un entretenimiento.

–¿En qué trabajas, entonces?

–Con niños –contestó él, apartando la vista.

–Eso es estupendo. ¿Y qué es lo que haces exactamente?

–No hablemos del trabajo. Esta noche somos simplemente Rick y Randi y vamos a tratar de olvidarnos de que mañana es lunes –le acarició una mejilla–. Vamos a tratar de olvidarnos de todo excepto del momento presente.

Mientras le decía aquello, mantuvo las distancias, pero luego el ritmo de la música se hizo más lento y se pegó más a ella.

–Aunque no sea el sitio más adecuando para bailar, no lo estamos haciendo mal, ¿verdad? –preguntó él con una media sonrisa.

–Sí, me sorprende no haberte pisado ninguna vez.

Él buscó sus ojos, tratando de descubrir algún otro secreto de ella.

–Randi, eres una mujer espontánea y eso me parece importante en muchos aspectos.

Ella no supo qué decir. Si se refería a cuando hiciera el amor, la

verdad era que no tenía ninguna experiencia en ese campo.

A medida que se fueron sucediendo las canciones, se fueron juntando más y más, hasta que Miranda se vio completamente envuelta por la masculina esencia de él. Rick inclinó la cabeza y juntó su mejilla a la oreja de ella. El fuerte pecho de él irradiaba un gran calor donde se rozaba con los senos de ella, de manera que la blusa estaba empezando a humedecerse. También sintió humedad bajo sus dedos, en la zona de la espalda de él donde ella estaba agarrándolo. Pero donde más calor sentía era en el interior de su cuerpo y especialmente en zonas desconocidas para ella.

Él apoyó una mano en la nuca de ella, apartándole a la vez el pelo. Luego se echó hacia atrás para mirar su rostro y el tiempo pareció detenerse. Ella pensó que quizá fuera a besarla. De hecho, deseó que así fuera.

Pero en lugar de ello, Rick siguió bailando.

–Hace calor.

–Sí, hace calor.

Él abrió las ventanas, encendió el ventilador del techo y apagó la luz del salón, con lo que se quedaron solo con la que llegaba de la cocina.

–¿Mejor así? –preguntó él, tomándola de nuevo entre sus brazos.

Miranda no supo qué contestar. El problema no era tanto de la temperatura exterior como del calor que sentía dentro de sí.

–Sí, mejor.

De nuevo volvieron a dejarse llevar por la música y las manos de él bajaron hasta la cintura de ella. Miranda comenzó a sentir el pulso acelerado cuando él la besó en la mejilla. Y el corazón comenzó a latirle a toda velocidad cuando la apretó aún más contra sus caderas. Entonces, notó la erección de él contra su vientre y se quedó sin aire.

También ella estaba excitada. Como jamás había imaginado que pudiera llegar a estar. Notó la boca seca y, automáticamente, se humedeció el labio inferior. Entonces, él miró su boca fascinado antes de mirarla fijamente a los ojos.

–Miranda –dijo antes de besarla en la frente, en el mentón y finalmente en los labios.

Fue un beso ligero como una pluma. Luego, la miró de nuevo a los ojos como buscando su permiso para continuar. Y ella se lo dio, inclinándose hacia él y besándolo apasionadamente.

«Esto es una locura», se dijo, sin hacer caso del aviso. Estaba completamente sumergida en el movimiento de la lengua de él dentro de su boca. De pronto, oyó un gemido y se dio cuenta de que

se le había escapado a ella. Y entonces, el beso acabó tan bruscamente como había empezado.

Rick respiró hondo y apoyó su frente contra la de ella.

–Randi, tienes que irte.

¿Habría hecho algo mal? ¿Le habrían parecido sus besos poco apasionados?

–¿Quieres que me vaya?

–No, pero creo que es lo que tú quieres.

A Miranda se le encogió el estómago. Se sintió mareada. Hacía mucho tiempo que no la deseaba ningún hombre, desde la universidad. Y aquella experiencia había sido tan horrible, que no había vuelto a tener pareja.

Se daba cuenta de que si se dejaba llevar por el deseo, su relación con Rick podía convertirse en algo muy peligroso. Pero eso no le importaba en aquellos momentos.

Decidió que era mejor no preguntarse por qué había elegido a aquel enigmático desconocido de ojos diabólicamente negros, aunque sabía que podía ser porque los unía un extraño vínculo. Era como si conociera a aquel hombre de siempre. A aquel hombre, que era la respuesta a todas sus oraciones, que era la respuesta a todos sus sueños y fantasías. Al menos, mientras durase aquella noche mágica.

En cualquier caso, él había sido el elegido y no pensaba cambiar de opinión.

Miranda respiró hondo.

–¿Y qué pasa si no quiero irme?

Rick se sorprendió ante la determinación que había en la respuesta de Randi, ya que de ella emanaba, a la vez, una especie de inocencia.

No podía imaginar qué había hecho para merecerse la visita de aquel ángel. Pero se daba cuenta de que ella no era mujer de una sola noche y él no podía permitirse en esos momentos una relación estable. No tenía tiempo. Y aunque lo tuviera, ella seguramente no aprobaría su profesión. Su futuro era demasiado inestable. Pero todas aquellas consideraciones dejaron de importar cuando ella lo miró con sus cándidos ojos verdes.

A sus treinta y dos años, creía que había aprendido a controlar los sentimientos, pero si no conseguía que la señorita Brooks se marchara inmediatamente, sería incapaz de responsabilizarse de sus actos por más tiempo.

Tomó el rostro de Randi entre las manos y la miró a los ojos, tratando de descubrir el menor rastro de indecisión, pero no pudo encontrarlo.

–¿Estás segura?

–Quiero quedarme. Quiero estar a tu lado.

Tenía que hacerle entender hasta dónde estaba él dispuesto a llegar si no lo detenía.

–Te deseo, Randi.

–Lo sé, y yo siento lo mismo por ti –como para demostrárselo, metió una de las manos por la abertura de la camisa de él. Al principio tímidamente y luego de un modo más firme, comenzó a acariciarle el pecho. Aquello hizo que Rick comenzara a sudar de verdad.

–Tu piel está tan caliente… –susurró ella.

Y no era lo único.

–Así es –respondió él después de tragar saliva.

–¿Por qué no te quitas la camisa? –preguntó ella sin atreverse a mirarlo.

Él comenzó a desabotonársela bajo la atenta mirada de ella, que no pudo evitar abrir los ojos de par en par cuando terminó de hacerlo y la arrojó sobre el sofá. Entonces, ella comenzó a acariciarle por la cintura desnuda, disparando su imaginación. ¿Cómo sería tenerla desnuda debajo de él? Cuando se lo imaginó, estuvo a punto de quedarse sin aliento.

Él no había pensado que la noche acabaría así. Solo había querido que aquella bella mujer le hiciera compañía.

Era cierto que él la había invitado a su casa y quizá ella había pensado que sus intenciones eran otras. También era cierto que él la había besado, pero no había podido evitarlo. No, cuando ella lo había mirado como si él fuera especial y pudiera cumplir todas sus fantasías.

¿Cuándo había sido la última vez que una mujer lo había mirado de ese modo? Una mujer que no supiera quién era o lo que era. Alguien que no estuviera pensando en lo que él podría hacer por su bienestar social.

Miranda lo besó en el pecho, justo sobre su acelerado corazón, y entonces, ya no pudo controlarse por más tiempo.

Deslizó la mano por debajo de el cabello de ella y comenzó a sacarle la camisa de la falda. De pronto, ella se encogió y se apartó de él.

–¿Te encuentras bien?

–Sí –contestó ella, sonriendo–. Es que tengo cosquillas en la

espalda. Ya sé que es extraño, pero no me gusta que me toquen ahí.

Él le acarició la mejilla con un dedo.

–¿Y dónde prefieres que te toque?

Ella lo miró tímidamente.

–¿Quieres que te lo diga de verdad?

–Si no me lo dices, no podré averiguarlo.

Randi no dijo nada, pero condujo la mano de él hasta su pecho izquierdo. Rick notó cómo le latía el corazón. También su pezón duro.

Hasta entonces, las mujeres le habían hecho innumerables proposiciones. Él había aceptado algunas y otras no, pero nunca había conocido a una mujer como Miranda Brooks. La inocencia que brillaba en sus ojos contrastaba con su descarada actitud y con su cuerpo sensual.

¡Pero vaya momento para ponerse a pensar! Justo cuando una guapa mujer de pelo castaño trataba de seducirlo. Pero no quería herirla y se daba cuenta de que podía hacerlo. Porque él apenas podía ofrecerle nada, a pesar de que ella le gustaba más allá de lo meramente físico.

Miranda comenzó a apretarse contra la mano de él y Rick no pudo evitar que su pulgar comenzara a acariciarle el pezón.

–¿Te gusta esto? –preguntó él.

–Sí –contestó ella, casi sin aliento.

Si ella respondía así a una simple caricia, ¿qué pasaría cuando de verdad se metieran en materia?

Miranda comenzó a desabotonarse la camisa y él la ayudó, viendo en seguida que no llevaba más que una camisola de seda. Cubrió uno de sus pechos con la palma de la mano y luego la besó al tiempo que metía una mano bajo la tela de seda.

Entonces, se obligó a parar. Aquello era lo más duro que había hecho en mucho tiempo.

–Hazme el amor –le susurró ella al oído.

Oh, diablos. ¡Qué difícil se lo estaba poniendo! ¿Cómo podía comportarse como un caballero si la mujer que tenía en sus brazos no dejaba de animarlo y comportarse de aquella manera tan sensual?

Entonces trató de quitarle importancia y pensó que quizá solo se tratara de dos adultos que se deseaban el uno al otro. Pero sabía que no era solo eso. Había algo más entre ellos.

–¿Estás segura? –preguntó él.

–Completamente segura.

Rick bajó las manos y le desabrocha la falda, que cayó al suelo.

Luego, mirándola todo el tiempo a los ojos, se arrodilló y le quitó las sandalias. Primero una y luego la otra.

Se levantó con la mirada puesta en las pequeñas braguitas que apenas la cubrían y metió un dedo bajo el elástico. Ella contuvo el aliento y cerró los ojos.

–Randi, abre los ojos.

Ella lo obedeció y al hacerlo, le permitió que viera su expresión, a medio camino entre el deseo y la inocencia.

–¿Estás segura de que quieres seguir adelante? –necesitaba volver a oír su consentimiento.

–Sí.

Miranda estaba increíblemente sexy con los labios hinchados por los besos y las mejillas coloradas, mientras la suave brisa que entraba por la ventana agitaba su pelo castaño.

Era una mujer bellísima y un fiero deseo lo invadió, a pesar de que sabía que debería controlarse. Su vida era un lío, pero no era momento ya de pensar en eso. Randi lo ayudaría a olvidarse de todo aquello. Al menos, por un rato.

Con un movimiento suave, la atrajo hacia sí y se apretó contra su sexo. Luego, la beso apasionadamente.

El cuerpo de Randi se aflojó en sus brazos.

–Vamos a la cama –propuso él.

–Me parece una buena idea.

Él la tomó de la mano y la condujo al dormitorio de Mark y Angie, bañado en esos momentos por la luz de la luna. Prefirió no pensar en la pareja ni en lo que opinarían si los vieran en su cama. Seguramente Mark lo felicitaría, pero Angie lo regañaría.

Casi podía oír a la esposa de su amigo, reprendiéndolo por no comprometerse en las relaciones con las mujeres. Volvería a repetirle que tenía que sentar la cabeza. Pero no podía hacerlo. Se había prometido que no lo haría hasta que pagara por sus muchos pecados.

Entonces, sintió remordimientos de no poder incluir una relación seria en su vida actual. Especialmente, con aquella mujer.

Con aquel ángel.

Al ver a Randi cubierta únicamente de aquellas braguitas de encaje y la camisola de seda, todos sus argumentos se vieron desmontados.

No se había sentido así desde que tenía dieciséis años. Desde entonces, no había sentido un deseo tan incontrolable. Ni siquiera podía bajarse la maldita cremallera.

Randi seguía mirándolo con ojos llenos de deseo y, cuando

finalmente consiguió quitarse los pantalones, los tiró en medio de la habitación, dejando atrás también sus dudas. Se sentó junto a ella en la cama y comenzó a besarla. Entonces se tumbaron uno junto al otro.

Él se apoyó sobre el codo y contempló la expresión de deseo de ella mientras le apartaba el pelo y comenzaba a acariciarle los pechos a través de la camisola. Luego, se la quitó y comenzó a acariciarle los pezones con los pulgares.

–Eres perfecta.

Ella se quedó mirando el techo.

–No, no lo soy.

Rick notó dolor en la voz de ella y se preguntó qué idiota habría echado a perder su autoestima de ese modo. Aunque él, en cualquier caso, estaba decidido a demostrarle lo atractiva que era.

–Sí que lo eres –insistió, colocándose encima y besándola entre los senos desnudos.

Ella se arqueó y soltó un gemido. El deseo de poseerla se hizo casi insoportable para Rick, pero estaba decidido a ir despacio.

Levantó la cabeza y bajó las manos por su vientre hasta llegar al elástico de las braguitas. Entonces, metió la manos debajo y la miró a la cara. Ella cerró los ojos mientras su pulgar llegaba hasta el centro de su feminidad.

–Parece que también eres perfecta por aquí –susurró él, acariciando el sexo de ella, que floreció bajo la punta de su dedo.

–Rick… –ella soltó un gemido, retorciéndose de placer.

–No te preocupes por nada, Randi –le susurró al oído–. Déjate llevar.

Ella inclinó la cabeza y dejó escapar un pequeño grito mientras todo su cuerpo se estremecía.

Rick se quedó muy sorprendido de que hubiera alcanzado el clímax tan rápidamente. Aquel ángel era incluso más apasionado de lo que había pensado.

Randi lo agarró por los hombros y lo atrajo hacia sí.

–Tranquila, querida –dijo, besándola suavemente.

–Te deseo –dijo ella con tono desesperado.

Pero Rick no quería hacerlo todavía.

–Yo también te deseo, pero antes tengo que hacer una cosa.

En ese momento, pensó que ni siquiera se le había ocurrido llevar preservativos. Su trabajo no le había permitido tener mucha vida social y menos sexual. Afortunadamente, recordó haber visto una caja en el armario del cuarto de baño. Su amigo Mark lo salvaba una vez más, sin siquiera saberlo. Y no se enteraría.

Rick se levantó, se quitó los calzoncillos y se dirigió hacia el cuarto de baño.

–Voy a ir a por un preservativo. Vuelvo en seguida. No te muevas.

Miranda no habría podido irse, aunque hubiera querido. Estaba muy excitada. Como enfermera, desde luego sabía cómo hacían el amor un hombre y una mujer, pero como mujer, nunca habría imaginado la destreza de Rick. Además, tomaba precauciones, cosa que agradeció muchísimo, ya que ella se había olvidado por completo. Porque Rick, al desnudarla, le había quitado también todo el sentido común. Solo le había preocupado a partir de entonces el modo en que él le hacía sentir.

Mientras esperaba, se metió bajo las frías sábanas y pensó que tenía que tomar una decisión.

No era que no quisiera continuar. Deseaba desesperadamente completar la experiencia y aceptar todo lo que él pudiera darle. Pero, por otro lado, no sabía si debía hablarle a Rick de su inexperiencia o dejar que lo descubriera por sí mismo.

¿Querría Rick continuar si le confesaba que era su primer amante? ¿Y si no lo hacía, se enfadaría con ella?

Rick entró en ese momento en la habitación y todas sus preocupaciones se evaporaron al ver su cuerpo alto, moreno y sexy.

La luz de la luna que se filtraba por la ventana se derramaba sobre su cuerpo, formando sombras que acentuaban sus músculos. La pequeña medalla de oro que colgaba de su cuello, brillaba ahora y de ella bajaba una línea de vello oscuro que se perdía en su vientre.

¡Dios, qué guapo era! Miranda había visto muchas veces el cuerpo masculino durante sus clases de anatomía, pero jamás había visto uno como aquel. Sobre todo, su parte más viril, de la que no podía apartar los ojos.

La sensual sonrisa de Rick le hizo estremecerse. El hombre retiró las sábanas y se metió a su lado, mirándola como si tuviera un valor incalculable. Ella decidió entonces que él merecía saber la verdad.

Rick trató de besarla, pero ella giró la cabeza, haciendo que los labios de él se posaran en la mejilla.

–¿Quieres que lo dejemos? –preguntó, girándole la cabeza con suavidad.

–No, claro que no. Pero hay algo que tengo que decirte. Quiero que sepas que no suelo hacer esto a menudo. Es más…

–No te preocupes, lo sé –replicó él, pasándole la lengua por los labios–. No tienes que decir nada, Miranda. Limítate a sentir.

El modo en que Rick pronunció su nombre, despertó sus sentidos de la misma manera que lo había hecho la melodía que él había tocado con el saxo al principio de la noche, actuando como si se tratara de un afrodisíaco. Así que dejó de pensar en confesar nada.

Rick se puso de rodillas delante de ella y abrió un paquete. Ella observó fascinada cómo se colocaba el preservativo. Seguidamente, le quitó las braguitas y le separó las piernas.

«Ya está», pensó ella. «No hay vuelta atrás».

Pero cuando él fue a quitarle la camisola, ella le agarró por la muñeca.

–¡No!

Ella odió el pánico de su voz, pero no podía dejar que él viera su secreto. No podría soportar que él apartara la vista con desagrado al tocar o ver su piel dañada.

–¿Por qué no?

–Creo que es muy sexy dejarte algo de ropa puesta.

Él le echó el pelo hacia atrás con suavidad.

–Escucha, Randi, puedes dejártelo si te sientes más cómoda, pero si es porque algún idiota te ha dicho que es inadecuado, quiero que sepas ahora mismo que no es cierto. Eres muy guapa y, además, tu belleza no es solo física.

Ella imaginó que él tendría bastante experiencia con mujeres, pero no quería estropear el momento. No cuando él la estaba mirando de aquella forma tan apasionada.

Ya no importaba el pasado ni el futuro. En ese instante, solo le importaba él. Y hacer el amor con ese hombre nunca podría ser un error, aunque no volvieran a repetirlo.

Miranda se incorporó y lo abrazó.

–Rick, por favor, te deseo.

«Por favor, antes de que cambies de opinión».

–Yo también te deseo –replicó él con voz ronca–. No puedo más.

Rick separó sus piernas y las dobló despacio. Luego, se colocó entre sus muslos. Miranda sintió cómo entraba en ella.

Rick se inclinó y volvió a besarla.

–Eres tan pequeña –le susurró al oído.

Entonces, trató de penetrar un poco más profundamente y ella sintió una ligera quemazón.

Rick se quedó inmóvil.

–Randi, ¿eres? ¿Has… ?

–No, nunca –dijo, girando la cabeza para esquivar sus ojos.

Rick bajó la cabeza y la dejó apoyada contra su hombro.

–¡Maldita sea!

Miranda agarró la cabeza de él y lo obligó a que la mirara para que viera lo mucho que lo necesitaba.

–Estoy bien.

Incluso bajo aquella luz tenue, ella pudo ver la indecisión de él.

–No quiero hacerte daño.

–No me lo harás. A menos que pares.

Miranda levantó las caderas para animarlo, recibiéndolo por entero y abriendo con ello una nueva puerta en su alma. Con el gruñido de un animal y un único empuje, Rick la llenó por completo. Más completamente de lo que ella jamás habría creído posible. Él se quedó inmóvil durante unos segundos que parecieron eternos para dar tiempo a que el cuerpo de Miranda se acoplara al de él. Luego, comenzó a susurrar palabras eróticas en un lenguaje que Miranda no entendió. «Será español», decidió. Eran poéticas, eróticas, excitantes, seductoras y misteriosas como aquel hombre. Ella volvió a sentir su cuerpo invadido por un gran deseo.

Permaneció bajo él nerviosa, deseando más, necesitando más, a pesar de tener miedo de que fuera demasiado para ella. Rick comenzó a moverse fluidamente, como su música. Mientras, la tocaba por encima del lugar por donde estaban unidos como si su cuerpo fuera un instrumento. Ella se perdió en el movimiento poderoso del cuerpo de Rick, en las placenteras sensaciones del baile de los amantes.

Rick continuó amándola hasta que, de repente, sus movimientos se hicieron más fuertes y más rápidos hasta alcanzar el clímax. El corazón de Miranda palpitó a toda velocidad. Cerró los ojos y tuvo tantas sensaciones, que no habría sido capaz de describirlas. La mente se le llenó de imágenes que desaparecieron al sumergirse de nuevo en la misma deliciosa espiral que acababa de experimentar. Y cuando se precipitó en una maravillosa sensación de olvido, un grito escapó de sus labios. Rick estaba con ella en ese momento, proclamando su propio estallido con un gemido.

Él se cayó con el corazón palpitante sobre ella, quien le agarró la cabeza y enredó sus dedos en su cabello negro, con la maravillosa sensación del contacto de ambos cuerpos. Una lágrima de alegría rodó por su mejilla.

«O sea, que es así», se dijo Miranda. Eso era lo que se había estado perdiendo todo ese tiempo. Y luego se preguntó de nuevo si el destino habría intervenido haciéndola esperar hasta aquella noche, hasta ese hombre. Los sentimientos habían sido mucho más intensos de lo que ella había esperado. Se había transformado por completo en los brazos de un hombre increíble, sin importarle que

fuera un desconocido.

Y aun así, no podía permitirse el sentir nada más allá de aquel placer físico. Por eso, apartó sus pensamientos románticos y trató de ver la experiencia objetivamente. Había sido un acto espontáneo, una noche loca, nada más. No podía ser nada más. No si quería proteger a su corazón.

Rick, en ese momento, se giró hacia un lado, separándose de Miranda, que estuvo a punto de gritar.

–Lo siento, debería haberme dado cuenta –dijo Rick.

–¿Lo he hecho muy mal?

–No, no, estuviste muy bien. Mucho mejor que muy bien –aseguró, tocándole cariñosamente la nariz–. Y me encantan los ruiditos que haces.

Después de lo que acababan de hacer, Miranda había pensado que jamás se avergonzaría por nada. Pero se equivocaba. Se alegraba de que con aquella luz, él no pudiera ver el enrojecimiento de sus mejillas.

–Si me hubieras dicho que no habías hecho el amor con nadie, habría tenido más cuidado –aseguró él, dando un suspiro y recostándose sobre la almohada.

Miranda se acurrucó contra él, a pesar de sus esfuerzos por protegerse.

–Has sido muy cuidadoso.

–No tenía intenciones de que ocurriera esto, pero me alegro de que haya pasado.

–Yo también.

Rick se incorporó y la miró preocupado.

–Randi, hay algunas cosas que quiero que sepas.

Ella puso un dedo sobre sus labios.

–No me hago ilusiones ni espero promesas, si es lo que estás pensando.

–Entonces, ¿qué esperas?

–Me has ofrecido una experiencia maravillosa. Es todo lo que quería.

–Una experiencia que espero que quieras repetir. Conmigo.

No se había esperado aquello. Para ella era suficiente una noche de fantasía y amor. No podía permitirse desear más.

Miró el reloj que había sobre la mesilla. Era casi la una de la madrugada.

–Es tarde, me tengo que ir –dijo, temiendo tener que contestar más preguntas.

Se levantó y se puso a buscar sus braguitas. Tardó unos

segundos en notar el roce en su espalda.

–Randi, ¿qué tienes aquí? –preguntó él preocupado.

Ella se sentó en el borde de la cama y encontró finalmente lo que buscaba tirado en el suelo. Después de recogerlo, se levantó y trató de contestar serenamente.

–Es una pequeña cicatriz. Tuve un accidente hace años.

–¿Qué tipo de accidente?

Miranda se puso las braguitas.

–Un accidente de coche. No me gusta hablar de ello.

–De acuerdo, no tienes por qué hacerlo.

Antes de que ella se levantara, la agarró y la atrajo hacia sí. Luego, le lamió el borde de la oreja.

–Quédate esta noche conmigo.

–Tengo que estar en el trabajo a las ocho.

–Tengo despertador.

Pero Miranda no quería volver a sentirse mujer. Sería demasiado fácil desearlo de nuevo y sufrir las consecuencias, porque inevitablemente sufriría.

Le apartó las manos de su cintura y se sentó de nuevo, ignorando lo mucho que deseaba aceptar su ofrecimiento.

–No puedo.

Se levantó y lo miró fijamente, luchando contra el impulso de contárselo todo. Pero no iba a arruinar aquella noche con confesiones lamentables.

–De verdad que tengo que irme.

–¿Estás segura? –insistió él.

Rick se tumbó y apoyó las manos detrás de la cabeza, sin hacer ningún intento de cubrir su maravilloso cuerpo.

Miranda estuvo a punto de decirle que no estaba segura. De hecho, tenía ganas de quitarse todo y tumbarse de nuevo a su lado.

–Si recuerdas, te dije que iba a tomar solo una copa. Ahora tengo que irme a dormir. Si me quedo, me temo que no dormiré nada –al decirlo, sus ojos traicioneros se posaron en el sexo de Rick.

–Además de guapa, eres muy observadora –dijo él con una sonrisa maliciosa–. Quiero que nos volvamos a ver –añadió, sentándose y dando un suspiro.

–Seguro que mañana pensarás de otro modo –y si no lo hacía al día siguiente, lo haría cuando viera todas sus cicatrices, tanto las internas, como las externas.

–No cambiaré de opinión –prometió convencido, agarrando sus manos.

Ella trató de soltarse.

–Tengo que irme –suplicó.

Rick alzó sus ojos oscuros y esbozó otra irresistible sonrisa.

–Esta noche te dejaré marchar, pero quiero dejar una cosa clara: esto no se ha acabado, Randi.

Capítulo Tres

«Esto no ha acabado, Randi».

–Miranda, no he terminado todavía.

La muchacha apartó la vista de la taza vacía y miró avergonzada a la mujer. Había tratado de prestar atención a sus palabras, pero le había resultado imposible.

La mujer llevaba varios minutos hablándole sobre las particularidades de su trabajo, pero los pensamientos de Miranda estaban dispersos. No había podido pensar en otra cosa que no fuera la noche anterior y la pasión compartida con Rick. Su mente era un caos, pero su cuerpo vibraba en cuanto pensaba en él. No podía olvidar lo que había pasado ni sus palabras de despedida. También estaba dándole vueltas a la idea de volver a verlo. Quizá él la aceptara con sus defectos.

–Lo siento mucho, Mary Jo. Creo que me vendría bien otro café. Ayer me acosté muy tarde, ya que estaba nerviosa.

–Sí, quizá deberías tomarte otro café. ¿Continuamos?

–Claro.

Mary entrelazó las manos antes de ponerlas sobre la mesa en un gesto característico de cualquier profesor. Su rostro era tan rígido como su blusa blanca, su falda azul y su pelo gris cuidadosamente peinado hacia atrás.

–Como iba diciendo, habrá algunos cambios.

–Muy bien, haré lo que se me diga.

–Tus deberes serán los mismos, pero trabajarás principalmente con el doctor Jansen, en lugar de con el doctor Bridgestone.

Miranda trató de hacer alguna pregunta inteligente.

–No conozco al doctor Jansen, ¿verdad?

–No. De los seis, es al único que te falta por conocer. Te hicimos la entrevista un viernes y él no trabaja ese día.

Miranda se pasó la mano por la bata y miró fijamente a Mary Jo.

–Háblame del doctor Jansen.

–¿Qué quieres saber?

–Lo primero de todo, dime qué pasa con él –dijo, al fijarse en la expresión de advertencia de la mujer.

Mary Jo dejó a un lado sus modales discretos y se ruborizó hasta

la raíz del cabello.

–Nada. Es solo que es un poco…

–¿Difícil?

–Sí, me imagino que se puede decir así.

–¿Cómo de difícil?

–Es muy perfeccionista. Aunque dicen que la mayoría de los cirujanos plásticos son muy meticulosos.

–O sea, ¿que es un cirujano plástico? –preguntó decepcionada.

Eran los médicos que menos le gustaban. Hacían promesas que luego no cumplían.

–El mejor de la ciudad –añadió Mary Jo con orgullo–. Su campo se limita a los niños, sobre todo anomalías craneofaciales. Los niños lo adoran y los empleados… lo respetan mucho.

La noche anterior, Miranda había pasado mucho tiempo con el hombre ideal, así que no estaba de humor para pasar ni un minuto en compañía de un médico dominante. Desgraciadamente, la independencia económica no era compatible con el orgullo.

–¿Por qué no me hablas más de él? Por ejemplo, puedes contarme lo que le gusta y lo que no.

–De acuerdo, si tengo que hacerlo… Es soltero, pero no te hagas ilusiones, porque no tiene interés por nadie de aquí ni del hospital. Sin embargo, una mujer llamada Meg lo llama con frecuencia y se dice que es su novia.

Lo que menos le interesaba a Miranda era la vida amorosa de el doctor en cuestión, sobre todo en ese momento en que intentaba olvidarse de la suya.

–Mary Jo, quiero saber sus costumbres en el trabajo, no su vida personal.

Mary Jo soltó una carcajada.

–Lo siento, es solo que la mayoría de las enfermeras quieren saber ese tipo de cosas. Es muy atractivo.

«Pues me alegro por él y por ellas», pensó Miranda.

–Pero, ¿cómo es cuando se trabaja con él?

–Bueno… no es fácil.

–Explícame algo más.

Mary Jo se encogió de hombros y puso una hoja de papel delante de Miranda.

–Este es su horario. Trabajarás con el doctor Walters cuando el doctor Jansen no esté.

Miranda observó detenidamente la hoja y luego arqueó una ceja.

–¿Solo trabaja tres días a la semana?

–Sí. Y vuelve loco a todo el equipo de quirófano cuando opera. A

veces tendrás que ayudarlo.

–Mi experiencia en cirugía es bastante limitada.

–Él te dirá lo que tienes que hacer. Créeme, en eso el doctor Jansen no tiene problemas –le aseguró Mary Jo, agarrando los formularios que Miranda acababa de firmar.

De repente, el rostro de Mary Jo cambió por completo. Hizo un gesto con la mano y se puso colorada.

–Oh… doctor Jansen. Buenos días.

–Necesito una enfermera, Mary Jo. ¿Quién va a trabajar hoy conmigo?

Al oír aquella voz irresistiblemente masculina, Miranda se quedó completamente inmóvil. De repente, le llegó el olor a colonia y, con él, el recuerdo de una canción sensual, de una caricia, de un beso apasionado, de aquella experiencia con la que jamás había soñado…

El rostro de Mary Jo adquirió una expresión totalmente profesional, pero su voz traicionó su seguridad.

–Bueno… pues resulta que tiene una nueva enfermera. Esta es Miranda Brooks. Miranda, este es el doctor Jansen.

La muchacha apartó despacio la silla de la mesa y se volvió. Sus pulmones parecieron quedarse sin aire y su corazón dio un vuelco.

El hombre que estaba frente a ella con una bata verde de cirujano y el indispensable estetoscopio al cuello, podía pasar perfectamente por un doctor cualquiera de la barbilla hacia abajo. Pero el pendiente dorado de su oreja, el pelo oscuro y el brillo sexy de sus ojos oscuros le hacían parecer más un hombre que ejerciera una profesión liberal.

No, no era un médico normal ni tampoco era un hombre cualquiera.

El doctor Richard Jansen no solo era el jefe de Miranda, sino que también era su amante.

–¿Puedes dejarme unos minutos a solas con la señorita Brooks? –preguntó Rick con un tono de voz completamente indiferente, a pesar de la sorpresa.

–Por supuesto, doctor Jansen –declaró Mary Jo, saliendo de la habitación y cerrando la puerta.

Estuvo unos minutos callado, buscando qué decir a Miranda.

–¿Por qué no me dijiste que eras médico? –quiso saber ella.

–Creo que tomé esa decisión cuando hablaste del ego de los doctores. No quería causarte mala impresión. Ahora me doy cuenta

de que cometí un grave error.

Mejor dicho, dos, si consideraba la noche anterior como un error. Pero lo cierto era que ni siquiera en esos momentos pensaba así.

Miranda se sentó de nuevo.

–De todos los hombres que hay en Dallas, he tenido que elegir a mi futuro jefe para perder la virginidad.

Rick dio un paso hacia ella.

–No es culpa tuya. Fue algo improvisado y no tiene importancia.

Nada más decirlo, odió el modo tan frío en que sonaron sus palabras. Y era evidente que a ella le pareció lo mismo.

–¿Qué vamos a hacer ahora?

Rick necesitaba más tiempo para pensar, pero en ese momento tenía varios pacientes en la consulta.

–No te impediré que busques otro trabajo –contestó él.

–No puedo arriesgarme en este momento. Acabo de alquilar un apartamento y estoy pagando un préstamo para devolver el dinero con el que cursé mis estudios.

Él extendió las manos.

–De acuerdo, no te estoy diciendo que no puedas trabajar aquí. Solo quiero que lo que ha pasado no interfiera en nuestro trabajo.

–Eso no será ningún problema –dijo ella, alzando la barbilla.

–Y no dejaremos que nadie se entere.

–No estarás casado, ¿verdad? –preguntó ella con los ojos muy abiertos.

–¡No! Es simplemente que no quiero que se hagan comentarios. Aquí se sabe todo. Por eso tengo como regla no salir con las empleadas.

–¿En serio? Pero sí puedes acostarte con ellas.

–Ese comentario no es justo, Randi. No sabía que ibas a trabajar aquí.

–Me llamo Miranda. Y tienes razón, esto no es justo.

A Rick le molestó el comentario sobre su modo de llamarla. Miranda intentaba borrar toda intimidad entre ellos. Quizá fuera una buena idea. Entonces, ¿por qué sentía ese peso en el pecho? ¿Por qué le fastidiaba tanto distanciarse cuando sabía que probablemente era lo mejor?

Miranda se puso en pie y se quedó mirándolo fijamente. Tenía una mano en la cadera y la cara roja de ira. Aun así, para Rick estaba preciosa. Incluso con aquella bata grande y los zapatos bajos. Porque él sabía que debajo de aquella vestimenta tenía un cuerpo precioso y un alma sin mancha. Lo cierto era que seguía deseando a

aquella mujer, incluso sabiendo que ya no podría ser suya.

–¿Crees que podrás llevarlo bien?

–No te preocupes por mí –dijo ella–. Puedo fingir que ni siquiera nos conocemos. Para mí la noche anterior es como si no hubiera existido –consultó su reloj–. Creo que tienes pacientes que ver dentro de quince minutos, así que empecemos a trabajar, doctor.

Cuando Miranda pasó a su lado, él la agarró por el brazo para evitar que abriera la puerta.

–¿Estás segura de que estás bien?

–Sí.

Al decirlo, sus ojos se llenaron de tristeza. Rick se dio cuenta y lo lamentó. Lamentaba muchas cosas, y la que más, hacer daño a aquella mujer.

–Lo siento.

–Yo también –replicó ella, soltándose y agarrando el pomo de la puerta.

Miranda salió al pasillo como en una nube. Tomó el historial del primer paciente y pensó que, si quería sobrevivir a ese día, tenía que dejar de pensar en Rick. Tenía que olvidar que la noche anterior había cometido el segundo error más grande de toda su vida. Tenía que concentrarse en el trabajo, fingiendo que no había pasado nada.

–¿Jamie Regan?

Un muchacho se levantó, agarrando la mano de su madre. Miranda se quedó helada al ver la mancha de nacimiento que tenía en un lado de la cara. Sus ojos, enormes e inocentes, la estudiaron para ver si ella reaccionaba como otros habían hecho. Ella le ofreció su mejor sonrisa, sabiendo por experiencia lo cruel que podía llegar a ser la gente con los defectos de los demás. Ella había vivido con aquello la mayor parte de su vida, aunque de adulta pudiera esconder sus cicatrices.

Miranda acarició la cabeza del muchacho cuando este pasó a su lado.

La madre tuvo que arrastrarlo para que caminara. Miranda los condujo hasta una habitación brillantemente iluminada, que estaba equipada con una mesa roja y carteles de animales en las paredes.

–¿Quieres que te ayude? –preguntó al niño.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

–¿Cuántos años tienes, Jamie?

El niño levantó la mano y señaló cuatro dedos.

–¿Cuatro? Eres muy mayor. Y muy fuerte.

Él le dedicó una tímida sonrisa.

Miranda echó un vistazo a sus notas y luego se dirigió a la madre de Jamie.

–¿Es esta la primera vez que viene Jamie al doctor Jansen?

–Sí –contestó la mujer, retorciéndose las manos–. El doctor Walters me lo aconsejó. Hemos venido a hablar del procedimiento a seguir.

–Entiendo –Miranda consultó el historial del chico y comprendió que la mujer debía referirse a la posibilidad de usar cirugía láser para quitarle la marca de nacimiento.

La puerta se abrió y entró Rick. El doctor Jansen, se corrigió Miranda. De ahí en adelante, ese hombre sería para ella únicamente un doctor, uno de sus jefes.

–Hola, muchacho, soy el doctor Rick –saludó, tendiendo la mano hacia el muchacho, quien se la estrechó sin dudarlo–. ¡Menuda fuerza tienes! Y ahora, vamos a ver qué es lo que tenemos aquí.

Rick agarró entre las manos el rostro de Jamie, quien se encogió asustado.

–Oye, amigo, que no voy a hacerte ningún daño. Solo voy a echar un vistazo para ver qué podemos hacer para ponerte la cara de un solo color. ¿Te parece bien?

El chico asintió.

Miranda se fijó en que Rick seguía siendo igual de amable en su rol de médico. Habría preferido que se hubiera comportado como el típico cirujano, y así tener un motivo para dejar de desearlo. No quería quedarse sin respiración cada vez que él pasaba a su lado. Pero eso no iba a poder ser, al menos por el momento.

Rick sonrió al muchacho y luego le habló a la madre de los tratamientos de cirugía láser que existían. Para cuando terminó la consulta, se había ganado tanto a la madre como al hijo.

Después de que estos se hubieran ido, Miranda fue al archivador y al hacerlo, no tuvo más remedio que darle la espalda a Rick. No lo sintió acercarse hasta que notó su olor mezclado con el del almidón de la bata de laboratorio.

–Apunta que el primer día de tratamiento será el miércoles e infórmales de que es un niño asustadizo. Di que quiero que Riggs sea el anestesista y June mi ayudante. También diles que no quiero que haya retrasos –ella sintió el calor de su aliento en la nuca–. Y si te ponen alguna pega en recepción, diles que se trata de una emergencia.

Miranda lo miró sobre su hombro.

–¿Es eso cierto?

–No exactamente, pero quiero hacerlo cuanto antes para que el chico no esté preocupado. Todavía tendrá que someterse a dos sesiones más, así que quiero que todo vaya bien en la primera.

–Entiendo –Miranda volvió a concentrarse en el historial y entonces notó las manos de él sobre su muñeca.

El roce íntimo la acaloró en un momento.

–Me da la impresión de que vamos a trabajar muy bien juntos, Randi.

Ella asintió.

–Y ahora, démonos prisa. Vamos retrasados.

Miranda corrió hacia la puerta, segura de que, definitivamente, ese iba a ser el día más duro de toda su vida.

Después de dejar las llaves sobre la mesa del salón, Rick se dirigió al dormitorio para hacer las maletas. Debía tenerlo todo listo en una hora para luego regresar y atender a su primer paciente en la sala de cirugía.

Entonces, oyó ruido de pasos en el vestíbulo. Cuando salió, vio la maleta de color verde apoyada contra el sofá y se dio cuenta de que sus amigos habían vuelto.

Soltó una maldición. No le había dado tiempo a arreglar el dormitorio y las sábanas estaban hechas un desastre después de lo que había pasado la noche anterior. Mark, sin duda, averiguaría el motivo.

–Wilson, ¿eres tú?

–Sí, ya estamos en casa.

Rick se detuvo en la puerta del dormitorio y vio a Mark sentado en el borde de la cama, desatándose las botas de montaña.

–¿Te lo has pasado bien en nuestra ausencia? –le preguntó el amigo, que se había puesto muy moreno.

–Lo normal –contestó, revisando la habitación por si había alguna evidencia de lo sucedido.

Mark se metió la mano en el bolsillo y sacó un envoltorio de preservativos vacío.

–¿Estás buscando esto?

–Iba a arreglar el dormitorio –aseguró, sabiendo que ya no tenía sentido negarlo–, pero habéis llegado con seis horas de antelación.

Mark se quitó las botas y se levantó.

–Angie quería ver a Emma cuanto antes. De hecho, ha ido a casa de su madre a recogerla –luego se volvió hacia la cama–. Bueno, ¿y

quién ha sido esta vez?

–Una mujer.

–Me alegra saberlo. A Angie no le gustaría que te hubieras dedicado a practicar juegos perversos aquí.

Rick sospechaba que la mujer de su amigo tampoco aprobaría lo que había estado haciendo con Miranda.

–Preferiría que no le contaras nada a Angie.

Mark hizo el gesto de cerrar una cremallera imaginaria sobre sus labios.

–Te prometo que no diré nada –se dirigió al armario y metió las botas dentro–. Entonces, ¿quién ha sido? ¿Katie, Karen o… cómo se llamaba la otra?

Debería haber sabido que Mark no iba a parar hasta averiguarlo.

–Caitlyn, pero no ha sido ninguna de ellas.

–¿Quién entonces?

Rick se acercó al armario y comenzó a sacar sus camisas.

–Se trata de una dama, Mark. Además, no tengo por qué contarte nada.

–Vamos, Rick, soy un hombre casado. Déjame al menos que me divierta oyendo tus aventuras.

Rick fue a la cama y comenzó a dejar allí las camisas. Luego, se fijó en que Mark seguía esperando una respuesta y pensó que debería contárselo. Así él podría aconsejarlo. Al fin y al cabo, era su mejor amigo y podía confiar en él.

–La conocí anoche.

–¿Quieres decir que os acostasteis al poco de conoceros? –Mark soltó una carcajada–. ¡Madre mía, cada vez eres más rápido! Podías hacerte un profesional.

Rick comenzó a pensar que no le tenía que haber dicho nada.

–Lo cierto es que fue ella quien me sedujo a mí.

–En cuanto ven lo sexy que eres y les enseñas tu saxo, caen a tus pies. La verdad es que eres impresionante.

A Rick le habría gustado que hubiera sido tan simple, que se hubiera tratado solo de atracción física, pero desde la noche anterior apenas había podido dejar de pensar en Miranda. Y el trabajar con ella por la mañana no lo había ayudado en absoluto.

–¿Vas a volver a verla? –le preguntó Mark.

Solo todos los días, en el hospital, pensó para sí.

–No puedo.

–¿Es que pasa algo con ella?

–Sí que pasa algo.

–¿No es tu tipo?

–¡No es eso, diablos! Al revés, me gusta demasiado. Y eso lo complica todo.

–¿El qué?

–Se trata de mi nueva enfermera.

–Esta sí que es buena –dijo Mark, echándose a reír–. Te has liado con tu nueva enfermera. ¿Y qué hay de tu ética profesional?

–Yo no lo sabía y ella tampoco. Ha empezado a trabajar hoy. Ha sido una casualidad.

Mark volvió a sentarse en la cama.

–¡Menuda situación!

–Sí, esta mañana ha resultado muy complicada.

–Ya lo supongo. Y ella te habrá dicho que no quiere salir con ningún médico.

–Y yo tampoco quiero salir con ella. No estaría bien.

–O mucho me equivoco, o esa mujer te gusta. Así que podrías hacer una excepción.

–No.

Mark volvió a ponerse en pie.

–¡Maldita sea, Rick, las cosas no son siempre perfectas! Así que, si te gusta de verdad, adelante. Podéis veros fuera del trabajo. Es algo habitual. Estoy seguro de que hay más romances en los pasillos de los hospitales que pacientes.

Rick sabía que Mark tenía razón, pero él no quería tener ninguna relación con sus compañeras de trabajo.

–Creo que no funcionaría.

–Ese es tu problema, Rick, que piensas demasiado. Confía en tu intuición por una vez y déjate llevar. Quizá te lleves una sorpresa.

Rick agarró las camisas y se dirigió a la puerta.

–¿Cómo se llama la enfermera? –le preguntó Mark, ya en el salón.

Rick se detuvo y se dio a vuelta. Se le estaba empezando a agotar la paciencia.

–¿Para qué quieres saberlo?

–Bueno, supongo que tendrá un nombre, ¿no?

–Está bien, se llama Miranda –reconoció Rick, dándose cuenta inmediatamente de su error.

–¡Oh, Dios! ¿Quieres decir esa chica del cuarenta y dos? La verdad es que parecía predispuesta.

–No está predispuesta.

–Oh, Rick, no quería insultarla.

–Bueno, no importa, porque tú no le vas a gustar de todas formas.

–¿Por qué?

–No le gustan los médicos.

–¿Y por qué se acostó entonces contigo?

Rick resopló con desesperación.

–No sabía que yo era médico. De hecho, ni siquiera sabía cómo me apellidaba.

–¿Y qué vas a hacer ahora, donjuán?

–Recoger el resto de mis cosas e irme. Tengo que estar en el hospital dentro de una hora.

–Me refería a la chica.

–No lo sé. No he tenido tiempo de pensar en ello.

–Creo que vas a tener que renunciar a alguno de tus viajes a México. Y te vendrá bien. Porque si no, vas a acabar agotado.

–Ni hablar. Todavía queda mucho por hacer allí.

–Pero no tienes que ir todos los fines de semana.

Sí que iría. Al menos, hasta que acabara lo que tenía que hacer allí, o hasta que tomara una decisión respecto a su carrera profesional… y también respecto a su vida privada.

–El programa de México fue idea mía, así que soy responsable de él –Rick se dirigió a la puerta.

Quería marcharse de allí cuanto antes para no tener que contestar a más preguntas.

Pero Mark se interpuso en su camino.

–¿Y qué hay de ti? No puedes engañarme, sé que todavía te duele lo de Emma. Tienes que encontrar a alguien, Rick.

–Pero si apenas conozco a Miranda.

–Pues haz por conocerla. Puede que ella te haga cambiar de opinión.

Quizá Mark llevara razón y debiera verse con Miranda. Pero, ¿aceptaría ella lo que él podía darle sin esperar nada más? ¿Y merecería la pena arriesgarse a que alguien los descubriera?

–Me lo pensaré. Pero ella está muy enfadada conmigo. No estoy seguro de que pueda convencerla para que hablemos, así que menos para que salgamos juntos.

–Confío en ti. Eres mi ídolo. Si tú no puedes convencerla, nadie más…

–Cállate, Mark –Rick trató de abrir la puerta, pero Mark no le dejó.

–No lo dejes pasar demasiado, Rick. A lo mejor, esta se te escapa antes de que te quieras dar cuenta.

Rick recordó la imagen de Miranda debajo de él, con aquel rostro inocente.

Quizá Mark llevara razón. Quizá no debería dejarla escapar. Quizá pudiera convencerla para que se vieran. Eso, si no se había marchado ya.

Capítulo Cuatro

Miranda se sentó en la sala de personal a tomarse un café. Había estado trabajando nueve horas a un ritmo bastante acelerado y la mayoría del personal ya se había ido, pero ella quería descansar un poco y aclarar sus ideas antes de marcharse a casa.

Había pasado toda la mañana con Rick y había comprobado que era un buen profesional. Con ella había sido muy paciente y no se había quejado de su inexperiencia ni por las muchas preguntas que ella le hacía.

Pero eso no cambiaba nada. Después de lo que él le había dicho la noche anterior, todo se había acabado entre ellos. Era lo mejor. Al fin y al cabo, él era un médico que se dedicaba a reparar las imperfecciones de las personas. Y a ella era imposible repararla.

Si había pensado que podría volver a ver a aquel hombre, esa idea se había desvanecido en el momento en que lo había visto a la puerta de la sala de personal.

Miranda suspiró y recogió sus cosas. Luego, salió al pasillo, donde pudo ver que todavía había luz en uno de los despachos. Precisamente, en el de él. Y no había otro remedio que pasar por delante para salir. Pero quizá no estuviera en el despacho. Podían ser solo las señoras de la limpieza.

Pero entonces oyó su voz y se quedó helada. Era evidente que estaba hablando por teléfono, ya que no le llegó la contestación de nadie. Aun sabiendo que estaba siendo una fisgona, siguió escuchando la conversación. Él incluía de vez en cuando alguna palabra en español, pero su tono era profesional. No como la noche anterior, cuando la había cautivado con aquellas palabras llenas de misterio. Su cuerpo reaccionó de inmediato al recordar lo que había ocurrido entre ellos después.

Se obligó a volver a la realidad. Seguramente, aquel hombre podría expresarse correctamente en al menos cinco idiomas, mientras que ella solo había estudiado francés en el instituto. Rick era sin duda el hombre que toda mujer desearía para sí y eso lo hacía todo más difícil, ya que ella estaba lejos de ser perfecta.

De pronto, la conversación cesó y Miranda decidió que tenía que escapar de allí. Levantó la barbilla y pasó a toda velocidad por

delante del despacho.

–Miranda.

La voz profunda de él la hizo detenerse bruscamente.

–¿Qué quieres?

Él estaba sentado con los pies apoyados sobre el escritorio y las manos detrás de la cabeza.

–Cierra la puerta –dijo, bajando los pies y echándose hacia delante.

Ella hizo lo que le pidió, pero se quedó de pie en medio de la habitación con gesto firme.

–¿Estoy despedida?

–No.

–Entonces, ¿qué quieres?

–Tenemos que hablar.

Miranda simuló interesarse por el despacho, que estaba sorprendentemente ordenado y decorado con muebles de nogal.

–¿De qué?

–De lo nuestro.

Un escalofrío recorrió su espalda al oír aquel «nuestro». Pero no podía dejarse engañar por su encanto.

–Muy bien, te escucho, pero no creo que haya nada que discutir, a no ser que quieras comentarme algo acerca de mi rendimiento.

–No tengo ninguna queja al respecto –replicó él con una sonrisa cargada de sensualidad.

–Me refiero a mi rendimiento en el trabajo.

–Ya sé que te referías a eso –Rick se levantó y rodeó la mesa, apoyándose en el borde frente a ella con los brazos cruzados–. Quiero hablar de lo que pasó anoche. He estado pensando todo el día en todos los motivos que hay para que no volvamos a vernos.

–Creo que eso está claro. Soy tu enfermera y eso provocaría un conflicto a nivel laboral.

–Así es.

–¿Y entonces cuál es el problema?

–El problema es que tengo dudas de si podríamos arreglar esta situación de algún modo.

–¿Y qué pasa con tu novia?

–¿Qué novia? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Mary Jo me ha contado que los fines de semana te los pasas enteros con tu novia.

–¡Maldita Mary Jo! –murmuró–. Estuve un tiempo saliendo con alguien, pero aquello se acabó.

Por más extraño que le resultara, eso supuso un alivio para

Miranda. Que, a la vez, no estaba segura de si debía creerlo.

–Muy bien, y en ese caso, ¿a qué dedicas tu tiempo libre?

–Prefiero no hablar de eso en estos momentos. Quiero hablar de lo nuestro –se frotó el cuello–. Si decidimos seguir viéndonos, tendremos que ser discretos. He visto los problemas que pueden ocasionar los romances entre compañeros de trabajo. Eso sí, lo normal es que uno o incluso los dos estén casados, que no es nuestro caso. Pero sí que supone un problema el que haya cosas en mi vida que no quiero que se hagan públicas.

Miranda comenzó a pasear de un lado a otro del despacho. Él le estaba diciendo que tendrían que vivir ocultándose de los demás. Y ella ya había pasado demasiado tiempo viviendo de ese modo.

–Entiendo. Lo que crees es que si seguimos viéndonos, yo se lo iré contando a todas las enfermeras. Incluso a lo mejor piensas que eso me impedirá cumplir con mis obligaciones.

–No he dicho eso.

Miranda lo miró fijamente mientras se ajustaba el bolso en el hombro con gesto enfadado.

–No te preocupes, no le contaré a nadie lo que ha pasado. Y aunque lo hiciera, tú siempre podrás negarlo –Miranda se dio la vuelta, tratando de no echarse a llorar.

Él la agarró por los hombros.

–No te vayas, Randi –su voz fue la misma que la de la noche anterior y, por mucho que Miranda quisiera evitarlo, él seguía teniendo una gran influencia sobre ella.

Miranda se negó a darse la vuelta.

–Tengo que irme. Tengo cosas que hacer –en realidad no tenía nada que hacer salvo irse a su apartamento.

–Mírame.

Ella lo obedeció y se encontró con sus ojos oscuros.

–¿Qué quieres?

–Sea lo que sea lo que pienses de mí ahora, quiero que sepas que lo de anoche fue muy especial para mí. Hoy, por primera vez en mi vida, he lamentado el ser médico. Pero nadie puede cambiar lo que pasó y yo quiero que nos sigamos viendo. Piensa en ello. Mientras tanto, espero que podamos seguir siendo amigos.

–Eso no puede ser.

–¿Por qué no?

–Porque los amigos no suelen hacer el amor.

–Creo que te equivocas –dijo él, acariciándole la mejilla donde estaba el rastro de una lágrima–. A veces hacerse amigo de alguien es el mejor modo de empezar una relación.

–Creo que anoche nos saltamos ese paso.

–No estoy tan seguro. Porque antes de que nos convirtiéramos en amantes, ya te consideraba como una amiga.

«Malditas sean sus dulces palabras. Maldita sea esa sonrisa tan sensual». De pronto, se encontró mirando fijamente los labios de él, esperando que una vez más…

Él la besó sin previo aviso, contestando a sus súplicas. Miranda trató de no responder al beso, pero pronto se vio envuelta por el perfume de él y por el recuerdo de la noche anterior.

Él, de pronto, se apartó de ella.

–¿Es así cómo besas a tus amigos? –preguntó ella.

–No exactamente. ¿Y tú?

–¿Y qué querías que hiciera? ¿Morderte?

–Quizá así me hubieras detenido.

–Lo dudo.

–Eres diabólica –dijo él, echándose a reír.

–Y a ti eso te encanta.

–Sí, me temo que es verdad –él la besó en la frente y luego la soltó–. Te diré lo que vamos a hacer. La próxima vez, te avisaré antes. ¿Qué te parece?

Miranda frunció el ceño ante su insistencia. Tenía que enfrentarse a los hechos. Él era un médico que había dedicado toda su vida a buscar la perfección y ella era una mujer que nunca podría estar a su nivel.

–No habrá una próxima vez.

Los sensuales ojos de él se clavaron en ella con una fuerza tal, que no pudo evitar estremecerse.

–Si tú lo dices…

–Lo digo en serio, doctor Jansen.

–Puedes llamarme Rick fuera del trabajo.

–No, no puedo –fue hacia la puerta y agarró el pomo. Antes de salir, se volvió–. ¿Te has ido del apartamento?

–Sí, hoy.

–Bien, eso significa que solo nos veremos en el trabajo. Así que diremos que este ha sido un beso de despedida.

–No tienes nada que temer de mí, Randi –dijo él disgustado.

El corazón de Miranda se encogió y se maldijo por haberle confesado aquel apodo. El modo en que él lo pronunciaba, le hablaba de cosas que ella no se atrevía ni a imaginar. Quizá no quisiera herirla, pero ya lo había hecho al ofrecerle una relación secreta. Aunque no fuera su intención, él podía destruir la seguridad que tanto le había costado recuperar si la dejaba después de

conocer la verdad sobre sus cicatrices.

–Nos veremos mañana, doctor Jansen.

Cerró la puerta y se dirigió al aparcamiento. Allí se echó a llorar ante aquella nueva pérdida en su vida.

Rick arrugó la nota de Miranda y la tiró a la papelera. La muchacha llevaba allí solo una semana y ya se permitía exigencias. ¿Para qué demonios tenía que verlo en el almacén? ¿En qué momento su vida se había convertido en una mala telenovela?

Unos días antes, él habría dado cualquier cosa por que le enviara una nota para verlo en el almacén. Unos días antes, él habría creído posible que reconsiderara su proposición. Pero ella había actuado durante toda la semana como si alguien le hubiera cosido la boca con puntos de sutura.

A pesar de su frustración, él no podía ignorar sus exigencias. La verdad era que quería verla a solas.

Él llevaba muchos años sin tener novia. Había salido con muchas mujeres, pero ninguna como Miranda. ¿Por qué? No sabría decirlo. Quizá por su inocencia o porque ella se había fijado en él como hombre y no como doctor. Quizá porque había confiado lo suficiente en él como para que se fueran a la cama.

Algo en Miranda le había convencido de que tenía que dar otra oportunidad a la relación, pero entonces ella lo había rechazado, sin pensárselo dos veces.

«Enfréntate a ello, Jansen. Te ha destrozado tu ego».

Y quizá también una parte de su corazón.

Pero si ella no quería salir con él, no merecía la pena seguir insistiendo. Rick soltó un gruñido y salió del despacho.

En el pasillo, estuvo a punto de chocarse con Mary Jo, que le bloqueó el paso.

–Doctor Jansen, gracias a Dios que está usted aquí.

–Ya me iba –murmuró, esperando que aquella explicación fuera suficiente.

–Quería hablarle del cambio de las pólizas.

–Ahora no, Mary Jo.

–Es miércoles, ¿no? Me imagino que tiene prisa en marcharse para… –sus mejillas enrojecieron.

Él jamás debería haber dejado que Bridgestone imaginara que pasaba los fines de semana con una mujer, pero no tenía otra salida. Si Bridgestone sabía la verdad, o sea, que en sus días libres trabajaba gratis, en vez de contribuir económicamente a la clínica,

la cooperación entre ellos terminaría. Y Rick no estaba preparado para terminarla todavía. No hasta que hubiera ahorrado el dinero suficiente por si decidía volver a empezar.

–¿Esas pólizas no pueden esperar, Mary Jo?

–Está bien, lo dejaremos para el lunes, ¿qué le parece?

–De acuerdo, el lunes entonces.

La mujer se volvió y continuó en dirección opuesta. Él confió en que aquella hubiera sido la última interrupción.

Se aproximó con pasos cautelosos al almacén y, desde la entrada, vio a Miranda. Estaba agachada delante de las estanterías de metal, sin duda haciendo inventario y no lo había visto.

–¿Qué puedo hacer por ti, Miranda? –dijo educadamente, a pesar de que lo que más le hubiera gustado habría sido llamar su atención con un beso.

Ella levantó los ojos y luego se incorporó rápidamente.

–Tengo algunas dudas. Parece que han desaparecido cosas desde la semana pasada.

Rick se puso serio inmediatamente. Esa chica era demasiado eficiente. Tanto para su bien, como para el bien de él.

–¿Qué cosas?

–Jeringuillas, cintas y gasas. También varias muestras de penicilina.

–¿Has preguntado a otros doctores?

–No.

«Gracias a Dios».

–¿Por qué crees que yo podría saberlo?

Ella se echó hacia atrás la larga trenza y lo miró con desafío.

–Quizá esté equivocada y probablemente no falte nada.

Pero no estaba equivocada. Tenía razón y sí que faltaban cosas, solo que él no podía explicarle por qué. No a menos que quisiera que lo echaran.

Ella siguió haciendo el inventario sin mirarlo.

–Es lo único que quería saber. Ya te puedes marchar.

Él no quería marcharse. Necesitaba asegurarse de que ella no iba a hablarle de sus sospechas a nadie más. Necesitaba, además, besarla. Se acercó a ella.

–Escucha, la mayoría de los doctores vienen de vez en cuando a por cosas, sobre todo a por muestras de penicilina. Uno de los pediatras puede haber sacado jeringuillas para algún paciente con diabetes y las vendas se gastan todos los días. Yo no lo mencionaría a nadie. Podrían molestarse.

O provocar su despido.

Ella se volvió con cara inocente.

–Oh, no querría molestar a nadie. Seguiré y haré como que no me he dado cuenta, como una niña buena.

–¿Me lo prometes?

–Siempre que no siga pasando de manera regular.

Rick dio un suspiro.

–Miranda, haz tu trabajo y no te preocupes de lo demás.

Ella se apoyó sobre la estantería, apretando el cuaderno contra el pecho.

–Estoy haciendo mi trabajo. Y bastante bien, ¿no te parece?

El pulso de Rick se aceleró y sus ojos siguieron el movimiento de las manos de Miranda dando golpecitos al cuaderno. ¿Se daba cuenta de lo sexy que resultaba? Era evidente que no, porque siguió haciéndolo.

–¿Qué has dicho?

–Que si te parece que estoy haciendo bien mi trabajo.

Estaban separados por unos pocos centímetros y Rick tuvo que reprimir el impulso de quitarle un mechón de pelo de la cara.

–Lo estás haciendo bien. Estupendamente.

–¿De verdad? Parecías enfadado esta mañana en la sala de rayos X.

–No estaba enfadado. Lo único que no me gustaba que estuvieras tan cerca de mí.

En realidad, le había encantado.

–Yo estaba allí antes.

–Pero fuiste la que te acercaste más.

Ella arqueó un ceja.

–Me lo pediste tú.

Era cierto, pero él no se había referido a que se acercara tanto.

–Porque, desde donde estabas, no podías ver la fractura.

–Pues sí que la veía. Y además, yo no te toqué.

Maldita sea, se había dado cuenta, pensó él.

–¿De qué hablas?

–Lo sentí cuando te diste la vuelta. Me rozaste las nalgas y también por los lados…

–Ya entiendo. Debió de ser con la radiografía. Te rozaría con ella…

–No se me había ocurrido –dijo ella, cambiando el peso a la otra pierna y dejando el cuaderno sobre uno de los estantes–. Pero sigo pensando que era tu mano.

–¿Cómo puedes pensar que era mi mano?

–¿Es que habría sentido algo especial si hubiera sido tu mano?

Rick se echó hacia delante y se apoyó contra la estantería que había sobre la cabeza de Miranda.

–¿Ya te has olvidado? ¿Por qué no cenas conmigo esta noche en mi casa? Así te refrescaré la memoria.

Ella entornó los ojos.

–¿Y que todo el mundo se entere de nuestro secreto? Los dos sabemos que no queremos que eso ocurra.

Rick maldijo entre dientes en una mezcla de inglés y mexicano que Randi no podía entender. Pero lo entendería cuando él la tomara en sus brazos.

Estaba harto de fingir que no la deseaba. Cansado de fingir que había olvidado aquella primera noche. Y al diablo la sensatez.

De una patada, cerró la puerta. La cordura abandonó la sala cuando él cubrió los labios de Miranda, ahogando un grito de sorpresa. Entonces, ella soltó un gemido y el deseo de él se hizo aún mayor. Aquel deseo que era como una llama en sus entrañas, que se había ido formando desde aquella noche en que ella había abandonado sus brazos. Agarró uno de sus senos a través de la bata y la miró a los ojos.

–Por si se te ha olvidado, mis manos hacen esto.

–Ahora lo recuerdo –dijo ella, sin aliento.

La tela de la bata era una barrera frustrante, que Rick quería eliminar a pesar de que algo le decía que estaba cometiendo una locura.

La besó de nuevo, sin darle tiempo a que protestara y, con una facilidad pasmosa, le desabrochó el botón superior de la bata.

–¡Miranda! ¡Doctor Jansen! ¿Dónde están?

Capítulo Cinco

–¿Qué hacemos? –preguntó Miranda.

–Calla –dijo él, apagando la luz.

Se oyeron pasos rápidos al otro lado de la puerta y la voz de Mary Jo.

–Me imagino que ya se habrán ido.

Oyeron otra puerta cerrarse e imaginaron que la mujer había salido.

Miranda todavía sentía los efectos del beso de Rick y de sus manos.

–Hemos perdido la cabeza –susurró ella.

–Hemos perdido el control, pero creo que nuestras cabezas están intactas. Junto con otras cosas.

Miranda no tuvo que pensar mucho para adivinar a qué otras cosas se refería.

–No es momento para bromas. Mary Jo podía habernos descubierto.

–Pero no lo hizo.

Ella se acercó a la pared y encendió la luz.

–Estoy hablando en serio. A ti no pueden echarte, pero a mí sí –insistió ella, mirándolo sorprendida.

Él parecía más divertido que preocupado.

–No dejaría que te echaran.

Ella apoyó una mano en la cadera.

–Deberíamos comportarnos como adultos, no como adolescentes excitados.

Él extendió un dedo y le tocó suavemente la mejilla. Ella no pudo evitar estremecerse.

–Y somos un poco mayores ya para dejarnos llevar por las hormonas, especialmente en el trabajo, ¿no te parece?

Miranda jamás se había dejado llevar por sus hormonas en ningún sitio hasta la semana anterior. Pero con un simple roce, él hacía que sus instintos despertaran.

–Entonces, sal conmigo fuera del trabajo.

–Escucha, estamos en un hospital y esto no es una serie televisiva de médicos y enfermeras.

Él soltó una carcajada.

–Eso estaría bien.

Ella ni siquiera sonrió.

–No era ningún chiste.

–A mí tampoco me parece ningún chiste lo que hay entre nosotros. Y si recuerdo bien, empezaste tú, diciendo que querías verme aquí.

La atmósfera bajó unos cuantos grados. Miranda se estremeció.

–En cualquier caso, no podemos seguir haciendo este tipo de cosas.

Rick se giró y apoyó la frente sobre uno de los estantes.

–Si no quieres verme, ¿qué propones que hagamos?

Miranda estuvo a punto de decirle que se olvidaran de las normas y de lo que todo el mundo pudiera pensar. «Inclúyeme en tu vida, acéptame como soy y no temas decirlo al mundo». Pero era ridículo. Él no la conocía de nada. Ni siquiera vería jamás sus cicatrices. Él se relacionaba con la perfección y ella era todo menos perfecta. Además, no quería confesarle su secreto. Ya lo había hecho una vez con otro hombre en el que había creído poder confiar y los resultados habían sido horribles. No iba a arriesgarse a que pasara lo mismo con Rick.

–Tendremos que aprender a controlarnos.

–Ya lo hemos intentado –dijo él, mirándola de reojo.

Por un momento, ella pensó que aquella noche fatídica iba a costarle el mejor trabajo que había tenido nunca. Y mucho peor, iba a privarla de cualquier tipo de relación profesional con él. Porque lo cierto era que lo admiraba y respetaba, como doctor y como jefe.

–¿Qué sugieres? ¿Me busco otro trabajo?

–No. Ya sabes lo que quiero.

Miranda se apoyó contra el armario. Le temblaban las rodillas.

–Verme en secreto y luego fingir en el trabajo. Nunca saldría bien.

–Te equivocas, Miranda. Saldría bien si lo intentamos. Sé que tú quieres estar conmigo, aunque trates de convencerte de que no. Y yo también quiero estar contigo. Pero no quiero que la gente sepa nada de mi vida. Valoro mucho mi intimidad –explicó, yendo hacia la puerta–. Me iré dentro de dos horas. Los dos necesitamos pensar en ello durante el fin de semana. El lunes hablaremos.

El «doctor Perfecto» había vuelto con su frialdad, su eficiencia y su sensatez. Miranda se armó de valor, temerosa de perder la oportunidad de decir lo que tenía en mente.

–Rick, pase lo que pase, no lamento haber hecho el amor

contigo.

Él se quedó mirándola.

–Yo, en este momento, sí lo lamento. Así no lo echaría tanto de menos.

Luego, salió, llevándose una parte del corazón de Miranda.

Miranda no vio a Rick el lunes. Al parecer, había tenido que quedarse en la ciudad. La mañana del martes se la estaba pasando cancelando citas. Por lo menos, sabía que no estaba con esa misteriosa Meg, ya que esta lo había llamado un par de veces.

Trató de no pensar en que él podría haberla engañado en lo de que no tenía novia. No quería estar preocupada, pensando en él, mientras trabajaba con el doctor Walters, pero le fue imposible evitarlo.

Y aunque normalmente no le importaba el pesar a un bebé nervioso ni examinar gargantas inflamadas, aquella tarde no disfrutó de ello.

En el poco tiempo que llevaba allí, había descubierto una gran afinidad con los pacientes de Rick: seres deformes que lo necesitaban para sentirse mejor consigo mismos. Los últimos dos días había echado de menos las cicatrices, la alegría en los rostros de lo niños y el agradecimiento de sus padres cuando la operación salía bien. Pero más que eso, echaba de menos al doctor que convertía esos milagros en realidad.

Cuando Mary Jo apareció, Miranda le hizo una seña.

–¿Trabaja mañana el doctor Jansen, como siempre?

Mary Jo se inclinó sobre la mesa.

–Sí, ya ha vuelto. Puedes hablar con él cuando venga un poco más tarde. Si viene, claro. Normalmente, del hospital se va directamente a casa. Pero, ¿sabes una cosa? Últimamente me he dado cuenta de que pasa cada vez más tiempo aquí.

El corazón de Miranda dio un vuelco. Le gustaría pensar que ella tenía algo que ver con los merodeos del doctor, pero sabía que era una estupidez.

–Bien, trataré de verlo. Tengo un montón de mensajes para él.

Mary Jo se dirigió a la puerta, pero se paró y se volvió hacia Miranda.

–¿Vas a ir esta noche a la fiesta del doctor Bridgestone?

Al principio Miranda había rechazado la invitación, pero luego pensó que sería una manera de pasar unas horas acompañada.

–He traído ropa para cambiarme aquí, aunque no lo he decidido

todavía seguro.

Mary Jo se inclinó de nuevo sobre la mesa.

–Tienes que ir. Será una fiesta estupenda. Y recuerda que el doctor Bridgestone también es soltero. Y él sí que sale con enfermeras.

–Pues qué bien. Estoy segura de que encontrará varias candidatas.

–Me he enterado de que ha hablado de ti –aseguró Mary Jo, bajando la voz.

¡Caramba! Miranda apenas había vuelto a verlo desde que los presentaron. El doctor Bridgestone trabajaba en el otro ala del edificio. Además, ella no sentía el más mínimo interés. Ya había conocido a demasiados médicos últimamente.

–Como es uno de los socios, me imagino que estará feliz con mi trabajo.

–No creo que sea por tu trabajo –la risita de Mary Jo hizo eco en el vestíbulo–. No sé si me entiendes.

–Lo recordaré –contestó Miranda con una sonrisa afectada.

–Te veré esta noche. A las siete en punto. Ponte algo bonito… y sexy.

Una vez Mary Jo se hubo ido, Miranda apoyó la cabeza sobre la mesa. ¿Tendría marcado en la frente que estaba desesperada? ¿O era simplemente que a Mary Jo le gustaba hacer de casamentera?

Tratando de concentrarse de nuevo en el trabajo, agarró el teléfono. Luego, se le ocurrió algo.

Quizá Rick fuera a la fiesta. Lo que era razón más que suficiente para que ella se quedara en casa, sacara algo del congelador para cenar y viera una serie cómica mala en la televisión. Lo malo era que había comprado ese fin de semana un vestido negro perfecto. ¿Por qué malgastarlo? Además, así tendría oportunidad de considerar otras opciones y otros hombres.

Rick tenía debilidad por los vestidos negros y el que llevaba Miranda le hizo que le gustaran mucho más. Bajo de escote, con la falda corta, las mangas largas y hecho para ser quitado despacio. Muy despacio.

Se aclaró el nudo que tenía en la garganta y se estiró en la silla de la consulta.

–¿Ha cambiado Mary Jo el diseño del uniforme mientras he estado fuera?

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a tu vestido.
Ella, finalmente, lo miró.
–¡Ah, es por eso! –exclamó–. Es que voy directamente a la fiesta.
–¿A qué fiesta? –preguntó con un tono sospechosamente celoso.
–A la fiesta del doctor Bridgestone. ¿Es que no te ha invitado?
Rick recordó vagamente haber recibido una invitación, pero la había tirado junto con docenas de otras invitaciones que requerían su presencia en actos que no le interesaban en absoluto.
–Sí, recibí una, pero no pensaba ir. No me gustan los actos sociales –aseguró.
Pero viéndola así vestida, se preguntó si no había cometido una grave equivocación.
–Haz lo que te apetezca –contestó ella, echándose un mechón de pelo hacia atrás.
La última vez que había visto a Miranda con el pelo suelto había sido dos semanas antes. Desde entonces, lo había llevado siempre recogido en una trenza sencilla.
–¿Cómo es que te ha invitado? –quiso saber él.
–Ha invitado a todo el mundo –contestó ella con indiferencia–. Tengo que decirte los mensajes ya o llegaré tarde.
–Soy todo oídos.
Y, al parecer, todo ojos también. No podía apartar la mirada de los ojos verdes de Miranda, resaltados por el rímel negro que cubría sus pestañas. Rick miró luego su boca, que se había pintado de color fresa. Su ángel parecía haber caído y lo estaba volviendo loco.
–Estos tres son de una tal Meg –dijo ella, dejando los mensajes sobre la mesa–. Llamó varias veces y dijo que era importante que la llamaras cuanto antes.
–De acuerdo.
Lo haría cuando ella saliera de allí y pudiera concentrarse.
–Los otros son de pacientes. La madre de Jamie llamó para decir que el niño estaba bien, aunque está preocupada porque todavía tiene la cara amoratada.
–Es normal. La llamaré. Por cierto, ¿has trabajado con el doctor Bridgestone?
–No, pero lo conozco.
–¿Y aun así piensas ir a la fiesta?
–¿Por qué no iba a ir?
Rick se echó hacia delante.
–Es evidente que no conoces su reputación.
–Es uno de los mejores neurocirujanos de la ciudad.
Rick soltó una carcajada sarcástica.

–No me refiero a esa reputación, me refiero a la otra.

–¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

¡Dios! ¿No había límites para su inocencia? ¿No tenía la menor idea de lo guapa que estaba con aquel diminuto traje negro? ¿Cuántos hombres serían capaces de sacrificarse por estar un fin de semana a solas con ella?

–Don Bridgestone es un cuarentón lascivo, mujeriego y egoísta cuyas conquistas son simplemente una cruz más en la lista. Su filosofía de vida se limita a acostarse con todas las mujeres que puede.

Los ojos de Miranda se abrieron de par en par.

–Es uno de tus socios. No puedo creerme que hables así de él.

–Es un buen doctor.

Miranda se echó hacia delante, ofreciéndole una bonita imagen de su escote.

–Me da la impresión de que estás celoso.

–Te estoy haciendo un favor, Miranda. Manténte alejada de él.

–Recordaré el consejo, pero puedo cuidarme solita –le enseñó otro mensaje–. Este es el último, así que, si no quieres nada más, me voy.

Sí que quería algo más, quería besarla. Quería utilizar la mesa para algo más que para despachar el trabajo atrasado. Pero, evidentemente, ella había decidido que no quería nada con él.

–Sí, por el momento, hemos acabado.

–Entonces, nos vemos mañana.

Rick la observó salir y cerrar la puerta. Luego, soltó una palabrota que habría escandalizado a su madre.

Su madre.

No podía posponerlo más. A pesar de que sabía que iba a regañarlo y no estaba de humor para ello, tenía que llamarla.

–Hola, Meggie, ¿qué tal?

–Ya era hora, Ricky –dijo una voz al otro lado de la línea–. No sé nada de ti desde hace dos semanas.

Él escuchó pacientemente la reprimenda.

–Lo sé, mamá. He tenido mucho trabajo. ¿Cómo está C.J.?

–No demasiado bien. Los doctores han tenido que cambiarle la medicación. También están hablando de operarlo otra vez y yo no sé si podrá resistir otra operación.

Rick comenzó a darse golpecitos con el auricular en la frente. Luego, se lo llevó otra vez al oído. Tenía que ser realista, ya que nadie más en su familia parecía serlo.

–Mamá, ya sabes que con el defecto cardiaco de C.J., hay que

cambiarle la válvula cuando tenga veinte años. Pero si los médicos han decidido hacerlo ahora, con dieciocho, es mejor hacerles caso.

–Estamos hablando de tu hermano, Ricky, no de uno de tus pacientes. Y no quiero ni pensar en que puedo perderlo.

Rick tampoco lo soportaría. A C.J., un cariñoso chico con síndrome de Down, lo había adoptado su familia cuando tenía dos años. Rick lo echaría mucho de menos si muriera. Al fin y al cabo, había cuidado de él más de una vez. Pero eso había sido antes de que empezara esa nueva vida que apenas le dejaba tiempo para su familia ni para ninguna otra cosa. Entonces, se acordó de Miranda.

–Mira, si eso te hace sentirte mejor, puedo arreglarlo todo para que le hagan una revisión aquí, en Dallas, aunque estoy seguro de que allí está bien atendido.

–¿De verdad lo harías? –preguntó su madre muy ilusionada.

–Sí, lo arreglaré todo.

–Se lo contaré a tu padre.

–Muy bien. Además, todavía no habéis visto la casa.

–Ya lo sé, hijo. Ya sabes lo difícil que nos es viajar con los críos.

Sí que lo sabía. Sus padres no habían acudido a su graduación, debido a que Molly estaba muy mal por aquel entonces. Y cuando se doctoró en Medicina, se limitaron a mandarle una planta y una felicitación, ya que acababan de adoptar a Sasha, una niña de tres años con parálisis cerebral, que no podía suspender su tratamiento. Rick sabía que las ausencias de sus padres habían sido obligadas, pero eso no podía evitar que sintiera cierto resentimiento. Y eso era lo peor, porque ese resentimiento lo hacía sentirse culpable.

–Llámame en cuanto lo decidáis, Meggie.

–Ricky, ¿pasa algo?

–No, ¿por qué lo preguntas?

–Por intuición. ¿No has conocido a ninguna chica últimamente?

Volvió a pensar en Miranda.

–Estoy muy ocupado y apenas tengo tiempo para hacer vida social.

–Pues tienes que encontrar tiempo para eso, Richard Jansen. Ya no eres ningún jovencito y a tu padre y a mí nos gustaría que nos dieses algún nieto antes de que seamos demasiado mayores para disfrutar de ellos.

–Está bien. Si eso te hace sentirte mejor, ahora voy a ir a una fiesta –¿desde cuándo había decidido eso? Quizá desde que Miranda había salido por la puerta y corría el riesgo de caer en las redes de aquel mujeriego.

–Oh, eso es maravilloso, cariño. Espero que te diviertas.

–Ahora tengo que irme o llegaré tarde –se despidió Rick, repitiendo las palabras de Miranda.

Pero si el doctor Bridgestone había puesto los ojos en Miranda, quizá fuera demasiado tarde.

Miranda trató por todos los medios de no bostezar. La fiesta estaba resultando muy aburrida. Suerte que, al menos, el bufé era de primera clase. Había una fuente de la que manaba champán y una gran cantidad de canapés. También había una enorme tarta de chocolate con velas en el centro que formaban el número cuarenta y cinco.

Miranda ya se había tomado dos copas de champán y en esos momentos estaba tratando de simular que escuchaba los comentarios de Mary Jo acerca de quiénes eran todas las personas que estaban en la fiesta.

–Y esos son el doctor Walden y Hedda, su esposa –estaba diciendo en esos momentos, señalando a una pareja que estaba bailando el fox trot–, que es una inmigrante alemana y… ¡Oh, Dios mío!

Miranda salió bruscamente de su estado de estupor y vio que Mary Jo estaba mirando fijamente la puerta.

–No me lo digas. Ha llegado Elvis.

–Es el doctor Jansen.

Miranda no podía creer que Rick estuviera allí después de parecer tan renuente a ir a la fiesta.

La gente comenzó a apartarse a su paso como si se tratara de Moisés. Rick iba vestido exactamente igual que la noche en que lo conoció, aunque esta vez llevaba también abrigo. A diferencia de la mayoría de los hombres, no llevaba corbata. Cosa que no extrañó a Miranda.

Parecía estar atrayendo la atención de bastante gente. Especialmente, de una rubia que se le colgó del brazo. Pero él no le hizo apenas caso, ya que estaba mirando fijamente a Miranda.

–Esa es Carol Humphrey –le informó Mary Jo–, que trabaja en pediatría en el hospital. He oído que tiene puesta la vista en el doctor Jansen desde siempre. También he oído…

Miranda fue a por otra copa de champán, dejando a Mary Jo hablando sola. Metió su copa bajo la fuente hasta que estuvo llena. Luego, dio un trago antes de notar que alguien le tocaba el codo.

–Señorita Brooks, llevo toda la noche tratando de hablar con usted. ¿Dónde ha estado escondida?

Miranda se dio la vuelta y se encontró con el doctor Bridgestone. El hombre llevaba su pelo de color arenoso perfectamente peinado. Debía haber gastado un bote de laca entero para fijarlo. También llevaba primorosamente arreglado su grueso bigote rubio.

–Feliz cumpleaños, doctor Bridgestone.

–Eso será si usted baila conmigo.

–No se me da demasiado bien.

–No se preocupe, a mi sí –le quitó la copa de champán y se la dio a un camarero–. Por cierto, puedes llamarme Don.

Antes de que Miranda pudiera decir nada, el doctor Bridgestone la había llevado a la pista de baile. Se pusieron a bailar y el hombre le pisó un par de veces. Pero Miranda no sabía si le molestaron más los pisotones o el embriagador olor a colonia que desprendía aquel hombre, que suplía su falta de sentido del ritmo con un ego impresionante.

–Estás muy guapa esta noche, Miranda –le dijo con el aliento apestándole a whisky y tabaco.

–Gracias –murmuró ella.

Entonces, él bajó una de las manos hasta su cadera. Ella se la subió de nuevo con un movimiento sutil.

–¿Te importa si bailo con mi enfermera?

Ella se fijó en que Rick se había acercado y estaba tendiendo su mano hacia ella. El doctor Bridgestone se interpuso entre los dos.

–Escucha, Rick, muchacho, tú la tienes todo el día para ti. Deberías ser más generoso.

–Es que quiero comentar un caso con ella.

–¿El caso Smith? –preguntó Miranda, agradeciendo que su cerebro hubiera sido lo suficientemente rápido como para inventarse el nombre de un falso paciente.

–Eso es –reaccionó Rick a tiempo–, el caso Smith.

Entonces, el doctor Bridgestone la soltó y Miranda aprovechó para escapar de él.

–Lo siento, doctor Bridgestone, pero es importante. No hemos tenido tiempo de comentar el caso en la consulta. Estoy segura de que lo entenderá.

El hombre parecía reacio a entenderlo. No paraba de mirar a Rick con gesto suspicaz.

–Muy bien, los dejaré que discutan ese caso… pero solo un rato –dijo, sonriendo exageradamente a Miranda–. Luego, seguiremos hablando nosotros dos –añadió, dándole un beso húmedo en la mano. Finalmente, se alejó después de guiñarle el ojo con gesto lascivo.

Rick la tomó en sus brazos, pero dejando una distancia prudencial.

–Veo que piensas rápido. ¿He llegado a tiempo?

–Sé valerme por mí misma. No necesitaba que vinieras a rescatarme.

–Yo no estoy tan seguro de eso. No has tardado nada en aceptar mi ofrecimiento. Y me daba la impresión de que ese hombre estaba pasando al ataque.

–Lo tenía controlado.

–Bien –Rick la apretó contra su fuerte pecho.

Miranda se fijó en que había bastantes personas en la fiesta que no dejaban de mirarlos.

–Me parece que no ha sido muy prudente que me saques a bailar. La gente no nos quita ojo.

–No es la primera vez que bailo con una enfermera.

–Pero no te citabas con ellas.

–Es cierto. Pero a menos que me tumbes en el suelo y me arranques la ropa, saldremos de aquí con nuestra reputación a salvo.

Miranda se fijó en que Mary Jo estaba hablando con Patty, la recepcionista. Luego, trató de olvidarse de la gente y de concentrarse en Rick, pero no fue una buena idea. Se dio cuenta en cuanto olió su colonia y sintió la presión de sus fuertes brazos. Entonces, se acordó de la noche en que estuvieron bailando en el apartamento y se despertó el deseo en ella. Se sintió invadida por unas enormes ganas de estar a solas con él y perderse en sus besos. Pero eso era una locura. Había ido a la fiesta para alejarse de él, no para caer de nuevo en sus brazos.

La música paró de pronto, pero Rick siguió abrazándola durante unos instantes.

–Vámonos de aquí.

–¿Adónde?

–A mi casa.

–¿Quieres que salgamos juntos de aquí?

Si él estaba dispuesto a tomar ese riesgo, ella no dudaría en seguirlo.

La banda de música comenzó a tocar otro tema y ellos salieron de la pista de baile.

–Sal tú primero –le propuso él, echando un vistazo a su alrededor–. Yo me reuniré contigo abajo.

Ella debería haber sospechado que su intención no era salir de allí los dos juntos como una pareja normal. Rick parecía seguir

queriendo ocultar lo suyo. Su intención era que todo el mundo siguiera creyendo que su relación se limitaba al ámbito profesional. Y eso sin mencionar todos aquellos mensajes de esa tal Meg. Definitivamente, se le habían quitado las ganas de acompañarlo a ningún sitio.

Saludó al doctor Bridgestone, que estaba acompañado en esos momentos por Carol Humphrey.

–Es algo pronto todavía y, además, le he prometido al doctor Bridgestone otro baile.

Rick se volvió y la miró con gesto sombrío.

–Así que prefieres quedarte con ese hombre…

Al menos, Bridgestone no había escondido sus intenciones, aunque estas fueran deshonestas.

–Lo que prefiero es estar con alguien que no me considere tan solo una aventura secreta –se dio la vuelta, necesitando de pronto salir fuera a tomar el aire.

Miranda se dirigió hacia la puerta de doble hoja que daba paso a una terraza, desde donde podía verse el perfil de la ciudad de Dallas. Era una vista de gran belleza, pero en aquellos momentos ella era incapaz de apreciar nada. Se apoyó en la barandilla, agarrándose con fuerza.

–Miranda –la voz profunda de él llegó hasta ella. Pero no se dio la vuelta. Quería recobrar su compostura. ¿Por qué desearía tanto a ese hombre?

La puerta se volvió a abrir y otra pareja salió a la terraza, colocándose en el otro extremo. Rick la tomó por el codo y la condujo hasta una galería formada por dos paredes de piedra, donde pudieran escapar de las miradas de los demás.

–¿Para qué has venido? –le preguntó Miranda, apoyándose en una de las paredes.

–Quiero que entiendas por qué trato de ser tan precavido. Lo hago tanto por mí como por ti.

–Yo sé ocuparme de mí misma, gracias. Y para ser sincera, te diré que no me importa en absoluto lo que opine la gente.

–Pues a mí sí. De hecho, me da la impresión de que ya han empezado a rumorear sobre nosotros.

Ella levantó la barbilla.

–¿Y de quién es la culpa?

–Mía, pero lo hice sin pensar –soltó una carcajada–. Parece que siempre que estoy a tu lado me pasa lo mismo. No podía aguantar el modo en que Bridgestone te estaba acariciando.

–¿Acariciándome? Me parece que estás exagerando.

–Si le dejo seguir adelante, en poco tiempo te habría sacado de la fiesta y te habría metido en su Mercedes.

Ella estaba empezando a enfadarse. ¿Cómo se atrevía a subestimarla de ese modo?

–No soy tan ingenua. ¿Piensas de veras que me prestaría a algo así?

–No, sé que no te habrías ido con él. Lo admito, estaba celoso, pero es que no podría soportar que ningún otro hombre te pusiera la mano encima –Rick la miró con sus ojos oscuros.

A Miranda le dio un vuelco el corazón al escuchar aquello. Pero tenía que resistir. No necesitaba sus dulces palabras para nada. No necesitaba nada de él. O al menos, quería que así fuera.

–No creo que tengas derecho a preocuparte por lo que yo haga.

Él se acercó más, dejándola casi sin oxígeno.

–Sé que no tengo ningún derecho –dijo, comenzando a acariciarle la mejilla con la punta de un dedo–, pero es que no puedo olvidar la noche que pasamos juntos. No puedo olvidar lo que sentí al tenerte entre mis brazos, lo que sentí al hacerte mía.

Apoyó una mano en la cintura de ella.

–Y me gustaría volver a hacerte mía de nuevo –añadió–. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero no puedo evitarlo.

«Sé fuerte», se dijo ella a sí misma. «Ignora su mano, olvídate de esos ojos tan sensuales y de esos labios tan incitantes».

–Pero yo quiero algo más, Rick. Quiero que salgamos a esa sala y que no finjamos que nuestra relación es solo la de un médico y su enfermera. No puedo conformarme con menos que con eso.

Él se quedó mirando sus labios unos momentos antes de volver a mirarla a los ojos.

–Eso es imposible. Lo único que puedo ofrecerte es estar contigo a solas y que hagamos el amor. ¿Es que no podemos olvidarnos de todo lo demás, como pasó la otra noche? ¿Aquella noche en que solo éramos Rick y Randi?

Su cabeza le decía que eso no podía ser, que no podían dar marcha atrás. Pero su corazón deseaba volver a sentirse vivo en los brazos de Rick. Anhelaba dejarse llevar a cualquier lugar donde pudieran estar solos. Se moría por que él volviera a hacerle el amor.

Pero, ¿a qué precio? Tarde o temprano, Rick vería sus cicatrices y ella prefería no pensar en su reacción. ¿Lo aceptaría o se olvidaría de ella para siempre? ¿Quería ella de verdad arriesgarse a descubrirlo?

Antes de que pudiera responderse, él la besó apasionadamente. Ella llevaba recordando su forma de besar desde que lo había visto

entrar en la fiesta. Pero una cosa era el recuerdo y otra muy distinta la realidad.

Rick se apretó contra ella, atrapándola entre la pared y su cuerpo duro como el acero, y comenzó a acariciar con la lengua sus labios, sus dientes y, por fin, entró profundamente en su boca que, traicionándola, se había abierto. Luego, rompió el beso y continuó por su cuello.

Miranda se agarró a sus fuertes hombros y perdió toda sensación de tiempo o espacio.

Al sentir la lengua de él resbalar por su escote, se quedó sin aliento y dejó escapar un gemido.

–Randi, ¿es que no te das cuenta de lo mucho que te deseo? –la voz de él fue un susurro.

Ella se estaba dejando llevar por su propio deseo. Sabía que debería apartarse de él, pero apenas tenía fuerzas para agarrarse a sus hombros.

–No puedo –consiguió decir ella, pero realmente lo que no podía era negarle nada en esos momentos.

Lo deseaba tanto, que ya pensaría en todo lo demás después.

Él metió las manos bajo el vestido de ella y le agarró las nalgas, cubiertas tan solo por unos pantis. Un gran calor invadió lo más íntimo de su cuerpo. Se moría de ganas por sentirlo dentro de ella. Pero estaban en una galería y su única protección contra miradas ajenas era el cuerpo de Rick.

–Tócame –susurró él.

Le agarró con suavidad una mano y se la colocó sobre su propio pecho. Luego, se la condujo hacia su abdomen y, finalmente, la acercó a su sexo erecto.

Miranda se estremeció y dejó escapar un suspiro. De pronto, volvió en sí y apartó la mano.

–Alguien podría vernos.

Él se apretó aún más contra ella.

–No me importa –aseguró él, contradiciendo todo lo que le había dicho anteriormente.

Agarrándola por la cintura con una mano, llevó la otra hasta uno de sus muslos y comenzó a acariciarle la cara interna. Entonces, a Miranda dejó de importarle que alguien pudiera descubrirlos.

Cerró los ojos y su labio inferior comenzó a temblarle. Cuando los volvió a abrir, se fijó en que él la estaba mirando con gesto apasionado mientras sus dedos subían hacia el sexo de ella.

Se oyeron risas en la distancia, pero ella decidió ignorarlas. En lo único que podía pensar era en el deseo que invadía todos sus

sentidos.

–Eres preciosa –murmuró Rick antes de besarla de nuevo mientras sus dedos se acercaban a su destino.

Miranda apenas oyó los pasos que se acercaban. Para entonces, ya era demasiado tarde.

–¿Doctor Jansen? ¡Oh, Dios! ¿Eres tú, Miranda?

Capítulo Seis

Rick se sentó a la mañana siguiente ante su escritorio, pensando en la inoportuna interrupción de Mary Jo. Miranda había escapado corriendo de la terraza, dejándolo a solas con aquella cotilla. Afortunadamente, Mary Jo se había marchado a toda velocidad, murmurando toda una letanía de disculpas.

Solo en la terraza, había esperado a que su cuerpo se calmara lo suficiente como para volver a la fiesta. Entonces, después de buscar entre la multitud y no ver ni rastro de Miranda ni de Mary Jo, se había marchado. Una vez en casa, había pensado en telefonear a Miranda, pero, en lugar de ello, se había sentado a pensar durante horas, tratando de encontrar alguna solución. Pero no había encontrado ninguna.

Se masajeó el cuello, cargado de tensión. No había podido dormir más que un par de horas, pensando en su falta de autocontrol y en que todo el hospital podría llegar a enterarse de su relación con Miranda. Incluso había esperado encontrar una noticia en el periódico, en la página de sociedad, hablando de ellos. Afortunadamente, no había sido así.

Aunque Mary Jo, probablemente, habría contado a media fiesta que había visto al doctor Jansen besando a su enfermera. Si hubiera llegado dos segundos más tarde, habría visto mucho más. Dos segundos más tarde, habría poseído a Miranda allí mismo, de pie y con los pantalones bajados, sin pensar en las consecuencias.

¿Qué tenía Miranda que le hacía tirar por la borda todas sus precauciones? ¿Por qué no era capaz de mantener las distancias, cuando ella evidentemente no quería una relación con él? Podía explicarlo como un tipo de comportamiento irracional provocado por su orgullo de hombre, pero con Miranda era mucho más que eso. Sentía una necesidad primitiva de protegerla, de tenerla cerca, de mantenerla apartada del mundo para que no se manchara.

Sentimientos que eran totalmente ajenos a él y que lo asaltaban cada vez que estaba cerca de ella, volviéndole loco.

Tenía que verla a solas esa misma noche y tratar de aclarar las cosas. Pero antes tenía que ver a Mary Jo. Sopesar el daño y cerrar la boca a esa cotilla, si no era ya demasiado tarde.

Pulsó el botón que comunicaba con recepción.

–Patty, busca a Mary Jo y dile que venga a verme ahora mismo.

–Sí, doctor Jansen –respondió la recepcionista.

Treinta segundos después, Mary Jo apareció en el despacho con las manos entrelazadas.

–¿Quería verme, doctor?

–Cierra la puerta.

Una vez lo hizo, Rick señaló la silla que había delante de la mesa y Mary Jo se sentó, mirando nerviosa a todas partes.

–Acerca de lo de anoche… –Rick hizo una pausa y observó cómo se tensaban las venas del cuello de la mujer. Luego, agarró un bolígrafo y se lo pasó de una mano a otra–. Lo que viste ayer o lo que crees que viste, no lo debe saber nadie.

Ella, finalmente, lo miró con una expresión de alarma en sus ojos grises.

–Oh, lo sé, doctor Jansen. Le dije a Miranda que no se lo diría a nadie –replicó, manteniendo una postura digna–. No he dicho nada hasta el momento ni lo diré.

Rick soltó un suspiro de alivio disimulado, aunque no confiaba demasiado en esa mujer.

–Me alegro de que lo entiendas. Y si oigo el menor comentario, rodarán cabezas.

La mujer se pasó la mano por el cuello, como protegiéndose de un imaginario cuchillo.

–Lo entiendo. De verdad que no diré nada a nadie. Pero no puedo hacerme responsable de lo que cualquiera pueda decir o hacer.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno… todo el mundo vio cómo bailaban. Y he oído comentar a varias personas que hacen una buena pareja. Luego, se oyeron las especulaciones normales sobre si están… juntos –terminó, apartando la mirada.

Tenía que haberse mantenido alejado de Miranda. Pero no había podido hacerlo y seguía sin poder. Tampoco podía controlar lo que los demás pudieran imaginar. Pero sí que podía controlar a Mary Jo.

Dejó a un lado el bolígrafo y observó cómo giraba sobre la mesa.

–En cualquier caso, no quiero que tú comentes nada al respecto. ¿Entendido?

–Sí, señor.

Se echó hacia atrás en la silla.

–Puedes irte.

–Gracias, señor –Mary Jo se levantó, esbozando una tímida sonrisa–. Y a riesgo de ser pesada, me gustaría decirle que usted y Miranda hacen una pareja estupenda.

Rick no necesitaba ni quería su opinión.

–Estoy seguro de que tienes trabajo –y él tenía que encontrar a su enfermera–. Por cierto, ¿dónde está Miranda?

Mary Jo señaló a la puerta.

–Avisó que se iba a retrasar, así que he llamado al primer paciente y lo he puesto en la habitación número cinco. Probablemente, ya haya llegado y esté allí ahora, esperándolo.

Miranda se puso a revisar el historial del paciente, aunque no le hizo falta leer muchos detalles para ver que tenía quemaduras graves.

Después de pasarse una noche casi sin dormir, había llegado agotada física y psíquicamente. O así se sentía, al menos, antes de entrar en la habitación y encontrar a Kevin Mills sentado sobre la mesa con una gorra de los Dallas Cowboys en la cabeza. El muchacho tenía un lado de la cara y un brazo lleno de cicatrices que le hicieron revivir su horrible experiencia.

Según el informe, el muchacho de dieciocho años había sido víctima, dieciocho meses antes, de la explosión de un calentador de agua. Tenía quemaduras de tercer grado en el pecho, en un brazo y en la parte derecha de la cara. También había perdido la oreja de ese lado.

–Interesante, ¿verdad?

Miranda se volvió al oír la voz del adolescente.

–Solo quería ver lo que ponía.

La sonrisa del muchacho no era total, una parte se escondía bajo las quemaduras y los labios heridos.

–Es nueva, ¿verdad?

–Sí, me llamo Miranda –dijo, tendiendo la mano hacia él.

El muchacho extendió la suya. Le faltaban dos dedos y otros dos los tenía juntos y deformados. Ella disimuló su desesperación y estrechó la mano de él.

–Encantada de conocerte, Kevin. ¿Qué tal estás?

–Bien, o eso creo. No he tenido que venir a curarme desde hace dos meses. Los injertos están cicatrizando. Eso sí, todavía tengo que llevar la mano entablillada casi todo el tiempo y no puedo salir mucho porque el sol es muy fuerte.

Miranda no pudo evitar compadecerse del chico. Sabía por

experiencia lo sensible que es la piel quemada a los elementos.

–Sí, es una maldición vivir en Texas. ¿Sigues dándote antiséptico en los injertos?

–Le dejo a mi novia que me lo ponga –sus ojos azules brillaron–. Así es más divertido.

Desde que se había ido de la casa de su abuela, Miranda había tenido que esforzarse mucho para ponerse antiséptico en las heridas que tenía en la espalda. No tenía a nadie que la ayudara, pero no le había dado demasiada importancia. Tenía que aprender a arreglárselas sola.

–Qué amable.

El muchacho se encogió de hombros.

–Le gusta hacerlo. La mayoría de la gente se extraña de que tenga novia.

–¿Por qué? –preguntó, aun sabiendo la respuesta.

–Ya sabes cómo es la gente. Piensan que si no eres guapo, nadie va a quererte. Cuando me quemé, Melisa venía a verme al hospital todos los días. Yo reconozco que pensé que a lo mejor me dejaba cuando me viera, pero no lo hizo. Me dice que sigo siendo el mismo.

Miranda tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Si ella pudiera tener un amor así de puro…

–Parece una chica especial.

–Lo es.

La puerta se abrió y apareció Rick. Se acercó a la mesa e hizo una seña a Kevin. A Miranda ni la miró. Ella entendió su incomodidad, debido a los acontecimientos de la noche anterior. Probablemente, tendría que haberlo detenido. No había sido ella quien había empezado, pero sí quien lo había dejado continuar. Así que lo dos eran culpables.

–Pensé que tardarías más en venir –dijo al muchacho. Rick tenía un aspecto tan cansado como el de ella–. ¿Cómo estás?

–Quería hablarle sobre la operación.

–De acuerdo. El último injerto tiene buen aspecto.

Kevin se encogió de hombros.

–Sí, más o menos. ¿Se ha casado ya?

Rick fue hacia el lavabo.

–No, todavía no me he casado.

–Muy mal. Si se quitara el pendiente, seguro que ligaba más.

Miranda estuvo a punto de girarse hacia él y decirle que no se atreviera. A ella le encantaba aquel pendiente, al igual que su pelo oscuro y despeinado. Seguramente, a todas las mujeres que lo

conocían les pasaba lo mismo. Se preguntó si se habría ido a casa con alguna de aquellas mujeres que había en la fiesta. Pero luego pensó que no debía preocuparse por eso en ese momento.

Cuando Rick empezó a lavarse las manos, Kevin volvió a hablar.

–¿Y cuándo me pondrá la nueva oreja?

–Hablaremos de eso en seguida –replicó Rick sin mirarlo.

Kevin se estiró sobre la mesa.

–Estoy un poco impaciente por ponérmela. Me imagino que no me dolerá mucho. Nada puede dolerme tanto como lo que pasé después de quemarme.

–Sobre todo el «tanque» –murmuró Miranda.

Cerró en seguida la boca y confió en que nadie la hubiera oído.

Los ojos de Kevin se abrieron de par en par.

–¿Conoces el «tanque»?

¿Cómo podía olvidarse de ese horrible recipiente de agua; del dolor, la tortura y la humillación que allí había sentido?

–Lo he visto. Trabajé en una unidad de quemados cuando estaba en la escuela.

Era una mentira descarada. Incluso había esquivado ese campo, especializándose en pediatría.

–Es asqueroso –interrumpió Kevin–. Es ya horrible andar desnudo por una habitación cerrada delante de otros hombres, pero enfrente de las enfermeras es mucho peor. Luego, además de ir desnudo, no puedes evitar gritar cuando empiezan a quitarte la piel –el muchacho se estremeció–. No quiero tener que ir más.

–Es inhumano –añadió Miranda, invadida por sus propios recuerdos.

–¿Inhumano?

–Te sientes como un experimento, no como una persona –explicó Miranda.

Kevin se quedó callado unos segundos.

–Está bien explicarlo así. Es bastante denigrante. Cuando no estaban cambiándome las vendas, estaban dándome de comer. Las veinticuatro horas, quisiera o no comer.

Miranda asintió.

–Eso es para que no pierdas todos tus nutrientes y te mueras literalmente de hambre. Pero es doloroso. Lo único que te apetece es dormir y te despiertan para que no lo hagas.

–Sí, cuando estás despierto y ellos no están haciéndote algo, no puedes hacer otra cosa que mirar al techo, debido al dolor, y esperar a que venga la próxima visita.

Miranda recordaba perfectamente todo aquello. Solo que ella no

había tenido muchas visitas. Tampoco había podido ir al funeral de sus padres. Habían tardado varios días en decirle que no habían sobrevivido al accidente. Diez años después, seguía sufriendo por su pérdida.

Rick cortó una servilleta de papel y, al hacerlo, llamó la atención de Miranda. La muchacha observó cómo se secaba las manos y pensó en lo que Rick le había hecho con ellas la noche anterior. Notó que se ruborizaba y miró hacia otro lado.

Rick se acercó a la mesa y ella se movió para dejarle sitio. No quería estar muy cerca de él, pero no pudo escapar del olor de su loción de afeitado ni de su poderosa presencia.

–Kevin –comenzó Rick–, puedo hablar con el doctor Morgan para ver si podemos hacerlo ya. Pero puede que él decida que todavía no estás preparado.

Kevin bajó los hombros abatido.

–Puede intentar convencerlo, ¿verdad? Es que me gustaría tener otra vez mi oreja, así estaré más equilibrado. Por lo menos, eso me hará parecer más normal.

–Lo sé, pero como él fue quien te atendió primero, tengo que atenerme a lo que me diga. Además, todavía se te tiene que curar la mano, que ahora mismo es más importante que la estética.

Miranda vio por primera vez cómo la tristeza ensombrecía los ojos del muchacho.

–Lo que usted diga, doctor. Me imagino que es quien sabe.

Miranda se acercó al chico.

–Quizá el doctor Morgan diga que sí. Vamos a ser positivos. De hecho, apuesto a que dirá que sí.

El comentario hizo que Kevin sonriera, pero Rick se puso muy serio.

–Pues claro –exclamó el muchacho–. Dirá que sí –su sonrisa se hizo más ancha–. Me caes muy bien, Miranda.

Rick dio un golpecito al chico en el hombro. Luego, miró a Miranda.

–Puedes traerme al próximo paciente, Miranda. Quiero hablar a solas con Kevin unos minutos.

Miranda observó el rostro de Rick, pensando que iba a estar enfadado y no pudo evitar sorprenderse al ver en él un gesto de interrogación.

Se fue hacia la puerta preguntándose si habría hablado de más. Preocupada por si él habría sospechado algo. Pero no lo había podido evitar. Aquel muchacho estaba pasando por lo mismo que ella y eso le había hecho recordar muchas cosas que prefería no

desenterrar.

Antes de que saliera, la voz de Rick la hizo detenerse.

–Miranda, quiero que vengas a mi despacho esta tarde. Tengo que hablar contigo. Es importante.

Ella esbozó una sonrisa educada.

–Claro.

Rick se puso la mascarilla y abrió el grifo de agua caliente. Luego, agarró el recipiente y comenzó a frotarlo. Era una rutina que podía hacer dormido. Fuera se oían voces y toda clase de ruidos, pero él no hacía ningún caso. En ese momento, estaba demasiado enfadado como para pensar en otra cosa que no fuera lo mal que le estaba yendo el día.

Bridgestone se había retrasado de nuevo y eso significaba que él empezaría más tarde con los pacientes de la tarde. Era ilógico que hubieran hecho los horarios de ellos dos así. Tenía que decirle a Miranda que no volviera a ocurrir.

Entonces se acordó de ella.

No podía dejar de recordar lo que le había dicho a Kevin aquella mañana. Algo no encajaba. Ella parecía demasiado familiarizada con la terapia de las quemaduras, más de lo que él sabía que se podía aprender en la escuela. Esa tarde intentaría averiguarlo, después de terminar su trabajo.

En ese momento, las puertas del quirófano se abrieron.

–Es todo tuyo, Jansen.

Rick alzó los ojos y vio al doctor Bridgestone apoyado en el lavabo.

–Ya era hora. Pensé que iba a tener que atender a mi primer paciente en el vestíbulo.

–Es complicado cuando hay un doctor que quiere hacer su trabajo en tres días.

Rick continuó lavando el recipiente sin molestarse en responder a las quejas de Bridgestone referentes a su horario.

–Es problema del hospital. Hacen falta más habitaciones.

–Quizá deberías pensar en trabajar la jornada completa.

Rick no estaba de humor para discutir aquello en ese momento, ni en ningún otro.

–Quizá debería pensar en buscar otro hospital.

Bridgestone se quitó el gorro y lanzó a Rick una mirada llena de condescendencia.

–Espero que, al menos, ella merezca la pena.

Rick se quedó helado, pero lo disimuló.

–¿Quién?

–La mujer que te tiene tan ocupado los fines de semana. ¿Sigues con ella?

Rick respiró aliviado, aunque sospechaba que en el futuro lamentaría aquella mentira. Pero no podía revelar todavía la verdad. No hasta que decidiera lo que iba a hacer después.

–Sí, y disfruto cada minuto que paso fuera de aquí los fines de semana.

Bridgestone se cruzó de brazos, indicando que la discusión no había acabado.

–Y hablando de mujeres, ¿qué sabes de Miranda Brooks?

Rick se quitó el jabón de los brazos y codos. Luego, sacudió las manos. También trató de reprimir las ganas de agarrar a Bridgestone por el cuello.

–Sé que es una buena chica.

«Demasiado buena para ti».

Bridgestone se peinó el bigote.

–¿Sale ahora con alguien?

–¿Por qué no se lo preguntas a ella?

–Porque te lo pregunto a ti.

Rick miró la sala de espera del quirófano a través de las ventanas. Su paciente parecía estar poniéndose nervioso y eso le daba una excusa para quitarse de encima a Bridgestone.

–Tengo que empezar ahora mismo o voy a tener una tarde infernal.

Bridgestone hizo un gesto hacia las puertas.

–Está bien, luego seguiremos hablando de tu enfermera.

Rick fue hacia la puerta con las manos levantadas. Pero antes de que pudiera tocar con el codo el botón que abría automáticamente las puertas, Bridgestone le detuvo con un comentario que estuvo a punto de hacerle olvidar su compostura.

–Y Rick, si fuera tú, tendría mucho cuidado con lo que haces durante los días laborables. Muchos empleados creen que conoces demasiado bien a tu enfermera. Me parecería horrible que la mujer con la que te ves los fines de semana se pudiera enterar.

–Siento haberme retrasado. Hoy hemos tenido muchos pacientes.

Rick alzó los ojos y vio que Miranda estaba delante de la mesa. Se había enfadado tanto con las palabras de Bridgestone, que no la

había oído entrar. Llevaba una bata de color azul claro y tenía el pelo recogido en una trenza. Su expresión era distante.

–Siéntate.

–Prefiero quedarme de pie, gracias.

–Como quieras.

–Estás enfadado conmigo –comenzó ella, ahorrándole así el esfuerzo de buscar las palabras.

Sí, estaba enfadado con ella. Y también consigo mismo. La miró fijamente a los ojos.

–No exactamente enfadado, más bien molesto.

Ella puso las manos en el respaldo de la silla.

–Si es por lo de anoche, tú fuiste quien…

–No es por lo de anoche. No soy tan estúpido como para hablar aquí de ello.

–Entonces es por lo de Kevin Mills, ¿no es así?

–Sí, es uno de los motivos por los que quería verte. En primer lugar, porque él no necesita alimentar falsas esperanzas.

–¿Estas insinuando que es lo que hice? –preguntó, echándose hacia delante.

Diablos, estaba tan cansado, que no sabía lo que decía. Lo único que sabía era que no le gustaba que ella le hiciera dudar.

–Tu comentario acerca de que Morgan diría que sí no me gustó. No puedo saber si aceptará que el chico se someta a la operación hasta que hable con él. No quiero que Kevin crea que esto se puede solucionar con una conversación telefónica. Hay muchos factores a considerar. Además, antes tiene que recuperar la mobilidad de la mano.

–Lo sé, pero no me pareció mal dejarle que se ilusionara un poco. Estoy segura de que la conversación contigo le había dejado hundido.

–No tienes derecho a decirme cómo tratar a mis pacientes –declaró Rick, levantándose bruscamente.

Ella permaneció en pie con una mano apoyada en la cadera.

–Es solo un chaval. Quizá ahora sea más importante para él tener una apariencia normal que mover la mano. ¿No has pensado en ello?

Rick odiaba la lógica de Miranda. Le estaba hablando como lo haría su madre. Él tenía que ser realista cada día y mantener las cosas en su justa medida.

–Cuando saliste de la consulta, le dije a Kevin que contara con el no de Morgan. Se decepcionará menos si se pone en lo peor. Y desde ahora, pregúntame antes de hacer ese tipo de comentarios.

–No te preocupes, aprenderé a tener la boca cerrada. Quizá no debería haberme mostrado tan optimista. De ahora en adelante, trataré de decir siempre la verdad, por muy cruda que a veces suene.

La rabia había hecho que sus ojos adquirieran el tono del horizonte de Texas antes de una tormenta.

–Y mientras, asegúrate de decirle a Kevin que la gente continuará fijándose en todo y él nunca tendrá un aspecto normal. Dile que trate de conservar esa novia porque nunca tendrá la oportunidad de conseguirse otra, ya que la mayoría de la gente se fija solo en el físico y no en lo que hay dentro de las personas.

Rick no estaba seguro de por qué ella se había enfadado tanto al oír aquello, pero sospechaba que era por algo personal.

–¿Por qué te preocupas tanto por Kevin, Miranda?

–Me preocupo por todos tus pacientes.

–Pero no tanto como con este.

Rick fue hacia la mesa y Miranda se retiró un poco, como si se hubiera asustado. Pero Rick no quería asustarla, solo quería averiguar la verdad.

–¿A quién conoces que haya sufrido quemaduras?

–¿Qué te hace pensar que conozco a alguien?

–Creo que sabes demasiado sobre el tema. Hay detalles que no se aprenden en las aulas. Randi, hablabas con Kevin como si conocieras detalladamente por lo que él estaba pasando –se cruzó de brazos y se apoyó sobre la mesa en una postura relajada–. Cuéntamelo.

–No te interesa –dijo ella, apretando la mandíbula.

–Claro que me interesa. Quiero saberlo todo.

–No lo entenderás. Nadie puede hacerlo a menos que haya estado allí.

Rick creyó ver un brillo de lágrimas en los ojos de Miranda antes de que se diera la vuelta y se dirigiera a la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia él.

Con manos temblorosas, se desabrochó el botón superior de la bata mientras Rick la miraba atónito.

–Miranda, este no es lugar ni momento…

–Olvídate por un segundo de tu ego, doctor. Esto no tiene nada que ver con el sexo ni con la seducción. Esto es la realidad.

Se desabrochó otro botón. Una lágrima comenzó a rodar por su mejilla, pero Miranda no se molestó en limpiarse.

Rick se quedó allí esperando, preguntándose qué estaba pasando.

–¿Crees que podrás soportar esto, doctor? Me imagino que lo vamos a comprobar en seguida, ¿no? –dijo, acabando de desabrocharse todos los botones.

Entonces, se volvió y dejó que la bata cayera. Su espalda, solo cubierta por las tiras del sujetador, estaba llena de cicatrices y trozos de piel injertada.

Rick había visto muchas veces aquellos trozos de piel con la textura del cuero. Pero jamás en alguien que le importara tanto. La imagen hizo que el corazón se le encogiera profundamente dolorido. Se maldijo a sí mismo por su falta de perspicacia.

Ahora todo quedaba claro. La negativa de Miranda a quitarse la blusa la primera noche y que él había interpretado equivocadamente. Había pensado que él era suficientemente hombre como para que ella recuperara su falta de confianza. Había sido un estúpido.

–No sé qué decir, Miranda –murmuró, observando cómo se agitaban sus hombros por el llanto.

Dio un paso hacia ella, pero luego se detuvo. La necesidad de abrazarla era tan fuerte como la de arreglar lo imperfecto. Quería consolarla, pero por primera vez en años, se sentía tan inseguro como un colegial. Miranda probablemente lo odiara en ese momento y no podía culparla. Probablemente ella no quisiera su consuelo.

La mujer se volvió a poner la bata.

–Ahora ya lo sabes. No soy perfecta y nunca lo seré. Perdí la esperanza hace mucho tiempo y no quiero que le ocurra eso a chicos como Kevin.

Cuando alcanzó la puerta, Rick corrió hacia ella y la agarró por la cintura. Tenía que convencerla de lo mucho que aquello le había dolido. Tenía que decirle que había sido un estúpido y un idiota sin sensibilidad.

Colocó las manos sobre los hombros femeninos y la cabeza sobre su nuca.

–Lo siento, no lo sabía. Me tenía que haber dado cuenta de que te pasaba algo.

–No podías haberlo adivinado. A diferencia de Kevin, yo tengo la suerte de que puedo esconder mis cicatrices.

A Rick le preocupaban más las cicatrices interiores, las que nadie podía ver. Pero sabía que estaban allí, devorándola igual que las llamas que habían devorado su piel. A él no le importaban las heridas superficiales. No cambiaban en nada sus sentimientos por ella.

–¿Cómo ocurrió?

–No puedo hablar de ello ahora. Tengo que calmarme. El doctor Walters tiene dos pacientes más.

Rick le hizo darse la vuelta y le secó las lágrimas. La expresión de ella se había vuelto fría y eso le preocupó. Significaba que había vuelto a esconder sus sentimientos para protegerse. Él no podía permitir que ocurriera eso. Aunque ella quisiera alejarse físicamente, él necesitaba mantener una conexión emocional con ella. Nunca le había pasado algo así, ni antes ni después de conocer a Miranda.

–Cuando termines, quiero que me esperes. Te voy a llevar a casa. Tenemos que hablar.

–No sé si voy a querer hablar.

–Entonces no hablaremos. Cenaremos algo, descansaremos y, si decides que quieres hablar, yo estaré allí para escucharte. Te prometo que no te tocaré, si tú no quieres.

–La pregunta es, doctor, ¿querrás seguir tocándome a partir de ahora? –sus palabras hirieron a Rick como el filo de un cuchillo.

–Claro que voy a querer tocarte. ¿De verdad crees que he cambiado de opinión al ver tus cicatrices?

Ella bajó los ojos.

–Tengo miedo…

Un sollozo ahogó su voz.

–¿Miedo de qué? ¿De mí?

–Me da miedo hablar de ello. Me da miedo encariñarme contigo. Me da miedo entrar un día aquí y que me digas que lo nuestro ha terminado porque has decidido que no quieres a alguien imperfecto a tu lado.

Rick maldijo a la persona que le había hecho ser tan insegura y también se maldijo a sí mismo, porque probablemente había contribuido de alguna manera con su insistencia de no hablarle a nadie de su relación. Pero aquella misma noche le explicaría por qué él necesitaba intimidad. Había llegado la hora de contarle todo.

Agarró el rostro de Miranda entre las manos y la obligó a que lo mirara.

–Eres preciosa, Miranda. Por dentro y por fuera. Dame la oportunidad de que te lo demuestre.

Entonces la besó y notó que sus labios sabían salados por las lágrimas. Fue un beso casto. Luego, se separó para mirarla a la cara.

–Confía en mí, Miranda.

Ella se mordió el labio inferior.

–¿Te importará si decido ir contigo, pero no quiero hablar de

ello?

–No voy a presionarte.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

–De acuerdo, pero solo estaré contigo un rato. Mañana tengo que levantarme temprano. Trabajo para un doctor muy exigente.

–Mañana es jueves. Yo no estaré.

–Claro, no estarás –dijo ella, evidentemente decepcionada.

Rick pensó que quizá debería cancelar su viaje. En esos momentos, lo más importante era lograr que Miranda recuperara su sonrisa y haría todo lo posible para conseguirlo, aunque le costara toda la noche.

Capítulo Siete

Rick y Miranda no hablaron apenas durante el trayecto hasta la casa de él. Lo poco que hablaron fue concerniente a asuntos del hospital. Miranda se daba cuenta de que estaban dejando de lado los asuntos verdaderamente importantes, asuntos a los que tarde o temprano tendrían que enfrentarse.

Cuando llegaron, Miranda trató de ocultar su sorpresa. Situada en la elegante zona de Highland Park, la residencia de ladrillo rojo dejaba claro que él era un hombre rico. No era en absoluto la casa que se esperaba de Rick.

Lo siguió hasta la puerta principal y luego hasta el vestíbulo, iluminado por la luz nocturna que entraba a través de un arco acristalado.

Rick la precedió escaleras arriba para mostrarle la segunda planta, que constaba de tres habitaciones, una de ellas su dormitorio.

–Esta es mi habitación favorita –dijo con voz profunda y magnética.

Miranda se fijó en un pequeño apartado acristalado que había dentro del dormitorio. El saxofón estaba sobre una silla, recordándole una noche que parecía en esos momentos muy lejana. La cama era enorme y estaba cubierta con una colcha blanca y negra, que invitaba a tumbarse encima.

Miranda se quedó apoyada en el marco de la puerta. No se fiaba de sí misma y tenía miedo de entrar y echarse en la cama, invitando así a Rick a tumbarse con ella. Sus sentimientos por él no habían cambiado, a pesar de haberle confesado su secreto. Pero no sabía si él seguiría sintiendo lo mismo por ella. Ni siquiera sabía si habría algo más que la mera atracción sexual. Quizá esa noche lo descubriría.

Volvieron abajo y tomaron una pizza en un pequeño salón junto a la cocina. Una vez acabaron de cenar, envueltos en un denso silencio, Rick la llevó a su estudio, donde le mostró su «rincón para desconectar», que consistía en varios cojines amontonados en el suelo.

Allí esperó Miranda a que él se duchara y cambiara de ropa. Era

una estancia decorada en granates y verdes, con una de las paredes cubiertas por una chimenea de piedra. Junto a esta, se abría una puerta doble de cristal desde donde se podía ver una piscina rodeada de una plataforma de madera.

La habitación era muy elegante, pero algo fría. No había fotografías ni ningún otro objeto que la hiciera acogedora ni personal. Nada en ella podía descubrir algún secreto de Rick Jansen, excepto que era un hombre rico y podía permitirse el lujo de comprar muebles muy caros.

Miranda se recostó en el sofá, y se abrazó a un pequeño almohadón de color verde. Se sentía agotada y confusa. Había estado así toda la tarde. Incluso el doctor Walters le había preguntado si le pasaba algo y ella le había contestado que era solo un resfriado de verano. Pero lo cierto era que estaba al borde de una crisis nerviosa.

Se arrepentía de lo que había pasado, tanto la noche anterior, como aquella mañana. Imaginaba que Rick trataría de conseguir de nuevo su confianza y, aunque él era un hombre que podía ser muy persuasivo, ella había aprendido a ser prudente. Sabía que era peligroso confiar en los demás. Por otro lado, tenía que reconocer que necesitaba profundamente el consuelo y el apoyo que solo Rick podía darle.

Al poco, él entró en el estudio y se sentó sobre los almohadones que estaban enfrente del sofá. Desde allí, le alcanzó un vaso con un líquido ámbar.

–Grand Marnier para la señorita.

Miranda aceptó el vaso y bebió un trago. En seguida sintió un gran calor dentro de sí, que no sabía si era producto de la bebida o de los ojos oscuros de él.

–Está bueno.

Él la miró satisfecho y luego se reclinó sobre un almohadón, estirando las piernas hacia delante. Sus pies desnudos fueron a descansar sobre un muslo de Miranda. Ella no había tenido tiempo para cambiarse, así que seguía llevando la bata rosa y las medias blancas.

Rick se había puesto una camiseta negra y unos vaqueros viejos con un par de rotos, uno de ellos en la parte superior de su muslo izquierdo. Tenía el pelo mojado y parecía todo, menos un médico. Su aspecto era casi de vividor, de hombre de mala reputación… pero estaba increíblemente sexy. Ella se abrazó al almohadón con más fuerza.

Con la mirada fija en ella, Rick le tomó el vaso y se lo llevó a la

boca para dar un trago. Luego, se limpió el labio inferior con la lengua de un modo, que a Miranda estuvo a punto de parársele el corazón.

Finalmente, le devolvió el vaso.

–¿Por qué no me dijiste nada? –preguntó él con expresión preocupada.

Aunque la hubieran tratado de ignorar durante la cena, Miranda sabía que era una conversación inevitable.

–Tenía miedo de que, si veías las cicatrices, no quisieras seguir conmigo.

–Espero que sepas ya que eso no va a pasar conmigo. Pero me da la impresión de que ya te ha pasado con otra persona. ¿Me puedes decir con quién?

Miranda se acordó de Aaron y de la última vez que lo había visto, hacía más de cuatro años. Trató de luchar contra aquellos amargos recuerdos que había conseguido enterrar con el tiempo.

–El accidente lo tuve poco después de cumplir quince años. Justo comenzaba a dejar atrás esa época un poco incierta de cambio, pero a mí me faltó la seguridad para averiguar cómo reaccionarían los demás, especialmente los chicos.

–¿Estás diciendo que no ha habido nadie antes de mí? –él sacudió la cabeza–. La verdad, Randi, que me cuesta creerlo.

Por alguna razón, ella quería confesárselo todo. Quizá así Rick entendería por qué se había mostrado tan precavida.

–Sí que hubo alguien, en la universidad.

–¿Qué ocurrió?

–Era un compañero de clase, un buen chico o así lo pensé yo. Nos gustamos desde que nos conocimos y en seguida nos hicimos íntimos. Pero una noche le enseñé mi espalda y ese fue el final. Nunca me volvió a llamar y yo no volví a quedar con nadie.

–Ese hombre era un idiota –murmuró Rick–. ¿Y por ese desgraciado te aislaste del mundo?

–Sí –respondió ella, bajando los ojos.

«Hasta que te conocí a ti».

–No todo el mundo es tan cruel, Miranda.

–Es probable, pero no quise arriesgarme a comprobarlo.

–¿Y qué pensaban tu padres de todo esto?

Una gran pena la invadió. Dio un trago y luego levantó la mirada hacia él.

–Mis padres murieron en el accidente de coche en que yo me hice las quemaduras. Fui la única superviviente. Estaban intentando sacarme del coche cuando este se incendió. Mi camisa prendió y me

quemó la espalda, pero tuve suerte de que los bomberos apagaran el fuego antes de que fuera peor.

–¿Cuántas intervenciones quirúrgicas tuvieron que hacerte?

Ella agradeció que él no siguiera preguntándole por sus padres. No le apetecía hablar de lo mucho que los había echado de menos durante los últimos diez años.

–Cuatro, y tuve suerte de que después del accidente apenas crecí.

–¿Quién se ocupó de ti, Randi? –preguntó él con ojos que dejaban claro lo mucho que se compadecía de ella.

–Mi abuela. Viví con ella hasta que acabé mis estudios. Desde hace un año, vivo sola, ya que mi abuela volvió a casarse. Ahora viaja mucho, así que apenas nos vemos.

–¿No tienes más parientes?

–Tengo un par de tíos y tías, pero viven en el norte.

–Has debido sentirte muy sola.

Ella prefirió cambiar de tema. No quería hablarle de lo sola que se había sentido.

–Háblame tú de tu familia.

–Bueno, ya habrás visto la cantidad de mensajes que me deja mi madre. Tengo que llamarla al menos una vez a la semana para que no se enfade conmigo.

–No recuerdo que tu madre haya dejado ningún mensaje –comentó Miranda confusa.

–Mi madre es Meg.

Miranda sintió ganas de asesinar a Mary Jo.

–¡Ah! Yo pensaba que Meg era tu…

–¿Novia? –Rick soltó una carcajada–. Ya he oído esos rumores. Mary Jo es una cotilla. No sé que más te habrá contado de mí.

Miranda prefirió cambiar de tema. No quería confesar lo que Mary Jo le había contado sobre sus salidas.

–¿Por qué llamas Meg a tu madre?

–Mis padres son los dueños de un restaurante y yo de pequeño solía estar mucho allí. Todo el mundo los llamaba Meg y Meggie, así que yo hice lo mismo.

Miranda se agarró con fuerza al almohadón cuando Rick empezó a desatarle los cordones de las zapatillas.

–¿Qué haces?

–Es para que estés más cómoda –dijo él, quitándole una de las zapatillas.

Miranda tuvo que reconocer que el tener los pies desnudos la relajó bastante. Pero el relax se acabó en cuanto él se arrodilló a su

lado.

–¿Qué más te ha contado Mary Jo de mí, Randi? –preguntó en voz baja–. ¿Que soy un donjuán y que me he acostado con miles de mujeres?

–No, no me dijo nada de eso –en cualquier caso, no fueron sus palabras exactas–. Me advirtió que era duro trabajar contigo.

–¿Y es cierto?

–A veces. Pero tengo que reconocer que con tus pacientes eres muy amable.

Él contempló el rostro de ella, deteniéndose en sus labios.

–¿Y contigo? ¿No soy amable contigo?

–Sí que lo eres.

Rick agarró el almohadón al que estaba abrazada y lo apartó.

–Suéltate el pelo, por favor.

Miranda se desató la trenza lentamente, bajo la atenta mirada de él.

–Lo prefiero así –dijo él, una vez se lo hubo soltado del todo–. Como lo llevabas nuestra primera noche. Entonces, se rizaba sobre tus pechos, justo aquí –él le acarició levemente un seno, pero luego, para decepción de Miranda, apartó la mano. Finalmente, le dio un beso en la mejilla y se quitó la camiseta–. Ahora te toca ti.

–Estoy bien.

–Ya lo sé, cariño. Por eso quiero que te la quites –cuando él fue a desabrocharle un botón, ella le apartó la mano.

Rick la miró con sus ojos oscuros.

–Confía en mí, Miranda. Quiero acariciarte y eso te demostrará que no me importan tus cicatrices. Cuando quieras, lo dejaremos.

Miranda confiaba en él y no podía imaginar a nadie que la hiciera sentirse tan bien, pero si le permitía continuar, ¿qué pasaría después? En cualquier caso, decidió que deseaba aprovechar la oportunidad de perderse de nuevo en él, aunque no hubiera más noches.

Dejó caer la mano y permaneció inmóvil para que él terminara de desabrocharle la bata. Finalmente, se la quitó y ella se quedó en ropa interior.

–Date la vuelta –ordenó suavemente Rick.

Ella no quería despegarse del sofá porque así escondía sus imperfecciones, pero obedeció.

Rick le soltó el sujetador, que cayó sobre su regazo. Luego, la agarró por la cintura desde detrás y, al hacerlo, su piel morena contrastó con la palidez de la de ella.

Rick le apartó el cabello de la espalda y le dio un beso suave

entre ambos omóplatos, que era donde se situaban la mayoría de las cicatrices.

–Desearía poder borrar esto –aseguró Rick–, pero sigues siendo preciosa –murmuró en su oído.

Miranda sintió ganas de llorar. Quería creerlo, pero las viejas inseguridades estaban tan integradas en ella como las heridas de su espalda.

–Son horribles.

–No son importantes –como para probar lo que decía, le dio otro beso detrás del cuello–. ¿Sientes algo aquí?

–Un poco. Casi toda la zona está quemada.

Rick entonces acarició con los labios la parte de la espalda que tenía bien, sobre las costillas. El corazón de Miranda dio un vuelco.

–Eso sí lo siento.

–Bien.

Rick se apartó y Miranda temió que hubiera cambiado de opinión. Luego, oyó el sonido de una cremallera. No se dio la vuelta, aunque se moría por hacerlo. Rick volvió en seguida a su lado y la abrazó.

–¿Por qué no te las quitas? –dijo, agarrándole las braguitas.

Ella se echó hacia atrás y se apoyó contra su pecho sólido.

–Rick, ¿estás seguro?

–Estoy seguro.

Cuando Rick comenzó a desnudarla, Miranda se olvidó de todo y lo ayudó a terminar el trabajo. Su ropa interior era blanca y de algodón, nada sexy. Eso le puso un poco nerviosa.

–¿Quieres que pare?

–No si quitas la luz –contestó ella indecisa.

–No hay problema.

Rick se puso en pie y cruzó la habitación, dejando encendida solo una tenue luz de color ámbar. Era evidente que él ya estaba excitado y Miranda no pudo evitar que se le acelerara el pulso.

–Vuelvo en seguida –declaró él, dejándola sola, desnuda e impaciente.

Minutos después, Rick volvió con una botella de un líquido verde. Miranda se cruzó de brazos.

–¿Qué es eso? –quiso saber.

–Es una loción que usa mi madre. Lleva aloe y no sé que más. Ella siempre utiliza hierbas y remedios naturales. Se me ha ocurrido que podemos usarla para tu espalda.

El gesto de Rick tuvo mucha importancia para ella, que jamás podría encontrar las palabras para describir cómo se sentía a su

lado. Él le hacía sentirse como una mujer deseada, a pesar de sus imperfecciones.

Rick empujó a Miranda contra los almohadones.

–Date la vuelta.

Después de que ella se echara boca abajo, él le puso crema en la espalda con suavidad. El olor era exótico y le recordó a Miranda al incienso. Relajada y con la cara apoyada sobre las manos, esperó a que Rick terminara su pequeño masaje y le quitara las braguitas. Con sus manos de cirujano le frotó en otra marca que tenía en una de las nalgas, donde también se detuvo a poner un beso delicado. El gesto demostraba mejor que mil palabras su aceptación. Miranda no lo olvidaría jamás mientras viviera.

De repente, las manos de Rick parecieron estar en todas partes a la vez, pero sin explorar sus zonas íntimas. Cuando acarició sus músculos, ella se retorció de placer.

Rick la agarró por la cintura e hizo que se pusiera boca arriba.

–¿Quieres que siga, Randi?

Sí quería que siguiera, claro. Quería gritarle que se diera prisa. Decirle exactamente lo que deseaba.

–Sí, quiero que sigas.

Rick bajó la cabeza y la besó en los labios. Con la lengua acarició sus dientes y luego el beso se hizo más apasionado.

Miranda colocó las manos sobre su pecho y se detuvo en sus pezones oscuros. Estos se pusieron duros como piedras preciosas. Después de un rato, Rick le apartó las manos y frotó su pecho contra los senos de ella, provocándole escalofríos en la espalda y entre los muslos.

De pronto, Rick dejó de besarla y se colocó sobre ella. Le puso dos cojines debajo de los hombros hasta que estuvo casi sentada. Agarró la botella de licor que había en la mesa y le echó un poco entre los senos. El sendero brillante bajó hasta el vientre y, al llegar a su zona más íntima, Miranda dio un suspiro.

El líquido estaba frío, pero la lengua de Rick estaba caliente cuando comenzó a lamerlo. Agarró entre los labios uno de sus pezones y luego siguió el camino trazado por el líquido.

Miranda estaba a punto de decirle que se detuviera, temerosa de no poder soportar aquella tortura deliciosa. Pero en ese momento él la miró con sus ojos oscuros.

–No te haré daño, Randi. Te lo prometo.

Miranda sabía que no se lo haría. No físicamente. Se lo había demostrado la primera noche que habían estado juntos. Pero ella tenía miedo de entregarle su corazón y de que él no le diera nada a

cambio. O no de la manera que ella necesitaba. A pesar de ello, aceptaría su cariño aquella noche, lo disfrutaría como si fuera la última vez.

Todo razonamiento coherente cesó cuando él se colocó entre sus piernas y comenzó a besarla en los muslos. Eran pequeños besos que servían de preludio a lo que estaba por llegar. Ella cerró los ojos y se confió a él en cuerpo y alma como no lo había hecho jamás. De repente, dejó de sentirlo y abrió los ojos. Él estaba mirándola fijamente y ella lo miró a su vez.

Entonces, la besó de una manera tan tierna, que ella creyó morir de placer. Luego, la agarró por las caderas para colocarla bien. Miranda sintió que se le aceleraba el pulso y estuvo a punto de cerrar de nuevo los ojos. No lo hizo por temor a que él parara.

Rick continuó sus caricias íntimas, esta vez con la lengua. Miranda dejó escapar un grito cuando llegó al clímax con tanta fuerza que se quedó sin aliento.

Como Rick no paraba, ella lo agarró suavemente por la cabeza, segura de no poder soportarlo más. Él agarró sus manos, pero no dejó de acariciarla. Ella volvió a recostarse y se rindió mientras la boca y la lengua de Rick le hacían llegar de nuevo al orgasmo.

Unos minutos después, ya más tranquila, abrió los ojos y miró a Rick, sentado a su lado con una sonrisa traviesa.

–Me imagino que estarás… orgulloso –dijo con la respiración todavía alterada.

Él le apartó un mechón que le caía sobre la mejilla.

–Estoy orgulloso de ti.

–Quiero tocarte –dijo ella, incorporándose.

El rostro de Rick adquirió una expresión que era mezcla de alegría y deseo.

–No voy a protestar.

Ella miró aquella parte de su anatomía que hasta entonces estaba evitando y la acarició. Primero suavemente, luego con más firmeza, explorando toda su longitud. Aquellas caricias hicieron que los ojos de él se convirtieran en dos carbones encendidos.

Rick apretó la mandíbula, luchando por controlarse.

De repente, agarró la mano de ella.

–Estoy seguro de que no voy a durar mucho si sigues así.

Ella lo besó en la mejilla.

–Te deseo. Deseo todo en ti.

–Estaba esperando que lo dijeras –replicó él, sacando un preservativo del bolsillo de sus pantalones–. Pónmelo tú.

Ella lo tomó con manos temblorosas, sintiéndose extrañamente

incómoda mientras cumplía aquella sencilla tarea. Él esperó con paciencia a que ella terminara de colocárselo.

Una vez puesto, él la echó hacia atrás y le separó las piernas con su velludo muslo. La penetró superficialmente y luego más profundamente, comenzando un ritmo lento y firme.

–Todos los días pensaba en hacer el amor contigo de nuevo –confesó, soltando un suspiro profundo–. Te necesito tanto, que me duele, Randi.

–Yo también te necesito –dijo ella.

Rick tembló en sus manos y la agarró con más fuerza.

–No creo que pueda aguantar mucho más.

Miranda se estremeció, le encantaba saber que tenía ese poder sobre él.

–Entonces no aguantes.

–Todavía no. Todavía no –repitió, respirando despacio para tratar de calmarse.

Entonces, todavía unido a ella, Rick levantó su cuerpo y lo colocó sobre el de él. Ella, sintiéndose sexy y deshinibida, levantó las caderas y comenzó a moverse despacio.

El rostro de él se contrajo con una mezcla de placer y dolor.

–Está muy bien, Randi. Es maravilloso estar así contigo.

Miranda aumentó la velocidad de sus empujes, consumida por una poderosa necesidad de complacerlo. En el labio superior de Rick aparecieron gotitas de sudor y comenzó a murmurar algo que ella no entendía, pero que le parecía muy excitante.

Y entonces, cuando ella pensaba que aquello solo era para él, notó dentro de sí un fuego lento que aumentaba con la voz sensual de Rick, con la suavidad de sus manos y con sus besos apasionados. Soltó un gemido y notó un nuevo orgasmo tan poderoso, que creyó que no iba a poder soportarlo.

–No te quites, Randi –suplicó él, soltando un gemido. Luego, se puso tenso e inmediatamente se estremeció, dejándose llevar por su propio clímax.

La tumbó sobre los almohadones y sus cuerpos siguieron unidos. Miranda se estiró y apoyó la cabeza contra el pecho de él, comenzando a jugar con la cadena dorada que siempre llevaba en el cuello. El olor a sudor, a jabón y a sexo los envolvió a ambos como un perfume.

Miranda quería disfrutar de aquella paz que solo él podía darle. Deseaba estar siempre a su lado. Y a pesar de que trataba de controlar siempre sus sentimientos, lo quería con toda su alma.

Capítulo Ocho

Podía esperar al día siguiente para decírselo. O al lunes. En esos momentos, estaba disfrutando de Miranda, tumbada a su lado en su cama y con un brazo sobre su pecho. Mientras pensaba en lo que iba a decirle, le acarició el hombro sin darse cuenta.

–¿Miranda?

–Hummm.

–¿Te duermes?

–No, estoy esperando a que me digas lo que querías hablar conmigo.

Rick se giró hacia ella. No podía ver sus facciones en la oscuridad, pero podía sentir su mirada.

–¿Qué crees que voy a decirte?

La respiración de ella llegó hasta su pecho, haciéndole estremecerse una vez más.

–Vas a decir: lo siento, Randi, ha sido divertido, pero no hay nada más entre nosotros.

Rick se incorporó.

–No es eso lo que iba a decir, maldita sea –protestó indignado–. No creas que me conoces tan bien, Randi.

–No te conozco, lo sé –dijo ella con firmeza.

Él lazó un suspiro profundo y miró hacia delante.

–Lo que voy a decirte es solo para que lo sepas. No puedo arriesgarme a que lo descubras por otra persona.

Rick tomó aire y se dispuso a contarle lo que muy poca gente sabía. Lo que solo sus amigos y unas pocas personas de confianza sabían. Era curioso que ella hubiera entrado a pertenecer a ese grupo limitado. Pensaría en ello más tarde.

–Hace seis meses, comencé en el valle de Rio Grace un programa con un compañero de universidad. Nos hemos instalado en Brownsville y recorremos durante los fines de semana la frontera mexicana para examinar niños con enfermedades. Nos concentramos en pueblos pequeños con pocos recursos y hacemos una especie de clínica móvil. Cuando no podemos tratar algo, los enviamos al hospital.

Ella lo acarició.

–¿Tiene eso algo que ver con las cosas que desaparecen en el almacén?

–Lo has entendido. Ahora mismo, andamos faltos de material y no he tenido tiempo de pedir más. Como socio, puedo utilizarlos, pero Bridgestone no entendería que lo utilizara para eso. Solo lo hice una vez hace unos meses y no se dieron cuenta –Rick esbozó una sonrisa–, pero ahora esta enfermera eficiente ha descubierto uno de mis secretos.

–Lo siento, no lo sabía.

Él acarició su cabello.

–No te preocupes. Es tu trabajo y lo estás haciendo muy bien –le dio un beso en la mejilla–. Lo haces todo muy bien.

Miranda se ruborizó y miró hacia otro lado.

–Creo que tu programa es maravilloso. No entiendo por qué el hecho de tomar algunas muestras iba a poner en peligro tu trabajo.

–No son solo las muestras. Mi contrato especifica que, si gano dinero ejerciendo la medicina, tiene que ir todo a la clínica para la que trabajo. No gano mucho dinero en México, solo conseguimos para cubrir gastos, pero mis socios de aquí no lo saben.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Crees que no lo entenderían?

–Quizá algunos. Bridgestone no, desde luego, y él es el director. Ya se está quejando porque solo trabajo tres días a la semana. Según él, no es suficiente a pesar de que mis consultas dan el doble de dinero que las demás. Así que tuve que inventarme una excusa.

–¿Cuál?

–Le dije que tenía una novia fuera de la ciudad y que es solo algo temporal hasta que ella venga a vivir aquí.

Los ojos de Miranda se abrieron de par en par.

–Por eso hay comentarios.

–Claro. Además, no es exactamente una mentira si consideras que mi socio es una mujer.

–¿Una mujer? –Miranda pareció ponerse celosa.

–Se llama Rosalinda González, una interna de cuarenta años con tres hijos y un marido piloto. Ambos son buenos intérpretes, que es algo que nos viene muy bien.

–Creo que no lo necesitas.

–¿Por qué lo dices?

–Porque hablas español de una manera muy fluida. Y muy sensual.

Efectivamente, cuando Rick le hacía el amor, las palabras salían de sus labios sin esfuerzo. Quizá porque ella no sabía lo que estaba

diciendo. Puede que Rick no quisiera hablarle de sus sentimientos abiertamente y prefería hacerlo en un idioma que ella no entendía.

–No lo hablo tan bien, de verdad –esa era otra parte de su herencia que había perdido–. Las palabras que normalmente utilizo casi todas son tomadas de la calle, de los niños. No son muy útiles para mi profesión, pero ahora estoy aprendiendo. Tengo que hacerlo.

–¿Qué piensan tus padres de todo esto?

–No están muy contentos.

–¿Por qué no?

–Casi todos mis hermanos tienen alguna enfermedad. Mi hermano C.J. tiene síndrome de Down y también un defecto de corazón. De hecho, probablemente tenga que someterse a una operación en seguida para sustituir una válvula. Sasha, la más pequeña, tiene parálisis cerebral y necesita cuidados constantes. Molly, la mediana, tiene problemas debido a que sufrió abusos.

–¿Abusos de quién? –preguntó horrorizada Miranda.

–No te preocupes, no tiene nada que ver con mis padres. Es una niña adoptada. Todos lo son.

–Tus padres parecen personas especiales. Yo, como hija única, siempre quise tener la casa llena de hermanos.

Esa era una razón más por la que Rick tendría que apartarse de ella. Jamás podría darle el amor que necesitaba o, por lo menos, de momento.

–Entonces, ¿por qué no aprueban lo que haces?

–Porque ahora mismo son muchos y ya son mayores. Yo los ayudaba en todo cuando era más joven, pero ahora no puedo y ellos me necesitan –tragó saliva, intentando superar la sensación de culpa–. He estado muy ocupado con el programa y llevo un tiempo sin visitarlos.

–¿Tú eres el único hijo biológico de la familia?

–No, mis padres no podían tener niños, así que me adoptaron cuando tenía días –explicó de mala gana–. Mi madre era una emigrante mexicana de quince años, la hija de un hombre que trabajaba para el restaurante de mis padres. Mi padre biológico también era un niño. Un estudiante que estuvo con ella y la dejó, o eso dijeron. Después de tenerme, la enviaron de nuevo a México con su familia –mostró la cadena dorada que llevaba siempre al cuello–. Me dejó esto.

–¿Sabes en qué parte de México vive?

–No, nunca pregunté.

–Entonces, ¿no la has buscado?

No de manera consciente, pero Rick se fijaba en todas las mujeres que tenían más de cuarenta años, tratando de reconocerla. Era estúpido, lo sabía, pero no podía evitarlo.

–No tengo ningún deseo de encontrarla. Considero a mis padres adoptivos como mis verdaderos padres.

–Estoy segura –apoyó la mejilla sobre su hombro y le acarició el vello del pecho–. Creo que lo estás haciendo muy bien. Y si fuera tú, iría en seguida al doctor Bridgestone y se lo diría. Ocurra lo que ocurra.

–No puedo hacer eso, Randi. Conociéndolo, me echaría o trataría de obligarme a dejar el proyecto para que tuviera que trabajar más días. Y necesito el dinero que gano aquí hasta que decida qué voy a hacer. Quizá decida empezar de nuevo.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Qué quieres decir?

Rick suspiró profundamente.

–Estoy considerando la posibilidad de abandonar la práctica privada. No me convence. Compré esta casa y el coche pensando de alguna manera en seguir trabajando en el hospital, pero no me convence. Cuando estoy en los pueblos, siento que hago lo correcto. Me gusta ayudar a los niños que no tienen dinero.

–Pero aquí también ayudas a niños.

–Solo si tienen un seguro para pagar la consulta y el tratamiento. Bridgestone no hace nada gratis.

–Ese hombre no te cae nada bien, ¿verdad?

–No es mi persona favorita, desde luego.

Ella se apartó y se abrazó a sus rodillas.

–¿Por qué te asociaste entonces con él?

Él se preguntaba eso mismo muchas veces. Cuatro años antes, le había parecido lo mejor.

–Bridgestone me hizo una oferta hace unos años y no pude negarme. Yo estaba empezando y me halagó que me pidiera que trabajara con él. Me gustaba la idea de trabajar para uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Me gustaba lo que eso me permitiría conseguir, pero ahora no le doy importancia.

–Porque ya no te hace feliz, ¿no?

–No. Y por eso, no puedo prometerte nada, Randi. Solo sé que de momento quiero estar contigo.

–¿Quieres decir que quizá te marches?

–Sí. Y si lo hago, tendré muy poco dinero. Volveré a empezar de cero. Viviré en un apartamento barato y tendré que salir menos y ver más televisión, pero seré mucho más feliz.

–Feliz con tu vida profesional, pero, ¿y tu vida personal?

Hasta ese momento, Rick se había sentido bien sin formar una familia ni tener que criar a sus hijos. Hasta ese momento, aquella idea lo había molestado. Así que no sería justo hacer promesas que no cumpliría. No hasta que terminara con lo que había comenzado seis meses antes.

–No te culpo si no quieres volver a verme. No me gustará, pero lo respetaré si es lo que quieres.

Ella suspiró.

–¿Quieres decir que, si acepto que nos veamos, no te comprometes a nada?

–De momento no. Hasta que…

–¿Salves al mundo?

–No soy tan idealista, Randi. Solo quiero contribuir. Dar algo.

–Te has pasado la vida ayudando a gente. Primero a tus hermanos y ahora a otros niños. Es admirable, Rick, pero no es razón suficiente para que te conviertas en un mártir.

–No quiero ser ningún mártir. Estoy haciendo lo que tengo que hacer.

–¿Por qué sientes que tienes que hacerlo?

Rick soltó un suspiro de impotencia. Odiaba los análisis psicológicos, pero Miranda se merecía una explicación considerando lo que ella le había contado a él.

–Cuando era adolescente, estaba loco. Causé a mis padres todo tipo de problemas. Ellos estaban ocupados con los niños y yo, ahora me doy cuenta, trataba de llamar su atención. A los quince años, me metieron en la cárcel por robar un coche. El del mejor amigo de mis padres.

La miró, buscando alguna reacción, pero ella se limitó a mirarlo fijamente, sin juzgarlo.

–Al salir, conocí a un sacerdote, el padre Joe, que se encargaba de una especie de albergue. Él me sacó de las calles y me animó para que siguiera estudiando. También fue quien me enseñó a tocar el saxo.

Rick esbozó una sonrisa.

–Cuando terminé el instituto –continuó diciendo–, él escribió una carta de recomendación y me ayudó a conseguir una beca para ir a la universidad. Mis padres en ese momento se estaban gastando mucho dinero en médicos. El padre Joe me hizo prometer que, si me hacía médico, ayudaría a los más necesitados. Nunca me he olvidado de ello. Y antes de que muriera, hace un año, volvió a pedírmelo. Entonces, decidí cumplir mi promesa.

Miranda se arrodilló a su lado.

–¿Y cuántos años vas a hacer penitencia por tus pecados, Rick?

–Soy feliz con lo que hago. Me gusta curar niños.

–Es un precio muy alto, si tienes que estar solo. Pero eso lo tienes que decidir tú.

Rick imaginó que Miranda se iría después de decir aquello, pero, por el contrario, le pasó los brazos alrededor del cuello y se abrazó a él.

–Acepto estar contigo mientras pueda ser. Luego, cuando decidas marcharte, siempre recordaré lo que hayamos vivido juntos.

Rick la tumbó en la cama y la abrazó para sentir su cuerpo suave mientras ella comenzaba a llorar. La apretó contra sí, que era lo único que podía hacer.

Después de haber aclarado la situación, debería estar feliz por que ella hubiera aceptado seguir a su lado, pero sentía un gran peso sobre su corazón y comprendió que, cuando se despidiera de ella, ese peso jamás lo abandonaría.

Emocionado, besó sus lágrimas con pasión. La acarició con todo el deseo que aquel ángel conseguía despertar en él. Ella le hacía querer cosas que nunca habría deseado. Le hacía sentir cosas que nunca admitiría.

Mientras la abrazaba, estuvo a punto de decirle que se fuera con él a Brownsville, si por fin decidía marcharse, pero no podía. Ella estaba en ese momento empezando a volar y no podía ofrecerle lo que se merecía. Un hombre que estuviera en casa cada noche, una casa cómoda donde vivir, hijos…

Pero esa noche podía fingir que el futuro no importaba. Esa noche podría amarla con todo su alma y esperar que la persona que luego entrara en su vida la tratara con cariño y le diera todas las cosas que él no podía darle. Sin embargo, la idea de Miranda con otro hombre, le hacía sentirse triste y celoso. Decidió no pensar en ello. No cuando la tenía entre sus brazos.

Más tarde, le hizo el amor como no lo había hecho con nadie. No quería admitir que estaba enamorándose por primera vez, pero, aun así, no estaba seguro de poder evitarlo, como no podía evitar que amaneciera. Aunque el amanecer se la robara de sus brazos. Quizá para siempre.

Miranda estaba en recepción, revisando el trabajo de aquella tarde. Rick había insistido en llevarla a casa aquella mañana a las seis para cambiarse. Seguidamente, la llevó al aparcamiento donde

ella había dejado el coche toda la noche y, con un beso de despedida, se marchó para tomar su avión.

Ella había estado a punto de decirle que quería irse con él, que no le importaría vivir en una cueva, que junto a él su vida estaría completa. Pero no lo había hecho.

Miranda podía sentir todavía las caricias de él. Podía oír sus palabras cariñosas en su oído. Podía sentirlo dentro de ella.

También recordaba que le había dicho que no había sitio en su vida para ella en esos momentos. No hasta que encontrara la paz interior que llevaba tiempo buscando. Y evidentemente, ella no era la persona indicada para ese fin.

Se frotó los ojos y trató de concentrarse en el día que tenía por delante. Rick todavía no iba a marcharse y quizá, solo quizá, cambiara de opinión.

–¿Puede alguien decirme por favor qué demonios está pasando aquí?

Miranda se volvió, reconociendo la voz, aunque nunca lo había oído gritar. Las enfermeras le habían contado que aquel médico solía hacerlo y, en esos momentos, podía comprobarlo por sí misma.

Fue hacia el almacén y se asomó. Allí estaba el doctor Bridgestone tirando paquetes de vendas al suelo.

Miranda tuvo ganas de darse la vuelta y marcharse, pero pensó que era mejor tratar de calmarlo antes de que comenzaran a llegar los pacientes.

–¿Puedo ayudarlo, doctor?

–¿Quién se encarga este mes de los pedidos?

–Yo –su voz sonó muy débil en comparación con la de él.

–¿Sabe usted dónde demonios puedo encontrar quitagrapas?

Miranda buscó entre las cosas tiradas al suelo y luego en un recipiente que tenía a su derecha. Allí había uno.

–Aquí tiene.

–¿Solo uno? ¿Dónde está el resto?

Ella sospechaba dónde. Rick le había dicho que se había llevado todos menos uno y ella tenía que haberlos repuesto.

–Lo arreglaré en seguida. Llamaré al laboratorio para que los traigan cuanto antes.

–Sí, eso está muy bien. Pero no me servirá de nada esta tarde. Necesito varios.

Bridgestone se volvió y comenzó a rebuscar de nuevo en las estanterías.

–Si no sonara un poco ridículo, creería que tenemos un ladrón. Desaparecen cosas. La semana pasada no había muestras de

penicilina. No estaban.

Miranda trató de mirar al doctor con indiferencia.

–Bueno, ya sabe que en primavera hay muchas infecciones.

–Estamos casi en julio –murmuró él–. Además, los pacientes tienen que pagar las recetas, no somos hermanas de la caridad.

Miranda reprimió una mala contestación y comenzó a recoger los paquetes tirados por el suelo mientras Bridgestone se inclinaba sobre ella, mirándola fijamente. Ella lo ignoró, con la esperanza de que entendiera y se marchara, pero no tuvo esa suerte.

–Esta tarde, cuando tenga unos minutos, señorita Brooks, venga a mi consulta. Quiero decirle algo.

Miranda agarró un montón de paquetes y se puso de pie.

–Sí, señor. Iré tan pronto como el doctor Walters haya terminado con sus pacientes.

La cara de Bridgestone adquirió una expresión de desagrado.

–Bien, así podremos hablar de varias cosas que me preocupan.

Miranda decidió no asustarse. Seguramente, sería para regañarla de nuevo o para pedirle que salieran un día. De cualquier manera, no deseaba una confrontación.

–Si necesita algo relacionado con mi trabajo, me alegraré de serle útil.

«Y si lo que necesita es otra cosa, va a llevarse una sorpresa».

Una sonrisa sugerente se formó en los labios del doctor.

–Estoy deseando verla esta tarde, Miranda –terminó él.

«Oh, cielos». Miranda dejó las cajas en su sitio y se apresuró a cerrar el armario. Luego, se fue de nuevo a recepción, deseando poder contactar con Rick para hablarle de las sospechas de Bridgestone. Pero como no tenía su teléfono, tendría que esperar a que volviera el lunes.

Mary Jo salió en ese momento de su despacho y se acercó a ella.

–¿Te han arreglado ya el coche?

–¿El coche? –replicó, confundida.

–Me fijé en que estaba aquí, en el aparcamiento, cuando llegué. Y tú todavía no habías llegado.

¿Para qué demonios iba esa mujer a trabajar al amanecer cuando no se empezaba a pasar consulta hasta las ocho?

«Piensa algo rápidamente», se dijo.

–Era solo la batería.

–Oh, pero no te vi que volvieras para llamar por teléfono.

–No… llamé –Miranda trató de encontrar otra excusa–. Una amiga pasaba por aquí y me llevó en su coche. Mary Jo, ahora tengo que ponerme a trabajar, el doctor Walters vendrá en seguida.

Miranda rezó por que se abriera un agujero a sus pies y se la tragara. Nunca había sabido mentir.

–¿Esa amiga no sería el doctor Jansen? –preguntó Mary Jo.

Las rodillas de Miranda se aflojaron y su corazón comenzó a palpitar a toda velocidad.

–¿De dónde has sacado una idea así?

Mary Jo le lanzó una mirada comprensiva.

–De acuerdo, supongo que lo de la otra noche fueron imaginaciones mías. Y seguramente, los demás también están confundidos.

Miranda se alejó de Mary Jo, pensando en lo mucho que se había complicado su vida. No sabía qué pensar ni qué hacer. Solo sabía que necesitaba ayuda. Pero estaba sola y tendría que solucionarlo todo por sí misma.

«Rick, ¿dónde estás cuando más te necesito?».

Miranda trabajó el resto de la tarde preocupada y con miedo. Cuando el doctor Walters se marchó, ella se quedó allí, dispuesta a ver al doctor Bridgestone.

Estaba guardando el último historial cuando sonó el interfono.

–El doctor Bridgestone quiere verte lo antes posible en su despacho –le dijo la recepcionista.

Miranda se dirigió al otro ala del edificio. El despacho parecía estar muy lejos, pero no lo suficiente. Llamó dos veces a la puerta y oyó la voz de él desde el interior, invitándola a entrar.

Miranda abrió la puerta y entró.

–¿Quería verme?

–Tome asiento.

Miranda no cerró la puerta por si tenía que escapar de repente. Al ir hacia la silla, observó detenidamente la habitación. A diferencia del despacho de Rick, este era de lo más opulento. Los muebles eran de colores claros, rosas y azules. Emanaba riqueza, pero no resultaba acogedor.

Cuando se sentó, el doctor la miró durante unos segundos. Luego, se tocó el bigote y se echó hacia atrás en la silla, cruzando una pierna sobre la otra.

–¿Le gusta trabajar con nosotros?

Era una pregunta inesperada.

–Sí, mucho.

–¿Le pagamos bien?

–Sí, gracias –contestó sorprendida.

El hombre se echó hacia delante y entrelazó las manos, sonriendo con arrogancia.

–Entonces, no creo que tenga usted problemas económicos y necesite robar lo que falta en el almacén para ganar un dinero extra.

Miranda se clavó las uñas en las palmas de sus manos para no levantarse y darle una bofetada.

–¿Está insinuando que yo he sacado de ahí las muestras?

–¿Lo ha hecho?

–No, no he sacado nada. Pero sí es cierto que he cometido un error al no haber repuesto lo que falta y prometo que no volverá a suceder. Mi única excusa es que he tenido mucho trabajo.

El doctor Bridgestone colocó las manos bajo la barbilla y miró un momento al techo, antes de mirarla de nuevo.

–Miranda, aquí somos una familia. Dependemos los unos de los otros y eso implica que tiene que haber confianza entre nosotros.

–Lo entiendo.

–¿Tiene idea de quién puede estar sacando esas muestras?

Ella tragó saliva y se agarró al borde de la silla.

–No –dijo, confiando en no parecer tan culpable como se sentía.

Miranda se preparó para la siguiente pregunta, que podía ser cualquier cosa viniendo de un hombre como aquel.

–¿Sale con alguien fuera del hospital?

–A veces.

–¿Con quién sale?

–No entiendo que eso pueda importarle a nadie, doctor.

–Eso depende. He oído algunos rumores desconcertantes sobre sus actividades fuera de aquí.

Ella se preguntó si Rick iba a tener razón en su afán por proteger su vida privada.

–¿Qué rumores? No sé de qué me habla.

–Creo que sí lo sabe.

–Creo que se equivoca.

El hombre sonrió y sus ojos vagaron por la estancia.

–Se lo pondré más fácil. ¿Qué relación tiene con el doctor Jansen, aparte de la meramente profesional?

–No tienes por qué contestar a eso, Miranda.

Ella se volvió y vio a Rick en la entrada. Los ojos le brillaban de rabia mientras miraba fijamente al doctor Bridgestone.

–Me alegro de verte, Rick –dijo el doctor Bridgestone, levantándose y forzándose a sonreír–. Pero, ¿no tenías que estar fuera de la ciudad?

Rick dio un paso adelante. Parecía un animal listo para atacar.

–He cambiado de planes.

–Ya veo. ¿Qué tal está tu novia? ¿Viene ella este fin de semana o es que la has sustituido por otra? –preguntó Bridgestone, mirando de reojo a Miranda.

Rick colocó las manos sobre los hombros de Miranda en un gesto que le habría servido de consuelo, si no estuviera tan preocupada por la pelea que estaba a punto de comenzar.

–Miranda, ve a mi despacho y espérame allí.

–Pero…

–Haz lo que te digo.

Ella se levantó con piernas temblorosas y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, miró hacia atrás y comenzó a decir algo para tranquilizar a Rick, pero este ni siquiera la miró. Mientras se dirigía hacia el despacho de Rick, rezó por que fuera sensato y conservara su trabajo.

Capítulo Nueve

Rick miró a Bridgestone con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Hacía mucho tiempo que no tenía ganas de pegar a alguien un puñetazo, pero en ese momento era lo que más le apetecía hacer. Sin embargo, Bridgestone era todavía su socio, además de ser mucho más bajo que él. Ni siquiera podía pelear con él de igual a igual.

Bridgestone se dejó caer en la silla con aspecto indiferente y tranquilo. Rick sentía una gran rabia dentro de sí. Ese hombre había atacado a Miranda y no iba a dejarlo así.

–Siéntate, Rick –dijo Bridgestone, señalando una de las sillas.

–Me quedaré de pie.

–De acuerdo. Como es evidente que has estado escuchando, ya sabrás a qué viene todo esto. ¿Cuál es tu relación con la señorita Brooks?

Rick apartó una silla y se puso al lado de la mesa.

–No tengo que justificarme ante ti ni tampoco Miranda, así que déjala en paz. Ella no te ha hecho nada. ¿O es ese el problema? –preguntó, apoyándose en la mesa.

Bridgestone se puso rígido.

–No te entiendo.

–Me entiendes perfectamente. No has podido conseguir nada con ella todavía y eso te da rabia.

–Lo único que sucede es que es una empleada que está liada con uno de mis socios.

–Para decir algo así, deberías tener pruebas.

–Tengo todas las pruebas que necesito y tus protestas me lo confirman. Apuesto a que estás teniendo relaciones con ella fuera del hospital e incluso en la consulta.

–Lo que haga fuera del hospital es asunto mío, no tuyo.

Bridgestone soltó una carcajada.

–No exactamente. Este hospital tiene una reputación que mantener. Todos tenemos que demostrar el máximo decoro.

La rabia de Rick había llegado hasta el punto máximo.

–No veo ningún decoro en tu trabajo cuando metes la mano bajo la blusa de alguna jovencita.

Bridgestone se mantuvo clavado a la silla.

–Escúchame…

–No, escúchame tú a mí, Miranda no se merece tus interrogatorios. Ni siquiera se merece que estés en la misma habitación que ella. Es demasiado buena para ti, Bridgestone. Déjala en paz.

–¿Demasiado buena para mí? –Bridgestone se movió inquieto–. Hay otra cosa que puede que te interese. Este mes han desaparecido algunas cosas del almacén. Me parece un poco raro, ya que coincide que es la que se encarga este mes de los pedidos.

Rick se encontraba en un verdadero aprieto. Tenía que defender a Miranda, pero, si lo hacía, se culpaba a sí mismo.

–Sabes tan bien como yo que aquí todo el mundo saca lo que necesita para uso personal.

–Lo sé, pero a menos que uno de nuestros socios tenga sífilis, es imposible justificar la cantidad de penicilina que se ha gastado este mes.

–¿Qué quieres decir?

–Estoy diciendo que vigiles a tu enfermera. Y si las cosas no mejoran, tendrá que buscarse otro trabajo.

Rick trató de controlarse.

–Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

–Claro. Estoy seguro de que tienes un interés en la señorita Brooks que va más allá de la relación profesional. Y ahora tengo que hacer cosas, pero no te olvides de lo que te digo. Esto no va a acabar aquí.

Rick se fue hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió y miró fijamente a Bridgestone.

–Sí que va a acabarse, Don, porque voy a dejar mi trabajo en este hospital –las palabras salieron de su boca sin que él se diera cuenta ni las sopesara, pero ya no podía echarse atrás.

Si a Bridgestone le afectó la declaración de Rick, no lo demostró. Permaneció indiferente.

–Siento haber tenido que llegar a esto, Rick, pero creo que será lo mejor. Podemos contratar a alguien a quien le interese más su trabajo que su novia. O novias, mejor dicho. Espero tu dimisión para el lunes. Te daré tiempo para que soluciones todo. Yo haré todo lo necesario para disolver la sociedad contigo. Tardaré dos semanas como mucho.

–No hay problema. Cuanto antes mejor.

–No me opondré a que te lleves a la señorita Brooks contigo.

Pero Miranda no podía ir con él. ¿O sí?

No. No sería justo. No podría darle lo que ella necesitaba. No por el momento, ni en un futuro cercano.

Ella necesitaba un trabajo y Rick tenía que asegurarse de que conservaría el del hospital.

–Una de mis condiciones será que ella pueda seguir trabajando aquí. Walters me apoyará.

–Ya veremos, ¿no te parece?

Rick habló con los dientes apretados.

–Se quedará.

–A menos que descubramos que es una ladrona.

–Yo me llevé esas malditas muestras –declaró.

Bridgestone pareció bastante interesado.

–¿Para qué?

–Las regalé. Todas. A gente que las necesitaba. Por supuesto, tú nunca lo entenderás.

–No tenías derecho –replicó Bridgestone indignado.

–Tenía todo el derecho. Y lo volvería a hacer. Así que ya lo sabes, Don. Me pasaba los fines de semana en México, pero no en un hotel con una mujer. Me llevaba esas medicinas para dárselas a los niños que no tenían medios para comprarlas –hizo un gesto hacia el despacho–. Y eso para mí vale mucho más que toda tu riqueza y arrogancia. Me iré de aquí y te aseguro que no echaré de menos este lugar.

Sin dar a Bridgestone tiempo a contestar, Rick salió al pasillo para ir en busca de Randi. Le diría que había decidido protegerla y, si eso significaba irse antes de lo que había planeado, lo haría. Se aseguraría de que ella conservaba su puesto de trabajo y luego se iría a hacer algo que para él tenía mucha más importancia que todo el éxito del mundo.

Bridgestone le había dado muchas cosas, pero Rick no encontraba en ellas ninguna satisfacción personal. Lo único que sentía en ese momento era una tremenda pena por tener que despedirse de Miranda.

Cuando Rick entró en el despacho, Miranda intuyó que había pasado algo terrible. Él tenía una expresión fría y su boca era una línea apretada. Cerró la puerta y se sentó a su lado en el sofá. Luego, miró hacia la mesa, evitando así los ojos de ella.

Miranda no sabía qué había pasado, pero tampoco estaba segura de querer saberlo. Por la expresión de Rick, no podía ser nada bueno.

Él dio un suspiro profundo, rompiendo así el silencio.

–Ha sido un día terrible. Primero cancelan el viaje por las tormentas y ahora esto.

Ella dio gracias a la Madre Naturaleza por permitir que él apareciera en el momento adecuado. Justo cuando lo necesitaba. Pero algo le decía que iba a ser la última vez que eso sucediera.

Miranda lo miró a los ojos, tratando de ser fuerte.

–¿Qué ha dicho Bridgestone?

–Después de acusarnos de hacer el amor en la consulta, te acusó de robar las muestras.

El corazón de Miranda dio un vuelco.

–Me habló de ello, pero yo no le dije nada.

Rick puso una mano sobre su muslo.

–Lo sé. Le confesé que había sido yo. Eso ahora ya no importa.

–¿Por qué?

–Porque me voy.

Miranda abrió la boca y luego la cerró. ¿Qué podía contestar a eso? Lo único que importaba era que Rick se marcharía muy pronto, antes de lo previsto. Sintió una gran tristeza, pero tenía que ser fuerte por él. No quería cargarlo con otro peso en esos momentos. No cuando él acababa de romper los lazos que le ataban a la seguridad por la que tanto había luchado. Y lo había hecho antes de lo planeado. Antes de lo que ambos pensaban.

–Muy bien. Ese hombre no se merece que trabajes para él.

Rick la miró entonces.

–Le dije que tenía que dejar que tú siguieras aquí como condición para disolver la sociedad.

–Si te vas, no estoy segura de querer quedarme.

Él se volvió y la tomó de la mano.

–Tienes que quedarte y demostrarle que no se saldrá con la suya. Walters es el siguiente en jerarquía y sé que está satisfecho con tu trabajo. Me lo ha dicho varias veces.

Miranda apreciaba mucho al doctor Walters, pero no del mismo modo que a Rick.

Porque a Rick lo amaba. Lo sabía desde hacía un tiempo, pero de una manera inconsciente. En ese momento, se sintió segura. Él era el hombre que había aceptado sus imperfecciones. Pero también el hombre que nunca tendría, ya que no le había pedido que se fuera con él. Al menos, nunca la había mentido sobre sus intenciones para el futuro. Le había dejado claro desde la noche anterior que ella no se adecuaba a sus planes.

–¿Pegaste a Bridgestone? –preguntó, tratando de disimular su

tristeza, como siempre hacía en los momentos difíciles.

–No, pero no ha sido por falta de ganas –Rick se echó hacia delante–. Me habría encantado.

Miranda se levantó y se puso detrás del sofá. Luego, colocó las manos sobre los hombros de él y comenzó a darle un pequeño masaje para aliviar su tensión.

–Bueno, míralo desde otro punto de vista. No sabrá lo que ha perdido hasta que te hayas ido. Y entonces será demasiado tarde.

No como ella, que en esos momentos sabía ya perfectamente lo que iba a perder cuando Rick se fuera.

–En seguida encontrará a otro bobo que ocupe mi lugar. Probablemente, antes de que a mí me dé tiempo de recoger mis cosas y marcharme.

–No será lo mismo. No será como tú –Miranda pensó en todo lo que él había hecho por ella desde la noche en que se habían conocido.

Él la había convertido en una mujer más fuerte y le había hecho aprender a aceptar sus defectos. Ya solo deseaba una cosa, y era ser una mujer mejor. Una mujer que pudiera convencerlo de que aunque las promesas y los compromisos eran importantes, la vida no merecía la pena si no tenías a alguien al lado con quien compartirla. También él le había enseñado eso, pero, en su caso, parecía dispuesto a privarse de ello.

Aun así, deseaba desesperadamente que Rick la incluyera en su vida. Solo tendría que pedírselo y ella haría la maleta en un tiempo récord.

–Desearía poder ofrecerte algo más, Miranda.

–Me has dado más de lo que jamás habría imaginado.

–Pero no es suficiente, ¿verdad?

Miranda luchó por contener las lágrimas que amenazaban sus ojos. Rick estaba en un mal momento y necesitaba consuelo, no más preocupaciones.

–Está bien, lo entiendo. Tienes que hacer lo que te dice tu corazón. Que te quedaras conmigo y te olvidaras de tus sueños no sería la solución.

–Creo que tienes razón.

Rick se levantó y le ofreció su mano. Ella también se puso en pie y se abrazó a él.

–Creía que íbamos a tener un poco más de tiempo –dijo, besándola en la frente.

Ella hubiera querido tener el resto de sus vidas. Qué estupidez haber creído que quizá eso fuera posible.

–¿Cuándo te vas?

–Dentro de dos semanas.

–No es mucho tiempo.

–No, no lo es.

Rick consultó el reloj.

–Tengo que estar en casa de los Wilson a las ocho para cenar. Me invitaron al saber que el viaje se había pospuesto.

–Muy bien. Puedes irte, yo tengo que ir a la lavandería.

Pero él se negaba a dejarla así, sin haber tenido más tiempo para hablar. Lo menos que podía hacer era incluirla en sus planes de aquella noche.

–Quiero que vengas conmigo.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

–¿No les importará que aparezcas con alguien?

–Les encantará que lleve a una mujer. Sobre todo a Angie –esbozó una sonrisa–. Mark se quedará… Mark… bueno, no podré descuidarte ni un minuto.

–Tengo que ducharme y cambiarme de ropa.

–Yo también. ¿Puedo ir contigo?

–Si lo hacemos juntos, ya sabes que llegaremos tarde –contestó ella sin poder evitar una sonrisa–. Y tú sueles ser muy puntual.

–¿Lo ves? Me has cambiado.

–Espero que para bien.

Rick la besó suavemente en los labios.

–Por supuesto que para bien.

Ella se soltó.

–¿Por qué no vas a tu casa y luego me recoges en la mía? Podemos ir a casa de tus amigos juntos.

Rick intuyó que, una vez más, ella estaba construyendo una muralla para protegerse. No podía culparla. Él tendría que ser inteligente y hacer lo mismo.

–De acuerdo. Además, tengo que hacer algunas llamadas.

Una en particular.

–Ricky, qué bien que hayas llamado. Tengo buenas noticias.

Rick se alegraba de ello. Así quizá su madre se tomara las que él iba a darle de manera positiva.

–Yo también tengo que decirte algo, mamá.

–Adelante, hijo.

–No, habla tú primero.

–De acuerdo. C.J. no tiene que operarse todavía. ¿No es

maravilloso?

–Sí, Meggie. Me imagino que entonces no necesitáis que lo examinen aquí.

–No, estamos contentos con el médico que lo cuida aquí. De todos modos, me enfadé un poco contigo la última vez que hablamos. No parecía que te preocuparas mucho.

–Lo sé, mamá, tenía mucho trabajo. Pero claro que me preocupa C.J. Me alegro de que esté mejor.

–¿Y qué es lo que tenías que contarme tú?

–Me voy a vivir a Brownsville. Dejo el hospital para dedicarme por entero a trabajar allí.

–No lo entiendo, Ricky. Pensé que estabas contento en Dallas.

¿De verdad esperaba él que su madre lo entendiera? Se cambió el teléfono de oreja y continuó.

–Sí, estoy bien aquí, pero no hago exactamente lo que quiero. Tú, sin lugar a dudas, tienes que entender lo importante que es ayudar a los que no pueden ayudarse a sí mismos. Lo aprendí de vosotros.

Un suspiro profundo llegó del otro lado de la línea.

–Me imagino que tienes razón y entiendo por qué lo haces. Es solo que…

–¿Qué, mamá?

–Deseaba que encontraras pronto una mujer y que formaras una familia.

Y que le diera una casa llena de nietos, pensó él. Ya lo había oído antes.

–Algún día, mamá. Pero no en este momento.

–¿Me estás diciendo que no has conocido a ninguna chica simpática en una ciudad tan grande como esa?

Había conocido a una, sí. Una chica verdaderamente simpática de la que su madre se sentiría orgullosa. Alguien con la que podría pasar el resto de sus días si todo fuera diferente.

–Escucha, mamá, una vez que me establezca allí, todo puede cambiar. De momento, pasaré una etapa económicamente dura. No será la situación ideal.

La situación ideal… ¿Había situaciones verdaderamente ideales? Probablemente no. Se había ido dando cuenta de ello con el tiempo.

–¿Necesitas que tu padre y yo te ayudemos económicamente?

El corazón de Rick se llenó de ternura. Sus padres nunca estaban sobrados de dinero, pero le ofrecerían hasta el último penique si él se lo pedía.

–Os lo agradezco, pero tengo ahorrado algo de dinero. No os

preocupéis.

–De acuerdo, pero si necesitas algo, dínoslo.

–Lo haré. Y trataré de ir a veros el mes que viene. A menos que vengáis vosotros aquí antes de que me vaya.

–Desearía poder ir, pero ya sabes…

–Sí, lo sé. Siento que no hayáis conocido mi casa.

–No te preocupes, hijo. Espero conocer la siguiente.

Rick pensó que la próxima no sería tan grande ni tan lujosa, aunque también estaría vacía. No estaría Miranda para llenarla.

–Tengo que irme. Os quiero, mamá.

–Oh, Ricky, nosotros también te queremos y estamos muy orgullosos de ti. Eres un buen hijo.

¿Cuántas veces había necesitado escuchar aquello? Él siempre había sabido que estaban orgullosos de él, pero no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que necesitaba el respeto de ellos.

Sería muy feliz dedicándose finalmente a lo que había decidido hacer, pero sería como un cascarón de un hombre. Vacío. Solo.

Una niña rubia abrió la puerta a Rick y a Miranda en casa de los Wilson. Saltó dando un grito y se arrojó a los brazos de Rick.

–Tío Rick, no has venido a verme.

Rick tomó a la niña en sus brazos.

–He tenido mucho trabajo, cielo, pero aquí me tienes.

Miranda se emocionó al ver la escena. Rick parecía un padre cariñoso que abrazaba a su hija.

–Pasad –dijo en ese momento Angie Wilson, que salía de la cocina limpiándose las manos–. Me alegra mucho verte de nuevo, Miranda.

–A mí también. Gracias por invitarme sin haberos avisado con más tiempo.

–Nos hace gracia que Rick venga acompañado. Es un cambio.

Rick levantó a la niña por los aires. Esta estalló en carcajadas.

–Hola, Angie. ¡Cómo ha crecido esta niña!

Rick continuó jugando con Emma mientras Angie los miraba. Miranda tuvo entonces la oportunidad de echar un vistazo al salón, el lugar donde ella y Rick habían bailado, el lugar donde Rick la había besado por primera vez. Y más allá, al fondo del pasillo, estaba la habitación donde la había amado suavemente, atrapando su corazón.

¿Habría cambiado de opinión si hubiera sabido lo duro que le

iba a ser dejar que Rick se marchara? ¿Si hubiera sabido que pocas semanas después se enamoraría de él perdidamente, se habría despedido educadamente después de tomarse algo?

En ese momento, miró a Rick, que estaba dejando a Emma en el suelo. La sonrisa de él era radiante y ella se dio cuenta de que jamás cambiaría nada ni suprimiría ninguno de los minutos que habían pasado juntos.

Emma miró a Miranda con precaución y curiosidad.

–¿Quién es? –preguntó, señalándola con el dedo.

Angie miró a Rick, como si también ella quisiera saberlo.

–Es mi amiga.

«Mi amiga», se repitió a sí misma Miranda, decepcionada. Pero, ¿qué se esperaba?

–Va a comer con nosotros. ¿Te parece bien? –añadió Rick.

Emma asintió. Luego, se metió un dedo en la boca y volvió a mirar a la invitada.

Rick apoyó una mano en la espalda de Miranda, sobresaltándola, al tiempo que preguntaba dónde estaba Mark.

–En la ducha –contestó Angie–. Ha tenido que poner un bypass y está un poco cansado. Pero sentaos. La cena estará en seguida.

Una vez que se hubieron sentado en el sofá, Emma sobre el regazo de Rick, Mark entró en el salón con una sonrisa radiante y se colocó delante de Miranda.

–Tú debes ser la mujer misteriosa de Rick.

–Cuida tu lenguaje, Wilson. Hay una niña –protestó Rick, tapando las orejas de Emma.

–Quiero oír –dijo esta, apartando las manos de Rick.

–No te preocupes por la niña, Rick. Es muy adulta para su edad.

–No lo dudo.

–Es tan protector, que parece que es su hija –declaró Mark, dirigiéndose a Miranda.

–Como padrino soy responsable de su educación espiritual –afirmó Rick.

–Estoy seguro de que tienes un montón de historias donde inspirarte –dijo Mark, soltando una carcajada.

Miranda se ruborizó ante el comentario.

–Os va a encantar esto. Emma, diles el diagnóstico preferido de papá.

La sonrisa de Emma era una réplica perfecta de la de su padre.

–Infato de miocadio.

–Tiene problemas con la r, pero pronto podrá decirlo bien –explicó Mark.

–Es increíble para una niña de tres años –aseguró Miranda, hablando por primera vez.

Mark extendió la mano hacia ella.

–Yo soy Mark Wilson, encantado.

–Yo soy Miranda Brooks, pero puedes llamarme Randi.

–Me alegro de conocerte, Randi. Rick me ha hablado mucho de ti, pero no me ha contado toda la verdad.

–Basta, Mark –interrumpió Rick.

–Sí, basta, Mark –repitió Angie, entrando en el salón–. La cena está servida. Espero que os gusten los espaguetis.

–Me gusta todo lo que no venga en una caja –dijo Miranda, levantándose del sofá.

Miranda no recordaba la última vez que había disfrutado de una comida casera ni tampoco la última vez que había estado tan relajada en compañía de desconocidos. Observó a los tres amigos, cuyas miradas evidenciaban un gran cariño mutuo.

Mark, de repente, golpeó su té helado con un tenedor.

–Tengo algo que decir.

–Mark… –dijo Angie, mirando hacia el techo.

–Vamos, son amigos, cariño. Angie está embarazada de nuevo –declaró con una sonrisa satisfecha.

Rick se levantó y se puso detrás de Angie, a quien dio un gran abrazo y un beso en la mejilla.

–Es estupendo, Angie.

–¿Soy yo el padre? –preguntó Mark con expresión disgustada.

Miranda no pudo contener la risa y Angie se unió a ella.

Rick hizo una mueca.

–No somos tan amigos, Mark.

Angie sonrió a Rick.

–Estamos muy contentos, aunque un poco preocupados, ya que no tenemos mucho espacio aquí.

Rick volvió a sentarse y echó el plato a un lado. Luego, tomó la mano de Miranda.

–Creo que puedo ayudaros.

–¿Cómo?

–Podéis ir a vivir a mi casa. Pensaba venderla, pero prefiero que la tengáis vosotros.

Mark estaba tan sorprendido como Miranda.

–¿Vas a regalárnosla?

–Te propongo un trato.

Angie agarró la mano de su marido.

–No lo sé, cariño. Es una casa muy grande.

–Lo que quiere decir es que será muy cara –declaró Mark.

–Ya lo hablaremos. Además, ¿no vas a empezar a trabajar con tu padre en enero?

–Sí –contestó Mark.

–Pues podéis mudaros allí sin pagar nada, solo los gastos, hasta entonces. Ya hablaremos luego de los detalles.

–No, Rick. Te pagaríamos el alquiler. No somos unos indigentes.

–Entonces, de acuerdo. Podéis iros dentro de dos semanas.

–¿Dos semanas? ¿Por qué has decidido venderla?

–He dejado hoy el hospital.

–¿Lo has dejado? ¿Por qué demonios has hecho eso?

–Me voy a Brownsville. No me gusta trabajar con Bridgestone.

–Te entiendo. Es tan… –opinó Angie, mirando a su hija, que estaba haciendo dibujos con los espaguetis–… tan burro –miró a Miranda y guiñó un ojo–. Yo soy terapeuta y tengo que tratar con él.

–Oh, te compadezco –dijo Miranda.

Emma estaba empezando a utilizar también la salsa de tomate y Angie la levantó de la silla y la dejó en el suelo.

–A bañarse. ¿Vienes conmigo, Randi? Los hombres pueden recoger esto.

–He trabajado mucho hoy, no me apetece recoger nada –gruñó Mark.

–Yo también, señor cirujano –protestó Angie–. El lavavajillas está vacío. Lo único que tienes que hacer es meter las cosas en él.

Miranda se levantó y siguió a Angie mientras Emma se despedía de su padre.

Una vez que se hubieron ido las mujeres, Rick se echó hacia atrás y trató de ignorar la mirada escrutadora de su amigo.

–Así que te has despedido…

–Sí.

–¿Tiene esto algo que ver con Miranda?

Indirectamente sí o por lo menos la rapidez con la que había sucedido todo, pero Rick no quería hablar de ello.

–Llevaba tiempo pensándolo, Mark.

–¿Te vas a llevar a Randi contigo?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque ella tiene aquí su futuro. Yo no tengo nada que ofrecerle.

Mark soltó una carcajada.

–He visto cómo la miras y no puedes engañarme. Estás

enamorado.

–Estás loco.

–Te engañas a ti mismo –dijo Mark, dando un suspiro–. Además, serás un estúpido si la dejas. La vida es corta, amigo. Algún día te darás cuenta.

Mark probablemente llevara razón, pero él tenía que sopesar las cosas. Se levantó.

–Es hora de recoger. Yo los llevo y tú los metes en el lavavajillas.

Mark se levantó con un gruñido.

–¿Por qué tienes tanta suerte? Te echas novias, tienes un buen coche, puedes ir y venir cuando quieras. No es justo.

Rick entendía lo que Mark le decía. De alguna manera, la vida que Rick llevaba podía ser atractiva para Mark, que tenía la responsabilidad de una esposa y una hija, que pronto serían dos. Pero cuando Mark había dado la noticia poco antes, él se había dado cuenta de lo mucho que envidiaba a la pareja.

Rick dejó el último plato en la pila y notó que Mark lo miraba fijamente.

–Dilo, Mark.

Mark echó el jabón, cerró la puerta y se volvió hacia él.

–Solo quiero desearte buena suerte. Sé que vas a hacer lo que crees que es tu obligación. Si hay algo que Angie o yo podamos hacer por ti, solo tienes que decirlo.

Rick se quedó pensativo unos segundos.

–Hay algo que podéis hacer por mí.

–Dilo.

–Ser amigos de Miranda. Va a necesitaros cuando yo me vaya.

Después del baño, Emma se sentó en el sofá al lado de Rick y escuchó atentamente el cuento que él le contó sobre un oso que se había perdido. Miranda se dio cuenta de que ella no iba a ser la única que iba a echar de menos a Rick.

Cuando acabó el cuento, Rick cerró el libro y le dio un beso a la niña.

–¿Estás preparada para irnos? –le preguntó a Miranda.

–Cuando tú quieras.

–Yo también quiero ir con vosotros –dijo Emma.

–No puedes, cariño. Tienes que irte a la cama. Es muy tarde.

Angie entonces fue por la niña.

–Vamos, cielo. Papá y yo te llevaremos a la cama. El tío Rick vendrá muy pronto a verte. Vendrás pronto, ¿verdad? –repitió,

mirando a Rick.

Este esbozó una sonrisa débil.

–Claro que sí. Trataré de llevarla al zoo antes de irme.

–A ver a los osos –añadió Emma, apoyando la cabeza contra el pecho de su madre.

Después de que Mark y Angie les dijeran adiós, Rick y Miranda fueron en silencio al apartamento de ella, pasando por la piscina donde se habían conocido. El lugar donde Miranda había soñado con el amante ideal. Lo había encontrado, pero se marcharía muy pronto.

Quedaba tanto por hablar, que Miranda no sabía por dónde empezar. No estaba preparada para dejar que se fuera.

Una vez que llegaron al porche, Rick se volvió hacia ella.

–No te culparía si lamentaras haberme conocido.

–No lamento nada –aseguró ella con una sonrisa.

Aquello no era del todo verdad, pensó Rick, que podía ver la tristeza reflejada en sus ojos. Una tristeza que deseó que desapareciera, aunque solo fuera por un momento.

–¿Puedo entrar?

–Claro –contestó ella sin vacilar.

Una vez dentro, ambos se quedaron quietos, como si no supieran qué hacer.

Miranda rompió el silencio.

–Bueno, aquí estamos. Esta es mi humilde morada. Hoy está un poco desordenada, lo sé.

Rick miró a su alrededor y vio que había cosas tiradas por todas partes. Luego, volvió la vista hacia ella. Lo único que quería era memorizar cada rincón de su preciosa cara.

–Es estupenda. Muy acogedora.

Ella cambió el peso de una pierna a la otra.

–Me caen muy bien los Wilson.

–Sí, son muy simpáticos. Y tienen una niña encantadora.

–Sí y te quiere mucho. ¿Puedo pedirte un favor? –añadió, apartando la mirada.

¿Iba a pedirle que la llevara con él? ¿Cómo podía contestarle sin herirla más de lo que ya la había herido?

–Claro.

–¿Puedes quedarte conmigo esta noche?

–¿Estás segura? –preguntó él sorprendido.

–Claro que estoy segura. Eso sí, te advierto que la habitación está un poco desordenada o, mejor dicho, está echa un completo lío. Todavía no he terminado de desembalar las cosas.

Rick la besó, silenciando su explicación. Ella se sintió segura y deseada. Él sintió algo más que deseo dentro de él, algo intangible. Un sentimiento que le golpeó con fuerza.

Tratando de alejar los pensamientos molestos, apartó a Miranda y estudió su cara.

–No me importa el desorden. Quiero saber si podemos llegar a tu cama.

–Entonces, ¿te quedarás?

–No se me ocurre otra cosa mejor que hacer.

Ella lo miró con una mueca, pero él notó su tristeza.

–De acuerdo, entonces creo que tendré que dejar que veas mi habitación. Pero hay una condición. Que me digas algo en español. Me parece increíblemente sexy.

Rick sonrió con alivio, pero lo cierto era que, aunque sabía que era una estupidez, hubiera preferido que ella le pidiera que no se fuera.

–¿Quieres algo obsceno o algo más poético?

–Poético. Deja lo obsceno para luego.

Rick le apartó el pelo de la cara y, al hacerlo, trató de guardar en la memoria sus ojos verdes, sus labios carnosos, su pequeña frente, que era donde más le gustaba besarla.

–Tienes el corazón de un ángel. Eres mi amor y mi corazón –le dijo él en español.

–¡Qué bien suena! ¿Qué quiere decir?

–Que tienes el corazón de un ángel.

Si le traducía el resto, todo se haría demasiado real y dejarla le sería mucho más difícil. Estar con ella en ese momento, sabiendo que era la última vez, ya era suficientemente duro.

–No soy ningún ángel –dijo ella–. O por lo menos, no hasta que te conocí. De hecho, tú sacaste el demonio que llevaba dentro.

–¿Sí?

–¿Por qué no vienes a mi habitación y te lo demuestro?

Miranda lo tomó de la mano y lo llevó hacia el pasillo. Rick se había prometido borrar su tristeza, aunque solo fuera por aquella noche. Sabía que lo peor todavía no había llegado.

Capítulo Diez

Rick canceló los viajes de aquellos dos fines de semana y pasó la mayor parte del tiempo con Miranda. Hicieron el amor y dieron largos paseos por las tardes. También fueron dos veces a cenar con Angie y Mark. Miranda se fijó en que Rick siempre se despedía emocionado de Emma.

Durante la semana, sin embargo, solo se veían en el trabajo, pero hablaban por teléfono todos los días, evitando la palabra que planeaba sobre ellos como una nube oscura.

Evitando hablar del adiós.

Un día que Miranda terminó su trabajo temprano, fue al despacho de Rick. Antes de entrar, se detuvo para prepararse. Quería despedirse de él con una sonrisa, sin lágrimas y sin dejarse llevar por la tristeza que estaba consumiendo su corazón.

Puso su mejor sonrisa y abrió la puerta. Rick estaba en esos momentos metiendo sus libros en una caja de cartón.

–¿Te queda poco? –preguntó, sorprendida de lo tranquila que parecía, a pesar de estar temblando por dentro.

–Sí, no tengo muchas cosas –dejó escapar una carcajada–. Bridgestone probablemente me registrará a la salida.

Miranda cerró la puerta.

–¿Quieres que te ayude?

–No, ya termino –aseguró él, recogiendo unos papeles de la mesa.

Un silencio denso se instaló en la sala. Ninguno de los dos sabía qué hacer o decir. Había tantas cosas que no se habían dicho…

Rick se acercó a ella y abrió los brazos. Ella se abrazó a él y apoyó el rostro contra su pecho. Memorizó su olor, el tacto de sus brazos fuertes y el firme latido de su corazón como si temiera olvidarlos cuando él se marchara.

–Miranda, he estado pensando en el futuro –dijo, rompiendo el silencio.

–¿Y qué has pensado? –preguntó ella, con la esperanza de que fuera lo que tanto anhelaba oír.

–Que deberíamos seguir en contacto. Puedo llamarte de vez en cuando. Y si tengo dinero, incluso puedo venir a veros a ti y a

Emma dos veces al año.

Ella debería estar feliz, pero no pudo evitar sentirse decepcionada. Él no tenía ninguna intención de llevarla consigo. Solo quería que estuviera allí cuando él tuviera tiempo de volver.

–Eso no puede ser.

–¿Por qué no?

–Porque entonces tendré que despedirme de ti muchas veces y no sé si podré aguantarlo.

–Vamos, Randi. Tú eres más fuerte que eso.

Sí, lo era, y por eso no podía seguir queriéndolo, sabiendo que cada vez que lo viera podía ser la última. Podía ser fuerte y despedirse de él una sola vez. Sobreviviría, pero estaba segura de que sería lo más duro que tendría que hacer en su vida.

Trató de sonreír.

–Además, tú vas a estar tan ocupado que no me echarás de menos. Y yo voy a estar también muy ocupada. Me he apuntado a un grupo de apoyo para personas que han sufrido quemaduras. El hospital me dejará que use sus instalaciones los martes por la tarde. Y estoy pensando volver a la universidad para sacarme un máster.

–Eso es estupendo, Randi –dijo él, no muy convencido–. Pero, ¿por qué iba eso a impedir que nos viéramos si vengo?

Ella se apartó de él y se dispuso a poner a prueba su fortaleza.

–No quiero tu cariño dos veces al año, Rick. Lo quiero todo o nada.

Él pareció tan perplejo como ella misma.

–Es lo único que puedo ofrecerte de momento, ya lo sabes.

–Como tú mismo dijiste, no es suficiente –se cruzó de brazos y lo miró fijamente a los ojos. La hora de la verdad había llegado–. Te amo, Rick. Me encanta el modo en el que me haces el amor y tu humanidad. Me encanta, incluso, el que no pienses en nadie más que en ti. Es lo que te hace ser tú mismo, aunque sea también lo que nos separa.

–Randi.

Cuando fue a abrazarla, ella dio un paso atrás. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no trató de ocultarlas.

–Así que, por favor, Rick, déjame marchar ahora. Ayúdame a dejar que te vayas.

Rick la abrazó. Ella lo permitió, pero solo unos segundos. Luego, se apartó de nuevo.

–Antes de que te vayas, quería darte esto –dijo él, dándole una tarjeta que recogió de la mesa–. Es un colega mío. Está haciendo un trabajo increíble con láser y pensé que a lo mejor podía interesarte.

Ella lanzó un suspiro profundo. Aquellas palabras demostraban que él no había aceptado sus imperfecciones físicas. Rick quería la perfección y no solo en su vida diaria, sino también en ella.

–¿Me estás insinuando que debería borrar mis cicatrices?

–Sí, pensé que…

–Pensaste mal –afirmó, arrugando la tarjeta indignada–. Gracias, doctor, pero me encuentro a gusto con mis cicatrices. He decidido llevarlas con honor, en vez de con vergüenza. Pero me imagino que tú no lo entiendes, considerando tu afán de arreglar el mundo.

–Randi, no he querido decir que…

–Pero lo has hecho, intencionadamente o no. La perfección no asegura la felicidad y espero que te des cuenta de ello algún día. Adiós, Rick, y buena suerte. Espero que encuentres lo que buscas y que me dejes hacer lo mismo a mí –concluyó, limpiándose furiosamente las lágrimas.

Se volvió y, sin mirar atrás, salió y cerró la puerta de un golpe.

Era una tarde de tormenta, lo que reforzaba el estado de ánimo melancólico en el que estaba sumido Rick.

Odiaba el modo en que se había despedido de Miranda el día anterior y reconocía que su inclinación a arreglarlo todo confirmaba las acusaciones de ella. Miranda no necesitaba que le arreglaran nada. Ya era perfecta y él sería un estúpido si no se lo decía una vez más.

Le había dolido ver sus lágrimas y no podía soportar la idea de no volver a verla.

Dividido entre el deseo de quedarse y la necesidad de irse, aquella mañana había tomado el teléfono dos veces para llamarla y arreglar las cosas. Incluso había pensado en la posibilidad de pedirle que se fuera con él, pero había rechazado la idea al recordar las últimas palabras de ella.

«Espero que encuentres lo que buscas y que me dejes hacer lo mismo a mí».

Él no podía ofrecerle más que penas y ella ya había tenido bastantes a lo largo de su vida. Solo podría darle su amor y un futuro incierto. ¿Sería justo? ¿No se volvería ella alguna vez contra sus sueños? ¿Contra él?

Él ya había cometido muchos errores y herido a los que más amaba. No podía soportar la idea de herir a Randi una vez más y mucho menos pensar que alguna vez ella pudiera odiarlo por no darle lo que necesitaba.

Oyó el sonido de un motor y, al girarse, vio que Mark iba en su furgoneta. La detuvo y salió para acercarse a Rick.

–¿Quieres que te ayude?

Rick dejó las cajas en la furgoneta alquilada.

–No, casi he terminado.

–No te llevas mucho, ¿no?

–No me hace falta –aseguró, apoyándose sobre el maletero y mirando a Mark–. Todavía no tengo casa, así que por el momento me quedaré en una tienda de campaña en el jardín de Rosie. Cuando encuentre apartamento, me llevaré los muebles que necesite y venderé el resto. A menos que vosotros los queráis. Si es así, es todo vuestro.

–Echaremos un vistazo. Y te pagaremos lo que queramos quedarnos.

–¿Os vais a cambiar pronto?

–El próximo fin de semana. Angie está impaciente. También Emma, aunque le hemos dicho que no se va a quedar con tu habitación, que será para nosotros.

Eso dio a Rick una sensación de alivio que llevaba tiempo sin experimentar.

–Estupendo.

–La habitación de la esquina será para los niños. Por supuesto, Angie la decorará con animales y dibujos infantiles. Espero que no utilice conejos, eso me recuerda a la fertilidad, y con dos hijos me basta.

Rick sentía más envidia que alegría, pero esbozó una sonrisa.

–Sí, quizá este sea un niño. Si no, puedes tener un tercero.

Mark dio un golpe en la espalda de Rick.

–Sí, porque si esperamos a que tú nos des un nieto…

Ya era suficiente. Primero su madre y ahora su mejor amigo. No quería que siguieran recordándole que no pensaba de momento en tener hijos.

–Será mejor que me vaya.

–Espera. ¿Y Miranda?

–Hemos terminado –confesó, casi sin aire.

–¿Qué?

–No sería justo para ella, Mark. Tendría que vivir modestamente y soportar mis extraños horarios de trabajo.

–¡Pero si es enfermera! ¿Me estás diciendo que no vas a necesitar una enfermera?

La necesitaba, sí, pero eso no era motivo suficiente.

–Ella quiere volver a estudiar y yo comienzo de cero. Ella

también quiere hijos. Muchos –dijo con un tono de voz que sugería que estaba tratando de convencerse a sí mismo más que a Mark–. Yo apenas voy a tener qué comer. Y no puedo pedirle que sacrifique sus planes por mí.

Mark estaba muy serio.

–¿La quieres?

–Sí –admitió de mala gana.

Mark hizo un gesto con la cabeza.

–¿No se supone que el amor consiste en sacrificarse de vez en cuando? Deberías pensarlo más despacio. Quizá pierdas lo mejor que te ha pasado en tu vida –Mark dio un suspiro–. Cuando Angie y yo nos casamos, no teníamos nada. Esos fueron los mejores tiempos, Rick. Cuando solo nos teníamos a nosotros mismos.

–Esto es diferente. Será muy duro para ambos.

–Puedes hacer que salga bien, Rick. Si de verdad la quieres y ella te quiere a ti.

Las palabras de Miranda volvieron a él. Su confesión de que lo amaba, la admiración por su personalidad como hombre, no como doctor…

–Vete a buscarla, Rick. Llévatela. Dale la oportunidad. Te juro que no lo lamentarás.

En ese momento, Rick recordó las lágrimas de Miranda.

–Aunque se lo pida, es posible que no acepte.

–No lo sabrás hasta que no se lo pidas. Además, ¿cómo vas a trabajar bien si estás pensando en la mujer que has dejado en vez de en el trabajo? No seas estúpido, Jansen. No dejes atrás algo que importa más que el trabajo. Y ella te importa, aunque no quieras admitirlo.

Mark tenía razón. Ella significaba para él más que sus bien pensados planes. Más que cualquier cosa en su vida, pasada o presente. La necesitaba a su lado. Necesitaba su fuerza y su amor. Ya encontraría un modo de hacer que ambos fueran felices. Si aceptaba irse con él, conseguiría el dinero para que fuera a la universidad, aunque tuviera que pedir un préstamo.

De repente, se sintió invadido por una gran felicidad. Incluso sonrió. Fue su primera sonrisa en muchos días.

–Gracias, Mark. Voy a pensar en lo que me has dicho.

–No pienses, hazlo.

¿Y por qué no? Tomada ya la decisión, sentía una increíble energía y no tenía otra cosa mejor que hacer que ir a buscarla.

Buscó sus llaves, impaciente.

Mark inclinó la cabeza.

–¿Vas a ir a buscarla?

–Sí. Deséame suerte –suplicó, subiéndose a la furgoneta.

–No necesitas suerte, Jansen. Mírala como tú sabes y te seguirá como un perrito, igual que las demás mujeres.

Mark no entendía que Miranda era diferente a las demás mujeres que Rick había conocido. Era dulce y fuerte a la vez, si tomaba una decisión.

Ese podía ser su mayor obstáculo. Miranda quizá estuviera muy enfadada. Él tenía que demostrarle que quería que estuviera a su lado. Y para siempre.

Miranda estaba en la consulta, ordenando las historias de los enfermos. La recepcionista estaba hablando por teléfono con Bridgestone y tenía la cabeza agachada. El doctor había entrado como una tempestad, impartiendo órdenes e insultos a todo el mundo antes de irse de nuevo a hacer su ronda.

Miranda no tenía ese día paciencia para aguantarlo. En realidad, no la tenía ningún día.

–Bridgestone está loco –dijo Mary Jo desde detrás–. Ha estado echándome la bronca durante una hora.

Miranda se volvió y se apoyó en la mesa.

–¿Y por qué te extraña?

El doctor llevaba dos semanas inaguantable. Antes, la rabia no la dirigía contra Miranda. Pero últimamente ella parecía ser su blanco preferido.

–Imagino que está nervioso por las entrevistas que tiene que hacer para sustituir al doctor Jansen –explicó Mary Jo–. ¿Sabes si ha encontrado a alguien?

–Probablemente no. Si los que vienen son inteligentes, se irán a otro lado.

Mary Jo dio un suspiro.

–Deberías tener más esperanzas. Si no encuentra pronto a nadie, tendrás que seguir trabajando para él indefinidamente.

Esa idea le produjo un sabor amargo en la boca. Bridgestone había insistido en que trabajara para él hasta que encontrara a alguien para el puesto de Rick. Y eso le estaba resultando muy duro, ya que se pasaba los días llorando o enfadada.

Bridgestone no se daba cuenta de que sería muy difícil sustituir a Rick. Ella jamás podría hacerlo.

Llevaba solo un día separada de él y no podía quitárselo de la cabeza. Cuando pasaba por su despacho, le tentaba la idea de abrir

la puerta y quedarse allí, recordando. Pero no podía entrar en ese despacho. No hasta que pasara más tiempo. Aunque si Bridgestone contrataba al nuevo médico, no tendría más remedio que volver a entrar allí. Pero prefería esperar hasta entonces para hacerlo.

De pronto, la puerta de atrás se abrió bruscamente.

–¡Miranda, te necesito! –gritó el doctor Bridgestone.

Miranda apoyó los codos sobre la mesa y la cara en las manos, dando un suspiro. ¿Qué querría de ella? Había ordenado las habitaciones, las historias y contestado a todos los mensajes que él no había querido contestar. Al parecer, habría cometido algún error.

Se estiró y tomó aire. Luego, se fue hacia el pasillo.

No había dado más de dos pasos cuando vio que la puerta de la calle se abría. Probablemente, sería un nuevo paciente y, como en ese momento era la única enfermera, el doctor Walters la llamaría. ¿Qué más podía pasar en aquel horroroso día?

–¿Doctor Jansen?

Las palabras de Mary Jo hicieron que ella se quedara como una estatua. Luego, siguió andando con la esperanza de haber oído mal. De hecho, si él había vuelto por algún motivo, era mejor que ella no lo viera.

–Miranda.

Aquella voz, como siempre, la arrastró sin remedio y se volvió para encontrarse con sus ojos sorprendidos.

–¿Qué te ha pasado en el pelo?

–Me lo he cortado –dijo, como si no fuera evidente.

–¿Por qué? –preguntó él confundido.

–Necesitaba un cambio en mi vida.

De hecho, necesitaba varios y, cuando había pedido hora en la peluquería el día anterior, le había parecido lógico comenzar por el pelo. Después de todo, siempre lo llevaba recogido, así que ya no tendría que recogérselo más.

–Te queda muy bien –dijo él, acercándose.

–Gracias –contestó, aliviada, al ver que hablaba en serio.

No habría soportado que no le gustara. Y no soportaba verlo allí delante, como si no se hubieran despedido ya.

Unos pasos impacientes sonaron en el corredor.

–Miranda, te he dicho… –Bridgestone se detuvo al llegar a recepción. Miró a Mary Jo y a Patty, ambas con la boca abierta, y luego a Rick–. ¿Ha olvidado algo, doctor Jansen?

–Así es.

–No se me ocurre nada. Su despacho está limpio y en el contrato

quedaba claro que los muebles deben quedarse aquí.

–No quiero tus muebles –gruñó Rick.

Miranda tuvo ganas de aplaudir, pero permaneció en silencio.

–¿Qué ha olvidado entonces?

–A mi enfermera –contestó Rick, mirándola fijamente a los ojos–, que es también mi amor y mi amiga.

Miranda abrió la boca y luego tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Bridgestone se quedó helado.

–Le dije que se la llevara cuando se fue. Ahora es demasiado tarde. La necesito.

–No tanto como la necesito yo y no de la misma manera.

–No entiendo… –dijo Miranda, cuyo corazón palpitaba a toda velocidad.

–No puedo irme sin ti, Randi –continuó Rick, acercándose a ella y tomándola de las manos–. He tratado de prepararlo todo para irme, fingiendo que no te necesitaba, pero no es cierto.

Miranda vio que Patty y Mary Jo estaban mirándolos como si estuvieran asistiendo a un espectáculo de Hollywood. Entonces, se volvió hacia Rick.

–¿No sería mejor que fuéramos a la sala de espera para hablar a solas?

–No, quiero que todo el mundo lo oiga. Te amo, Miranda, y quiero que te vengas conmigo.

–Pero…

Él puso un dedo sobre sus labios.

–Escúchame, ¿de acuerdo? Acabo de hablar con Rosie y me ha dicho que podría abrir mi propia consulta. Uno de los cirujanos plásticos se va a jubilar a primeros de año y yo podría compaginarlo con mi programa de momento, aunque será un poco duro. Pero podemos hacerlo y así conseguiremos el dinero para que tú sigas estudiando o, si lo prefieres, puedes trabajar conmigo. Yo te enseñaré español.

Miranda se sintió como si estuviera viviendo un sueño, fruto de su propia imaginación. Eso no podía estar sucediendo. Rick no podía estar allí diciéndole que la quería a su lado. Era imposible que le hubiera dicho que la amaba delante de toda aquella gente.

Rick la agarró por la cintura.

–¿Qué me dices?

–Repítelo –dijo ella, tomando aire.

–¿Todo?

–No, solo la primera parte.

Rick esbozó una sonrisa que llenó por completo su corazón. Luego, agarró el rostro de ella entre sus manos.

–Eres mi amor y mi corazón. Eso era en realidad lo que te dije en español la otra noche, pero tenía miedo de que adivinaras lo mucho que te amo. Ahora me doy cuenta de que no puedo escapar de ello.

Luego, la besó en los labios con ternura. Miranda notó que se le doblaban las rodillas.

–Esto es muy conmovedor, pero no voy a dejar que suceda aquí.

Las palabras de Bridgestone interrumpieron el beso. Rick, sin embargo, no la soltó, sino que la apretó contra su pecho.

–Déjelos en paz, doctor Bridgestone –dijo Mary Jo, acercándose a ellos y extendiendo una mano–. Enhorabuena a los dos. Como ya dije, hacéis buena pareja. Por supuesto, hace tiempo que sabía que iba a ocurrir.

Bridgestone se acercó también a ellos.

–¿Tú lo sabías, Mary Jo?

–Cualquiera medianamente inteligente lo habría adivinado.

Bridgestone se marchó murmurando entre dientes.

Mary Jo dio un golpecito a Miranda en el brazo.

–Vete ya, si quieres. Tengo una sobrina que puede venir hasta que contratemos a alguien.

Miranda se soltó de los brazos de Rick y dio un abrazo a la enfermera jefe. A pesar de su inclinación por el cotilleo, Miranda la echaría mucho de menos.

–Gracias.

La cara de Mary Jo se puso completamente colorada.

–De nada, la vida es muy corta. Aprovecha las cosas que te vienen mientras puedas. ¿Nos mandaréis entonces una invitación de boda?

–No hemos decidido todavía… –dijo Miranda.

–Sí que lo hemos decidido. ¿Quieres casarte conmigo?

Las lágrimas impidieron a Miranda ver el rostro de Rick. Pero todavía tenía una pregunta importante que hacerle.

–¿Me aceptas como soy? Porque no tengo intenciones de cambiar nada.

–Nunca quise decir que no aceptara tus cicatrices. Hice mal en sugerirte que fueras a enterarte de ese tratamiento de láser. Para mí ya eres perfecta –esbozó una sonrisa–. No hace falta que te cambies nada.

Ella sonrió a su vez.

–Entonces, la respuesta es sí. Me casaré contigo, Rick Jansen. No

se me ocurre nada mejor que pasar el resto de mi vida contigo.

Epílogo

El tiempo no podía ser mejor para celebrar una boda. La puesta de sol teñía el horizonte de un naranja tostado. Una brisa fresca llevaba consigo el olor de la arena y el mar de la playa cercana. El sonido de las olas eran como un tributo musical para dos personas que se unían en matrimonio.

Sí, el comienzo de la vida en común de Rick y Miranda no podía ser mejor. Aunque faltaba algo… la familia de Rick.

Los asientos vacíos de la primera fila confirmaban a Rick que quizá no irían. Los preparativos de la boda, la búsqueda de apartamento y los detalles de su nueva consulta no le habían permitido ir a ver a sus padres. Miranda ni siquiera los conocía, aunque había hablado con su madre por teléfono.

Meg había prometido que intentarían ir, pero Rick no tenía muchas esperanzas de que así fuera. Sobre todo cuando solo quedaban ya cinco minutos para que empezara la ceremonia.

La abuela de Miranda estaba haciendo un crucero por Alaska y no había podido cambiarlo. Afortunadamente, iría a visitarlos dentro de dos semanas.

Rick se frotó las manos nervioso. Estaban en el jardín de los González. Rosie había sido muy amable al ofrecerles su casa para la fiesta.

Mark, que iba a ser el padrino, se inclinó hacia él.

–No pongas esa cara de preocupación, Jansen. Se terminará en cinco minutos. Si no, nos vamos a derretir en estos malditos trajes –dijo, metiéndose un dedo por el cuello para que le entrara el aire.

Rick miró de reojo a Mark y se concentró de nuevo en la doble puerta que conducía a la casa, esperado ver aparecer la cara de su madre. Pero nadie apareció.

La música comenzó, señalando el comienzo de la ceremonia. Las cuerdas de una guitarra rompieron el silencio. Miranda había insistido en dejar a un lado la tradición y utilizar la música que los había unido.

Rick se volvió y miró al grupo de personas allí reunidas. Tomó aire y esperó a que apareciera la novia.

Las puertas se abrieron finalmente y Emma entró con un vestido

blanco y echando pétalos de rosas con cierta desgana, provocando la risa entre los asistentes. Mary Jo había llevado a un grupo de enfermeras y el doctor Walters había llevado a su esposa, con la que llevaba casado treinta años.

Angie apareció con un vestido azul y un ramo de rosas de color rosa. Rick pensó de nuevo en su madre. Luego, se volvió hacia Mark y notó que él la estaba mirando con el mismo respeto que si la viera por primera vez.

Entonces, apareció Miranda con su vestido blanco y un hombre, que la llevaba del brazo. Ese hombre, de sonrisa jovial y pelo gris, era el padre de Rick.

C.J. iba detrás con Molly. Esta ya no era la niña pequeña que Rick recordaba, sino casi una jovencita de pelo castaño. La madre iba detrás de ellos, empujando la silla de ruedas de Sasha sobre la alfombra blanca colocada para la ocasión. Caminaba despacio y de vez en cuando se limpiaba los ojos con un pañuelo.

Ahora sí se podía decir que el día era perfecto.

Miranda llegó hasta él y, por la sonrisa de su rostro, Rick adivinó que había querido darle una sorpresa.

Robert Jansen se inclinó hacia él.

–Vas a casarte con un ángel –susurró.

Rick le dio un abrazo e inmediatamente se dio la vuelta para oír las palabras del sacerdote.

–¿Quién entrega esta mujer a este hombre?

–Todos –contestó a coro la familia de él, provocando risas entre el grupo allí reunido.

–Siempre que nos la devuelvan –añadió el padre de Rick.

Entonces, colocó la mano de Miranda en la mano de Rick y se reunió con su familia en la primera fila.

El sacerdote continuó la ceremonia hasta proclamarlos marido y mujer. Entonces, le dijo al novio que besara a la novia. Rick se quedó unos instantes mirando el rostro de su mujer.

Ella esbozó una sonrisa.

–Ya estás atada a mí, ángel –dijo antes de besarla apasionadamente.

Pero Miranda no tuvo ninguna sensación de estar atada, sino que se sentía increíblemente feliz.

–Lo sé. A partir de ahora, viviremos y trabajaremos juntos.

–Y también haremos el amor… –añadió él con los llenos ojos de promesas.

Miranda miró a Rick, el médico perfecto y el hombre perfecto. Por lo menos, para ella. Nunca se había permitido soñar que ese

momento llegaría algún día. Él había cicatrizado su alma herida y ella prometió hacer lo mismo por él, por mucho tiempo que le costara.

Habían encontrado el tipo de amor que podía sobrevivir a las tristezas pasadas, a las peleas y a los secretos. Habían encontrado el amor perfecto, que les permitiría comenzar una nueva vida.